

Tray Mocha

REVISTA

SEMANAL



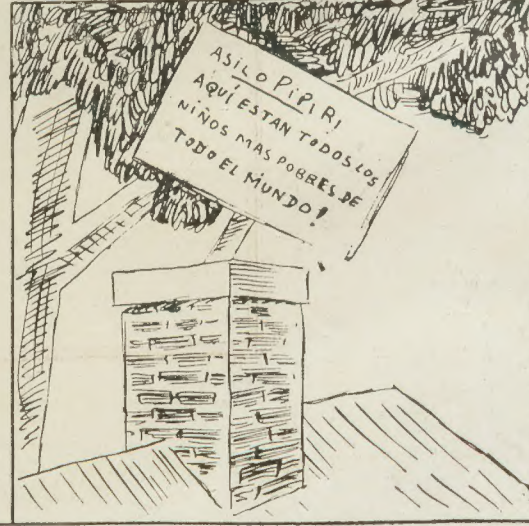
Rafael
Magno

"TENNISMEN"

Por Rafael Magno

N.º 824

7.2.1928-



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII

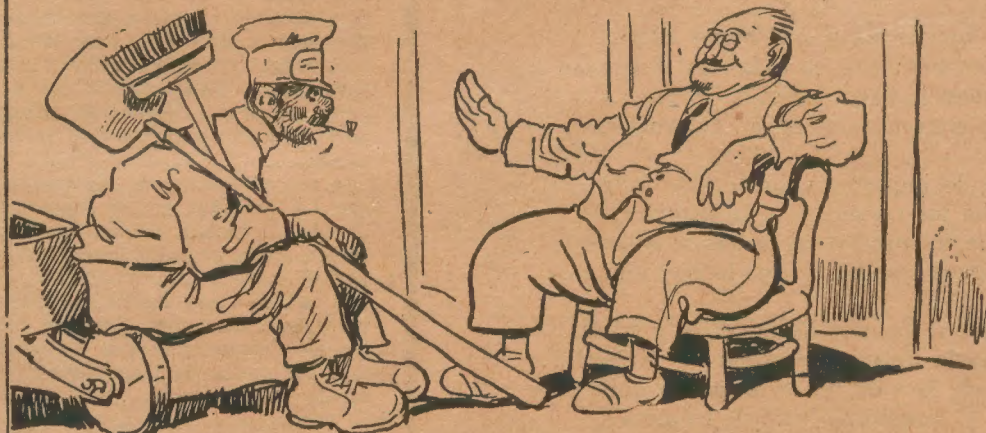
Buenos Aires, febrero 7 de 1928

N.º 824

Momento electoral, por Rojas



—¿Qué manera de darse trompadas aquellos dos tipos!
—Son el uno personalista y el otro antipersonalista y en vísperas electorales lo lógico es que cada uno empiece a mover sus fuerzas.

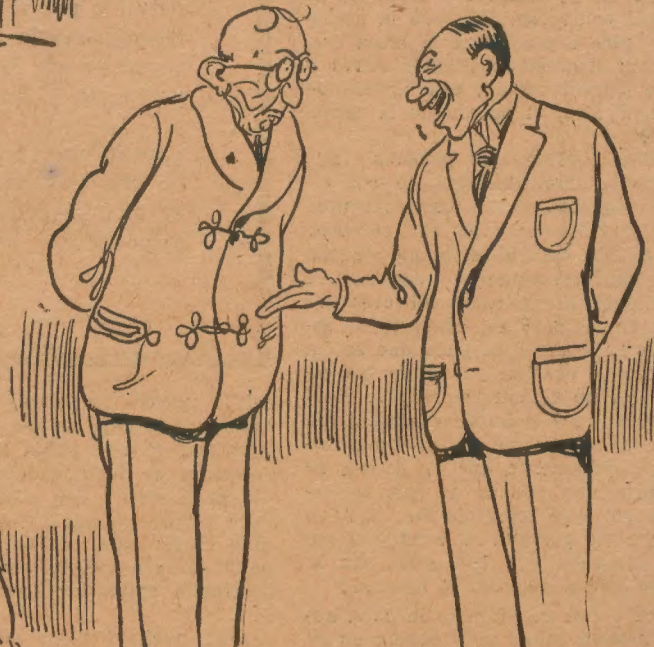


—Melo me ha dicho que si triunfa me hará concejal.
—Me alegraría mucho porque así me sacaría usted de la basura para meterme en el Balneario.

—Bucci ganó la carrera de automóviles porque a Gaudino se le rompió un eje de su auto cuando ya tenía el triunfo asegurado.
—Eso es lo que me temo que le pase a Melo; que la futura presidencia se le parta por el eje al llegar a la Provincia de Buenos Aires.



—¿Ya no vendes libros de misa?
—No; ahora vendo cuchillos, navajas, revólvers y puñales. En época de elecciones es un negocio seguro. Luego que terminen, volveré a vender los libros para que le recen a los muertos.



—¿Y Alvear qué dice de todo este movimiento político? ¿Qué piensa? ¿Qué hace?
—Alvear ni piensa ni dice nada. ¿Usted ha visto que haya hecho o dicho algo alguna vez?

La Virgen del Carmen

Por Benito Lynch

Estaba lo más afanoso clavando una estaca para atar el caballo a sogas, cuando el patrón se me allegó y me dijo muy serio:

—A ver, Sergio, si dejás de andar haciéndote el zonzo...

Me di güelta más colorao que una brasa e leña fuerte:

—¿Yo patrón?

—Sí, ¡vos!... Ya sabés que estamos en una casa seria y que no quiero que me hagan macanas. ¿Has entendido?

—¡Ah!, ¡ah!

Y aquel "¡Ah! ¡ah!" me salió bajito como resuello e peludo azonzo... ¿Qué iba a alegrarle? Demasiado sabía a lo que se refería: Toda la tarde había andado otra vez, atracándose a una de las hijas del capataz de la estancia, aquella de los ojos negros y de la pollera overita... Ella me había mirao, yo la había mirao; ella se había puesto colorada y yo también de juro...

Después, cada que la moza dentaba en la cocina y que era p'a mí mesmamente como si dentara el sol, yo le decía alguna picardía y ella se raiba y todos nos raibamos... Nada más... Pero por lo visto aquello estaba mal hecho... ¡Jué pucha! — pensé arrodillao delante de la estaca como si hubiera sido la imagen de algún santo.

—¡Jué pucha! ¡suerte negra la mía! ¡Basta que me guste hacer alguna cosa pa que en seguida resulte que es mala!... Y estaba tan abombao en aquel momento, que ni siquiera se me ocurrió preguntarle nada al patrón y me quedé allí, sin moverme, hasta que él se fué caminando despacio y componiéndose el pecho como tenía el costumbre...

Pero, después, comenzó a agarrarme un gran coraje... ¡Estaba güeno! ¿Al fin y al cabo, qué había hecho yo de malo? ¿atracarme a una muchacha linda? Eso, a mí ver, no es cosa fea en ninguna parte y él mismo acaso no estaba chumbándonos siempre para que no juésemos zonzos?... Me acordaba perfectamente cómo se había raído una vez del indio Soto, uno de los compañeros, porque asígn se supo había andao medio lardo en cierta cuestión de na-guas...

¿Y él? ¿y acaso él mismo no se había estao también toda la mañana "pico a pico" con la moza ésa, recién llegada de Güenos Aires y que asígn decían, era cuñada de don Frutos, el patrón de la estancia?

Y a medida que pensaba así, siempre arrodillao delante e la estaca aquella, se me iban aclarando los pensamientos en el cerebro: "Yo debí decirle, esto, me decía, yo debí responderle aquello"... Yo debí preguntarle tal cosa... En fin, sabido es, cómo todos somos de diablos después que se ha pasado la ocasión y cuando las cosas ya no tienen remedio... Porque si yo me hubiera explicado en vez de quedarme callao como bobo, de juramente que el patrón se habría dao cuenta de que no tenía por qué reprenderme: "¿Y de hay?, me gustaba la moza y si me le atracaba era con güen fin... ¿Qué iba a decirme el hombre?"

Pero con mi silencio le daba aura motivo pa que se afianzase en su sospecha. Me había confesao culpable de un delito que no había cometido y, que recién por prime-

ra vez en la vida, me resultaba repugnante...

¡Si el patrón hubiese sabido!... Yo lo quería mucho es verdad; todos lo queríamos, porque era muy gauchito y muy güeno con nosotros. Pero, ¡si el patrón hubiese sabido! Dende que yo vide los ojos de aquella mujer todito cambié na-

chorro y el finao mi padre que supo ser su capataz de arreos y que asígn decían, tenía una gran admiración por ese mozo que a los veinte años, era ya todo un hombre de negocios, me recomendó a él al morir...

Mentiría si dijese que no jué como un hermano, como otro padre

EL VIAJE IMPOSIBLE

Ilusión de partir bajo de las estrellas sobre el mar infinito, sin temor de volver, como las blancas aves, como las nubes bellas, de espaldas a la noche, frente al amanecer...

Tal vez en el Oriente, maravilloso y puro hallaremos el signo que el misterio devéle, y el trágico dualismo de nuestro ser obscuro, en la Unidad integrado, por siempre se consuele.

Mas en vano se intenta revivir el segundo no es el sitio, es la vida la que el amor agota, más allá de las olas, en el cabo del mundo, tu tristeza te aguarda en la playa remota.

Vivimos del pasado, la muerta juventud luce como el espectro de la rosa en un vaso... no vuelvas a tocarla con manos de inquietud, pues caerán, sombra y polvo, sus pétalos de raso.

INQUIETUD

Lámpara obscurecida por el humo interior, de todos los tumultos, de todas las violencias que alimentan la llama trémula del amor, en el viejo convento de las supervivencias.

Moción de lo imperfecto, inexorable falla que mancha todo sueño y toda candidez, el alma que se busca y que jamás se halla y la amargura enorme de ser lo que uno es.

Sentirse por momentos abandonado y triste, triste hasta la agonía, huérfano del Señor!... y pensar que la vida no es lo que tú quisiste y que roe el gusano el fruto de tu amor.

Que lo que tú juzgaste la cifra de tu anhelo, no era más que la sombra fugitiva y cambiante de una imagen más alta que pasaba en el cielo, inaccesible y sola como una nube errante...

Fernán Félix de AMADOR.

mí... ¡parece mentira! Y el patrón mismo dejó de ser pa Sergio Aguilera, lo que había sido hasta entonces, es decir, todo!... De un día para otro y con sólo galopiar doce leguas yo que me tenía galo plaio medio país, me hallé de golpe y porrazo con la única carta destinada empardar aquel cariño...

¡Jué pucha! ¡cómo semos los cristianos! Cuando el patrón vino a establecerse en Córdoba y me trujo con él, yo era apenas un ca-

pa mí... Nunca me dejó de su lao y con él aprendí a trabajar y ser mozo de provecho... El patrón era para mí el hombre más güen mozo que había en el mundo, y el más corajudo y el más laido y el más escribedo también y por más que sabía decirnos en muchas ocasiones, que él se había criado en el campo como nosotros y que tenía muy pocas letras, yo no le craiba, porque siempre lo vide desenvolverse con cencia y habili-

dad en cualquier alegación o plaio.

El patrón tenía una linda letra, sabía de números y leiba muchos libros. Allí, en su dormitorio de las "Piedras Negras", tenía una punta e todos pelos; blancos, coloraos, overos y hasta mapas en las paredes...

Pero lo que más almiraba yo en aquel hombre alto, bien plantao y con una barba renegrida, que parecía de pura seda, era el coraje. Nunca le conocí una arrugada, nunca vide a nadie — y eso que por aquel entonces solía trompezarse uno con cada toro — que le pusiese el pie delante al patrón...

Pellaba con el cuchillo, con el rebenque y aun en ocasiones con una bajera o con el freno, raíndose como si estuviera jugando...

Ansina lo respetaban también hasta los más malevos. De no, vean: Supimos tener de lindero en las "Piedras Negras" a un tal Don Práxedes Gómez, hombre malo y atropellante si los hubo. No tenía el tal paz con naides y estaba resabiao a faltarle a todo el mundo. Cuando se mamaba y eso le sucedía a cada rato, no volvía a su casa hasta no haber lastimao a alguno y entavía de yapa la agarra-ba a la pobre muercita a rebencazos.

Sin embargo, con el patrón no se había metido nunca, cosa que aunque nos parecía muy bien, no nos extrañamos. Ya he dicho que era un hombre que parecía no tener respeto por naides...

Hasta que al fin un día — me acuerdo patente como si fuera hoy — era un anochecer de invierno... llegó un vasco que el patrón ocupaba en formar un montecito e sauces, allá por los linderos de aquel mal hombre... Venía el pobre vasco pálido como un dijunto y echando los gofes. En resumi-das cuentas, que el tal don Gómez, incomodao no sé por qué razón a causa de la plantación de los árboles, se había allegao allí y una por una había arrancao toditas las estacas...

A todos nosotros se nos encogieron las entrañas y nos quedamos al saber la noticia como si nos hubiesen echao un balde de agua fría por el lomo. "¡Al fin llegaba lo que tantas veces habíamos rece-lao!" Lo mirábamos al patrón con los ojos como patacones y pudimos ver que se le blanquiaban los dientes en lo oscuro...

—¡Está güeno! — dijo al cabo, armando un cigarrillo y luego muy tranquilo y dirigiéndose a mí: "¡Enfrename el zaino, vos ché y ponémele una caronilla!"... Después, sin más se dentro en su dormitorio.

Nosotros nos arremolineamos en el patio como hacienda baguala.

—No hay que dejarlo dir solo — dijo el indio Soto, que era medio diablo — el patrón es muy confiao..

—¡La pucha! — dije yo — ¿pero cómo vamos a hacer, el patrón no quedará?

—¿Y?, lo seguimos de lejos — apuntó el cordobesito Jesús, persignándose como tenía el costumbre cada vez que iba a sacar el cuchillo en alguna tremolina...

En esto, apareció de nuevo el patrón. No sé qué arma habría al-zao porque no se le vía, pero en fija que debió ser una suerte e machete que sabía usar de caronero...

Le acerqué el zaino y el patrón lo saltó limpio afianzándose en las crines:

—¡Hasta luego!— dijo— ya ven-go, y salió de galope...

Nosotros nos quedamos un momento quietos, resolando fuerte y después atropellamos pa la rama-da... No había más que un no-cherero atao a sogá. ¡Jué pucha! Au-ra me río... ¡Entonces no me rai-ba! Tanta era la angurria y la priesa que teníamos los cuatro, que un redepente nos hallamos el indio Soto y yo, enhorquetados en el bayo y los otros dos afanaos también por montarlo!...

—¡Virgen del Carmen!— decía Jesusito, persignándose. — ¿Có-mo vamos a dir los cuatro en el mancarrón? Mejor es que vaya So-to y eche la tropilla...

Pero el indio estaba echo una ju-ria:

—¡Qué tropilla, ni tropilla, la tropilla estará aura por la loma del diantre! Ni hace que vayamos todos en cuadrilla como avestru-ces! y sin decir más, le cerró las piernas al bayo que se abrió can-cha y salió de galope llevándose en ancas...

Jesusito y el otro, un tal "Pena-cho blanco" por mal nombre, du-daron un momento y después se largaron a trotar de a pie detrás de nosotros resolando.

Siempre me acordaré de aquel viaje... Apenas... galopiao un par de cuadras, cuando el bayo se nos hizo un ovillo y ¡allá juí-mos de cabeza el indio Soto y yo, de la manera más puerca del mun-do!...

Renegando volvimos a montar, en ocasión que los de a pie nos alcanzaban ya, con tamaña lengua de juera y el corazón que se les salía por la boca...

Pero no hubo necesidad de dir más lejos: "Penacho blanco" que tenía mucha vista, nos gritó todo atorao por la fatiga: ¡Guarda que ya güelva!

En efecto, no tardamos en ver que el patrón de güelta ya, estaba abriendo la tranquera...

Cuando se allegó a nosotros, se quedó sorprendido de vernos:

—¿Qué están haciendo aquí?

—Nada, patrón — le contestó el indio Soto que sabía ser medio atrevido. Andábamos viendo de agarrar algún peludo...

El se rió y sin decir una pala-bra nos volvimos todos pa las ca-sas... ¿Qué pasó entre aquellos dos hombres? Nunca pudimos sa-berlo, en rigor de verdad. Pero la cuestión jué, que al otro día bien de mañana, el indio Soto que an-daba de recorrida, se los halló al tal don Gómez con dos de sus men-suales, muy afanao en replantar todos los árboles...

Ansina era el patrón y lo peor del caso es que pretendía que de la misma laya juéramos nosotros... Del indio Soto y de "Penacho blan-co" no digo nada... Aparte de ser hombres corridos renguiaban de la misma pata; les gustaba flo-riarse en las pulperías con el cu-chillo en la mano. Pero... pa Je-susito que en todo vía pecaos y pa mí, que era el más cachorro, ¡a veces las ideas del patrón se nos hacían cuesta arriba!...

...Y, digan que el hombre se ha-ce pronto aguerrido, ¡pero lo que es los primeros tiempos el patrón me hacía pasar cada calor!...

—¡Mirá, Sergio, que ese ende-vido te ha arrempujao al atracar-se al mostrador, como si fueras tranquera!...

—¿Arrempujao? ¿Sabe que no lo

he alvertido, patrón? — y me po-nía colorao hasta las orejas...

—Sí, hombre, y no te quedés an-sina ¡andá y echale una copa de guindao por el hocico pa que no sea compadre!...

¡Y no había güelta que darle!... Ansina tenía yo también las manos e tajos!... ¡parecía desollador de saladero!...

¡Pero era güeno el patrón, y sal-vo los respetos debidos, como un hermano para nosotros!

Yo lo he visto en una ocasión en que a Jesusito lo apretó el caba-llo en un aparte e novillos, allá,

contando alguno de sus cuentos. En cambio nosotros estábamos ca-llaos. Con la ida de la cocinera terminando su trabajo o mejor di-cho con la ida de aquellas lin-das mozas, que con un motivo u otro habían estado viniendo a la cocina, se habían ido también las alegrías, las conversaciones y las risadas.

Estábamos en silencio de cara al campo abierto, ande ni siquiera se devisaban unos cerros grandotes que quedaban al rumbo, tal era la oscuridad de la noche...

Yo me sentí triste y desosega-

dras Negras" y de ahí, ¡Dios sa-be pande!... Porque como decía siempre el patrón: "hombre que no se mueve se amojosa"... Pe-ro yo agrego que no cría afetos tampoco, y que es como perro e naidés...

"Penacho blanco" que estaba a mi lado con el sombrero sobre los ojos y pitando un puchito que cua-si le quemaba los labios, me pegó redepente con el codo:

—¡Mirá — dijo en voz muy ba-ja—mirá p'ayá.

—¿Pande?

—¡Pa la luna!... ¡Hacete el zonzol!

Y la vide otra vez a ella... Cru-zaba el patio como una cosa de sueño y su vestido overo, como no se le vian las manchas, parecía blanco en lo oscuro...

—¡Está linda! — dijo mi com-pañero y añadió después, dejura-mente p'halagarme. Y me parece que vos la tenés deveras almaria-da...

—Yo? Y sentí no sé por qué co-mo una necesidad de desahogarme en el corazón del aquel amigo...

—¿Querés pitar? — le dije al-canzándole los avíos...

—¡No! — me contestó. — Aca-bo de tirar el pucho...

—¿Sabés que el patrón me re-prendió?

—¡Ah, ah! ¿Y por qué?

—¿Y? ¿Qué se yo! Parece que aura no está bien que uno se le atraque a las mujeres, a lo menos aquí en "La Agraciada".

—¡Ah, ah! ¡Está güeno!... —Y "Penacho blanco", después de que-darse un rato callado y pensati-vo, se rió y añadió muy despacio para que los otros no lo oyeran:

—¿Y él, entonces?

—¿Qué?

—¿La lay no reza con él?

—¿Has visto?

—Esta tarde, cuando estábamos en el corral agarrando los caba-llos, ¡qué le decía una punta e cosas...

—¿Ah, ah? ¿Qué, che?

—¿Qué sé yo!... palabras arre-vesadas, algo así como "esperitu-da" o "espirituala", ¡qué sé yo! Vos sabés que soy medio bagual, pero palabras de amor en fija, por-que ella se raiba y se ponía colo-rada y le revolaba los ojos...

Sentí al oír esto un profundo des-pecho.

—¿No ves? — dije con encono.

—El sí puede porque él es el pa-trón, porque él es rico...

Creo que era la primera vez des-de que andábamos con el patrón que uno de nosotros largaba una cosa así, tan amarga, tan fiera y, sin embargo, tan común entre otros peones con respecto a otros patrones.

Tanto es así que "Penacho blan-co", sorprendido, me clavó los ojos con aire de extrañeza y de repro-che. A él, que estaba frío, tenía por fuerza que resultarle más ra-ra mi altitud. Aagachó la cabeza, se arregló el chiripá y después me dijo:

—Vos sabés, Sergio, que yo no tengo letras, que todos dicen que soy bastante bozal, pero a mí me parece que lo que debe haber aquí es otra cosa...

—¿Qué? — pregunté yo lleno de curiosidad.

—Que el patrón está "embichao" puel amor, que se ha embichao en-deveras esta vez...

—¡Ah, ah! ¡Salí de ahí! El pa-trón es como la langosta, que se asienta ande hay verde...



UVALINA "BIOL"

(MERMELADA COMP DE UVAS)

PARA ESTREÑIMIENTO
LOS NIÑOS LA COMEN CON EL PAN. LA TOMAN
COMO POSTRE



EXCELENTE REGULADOR INTESTINAL
DE ACCION SEGURA TOTALMENTE
INOCUA Y DE SABOR AGRADABLE.

PREPARADA POR EL

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

De venta en todas las farmacias

Pidan prospectos e informes RIVADAVIA 1745 - Buenos Aires

puel lao de Sampacho, pasarse to-dita la noche a su lao, pa poderle dar la melecina...

Güeno y era ese hombre sin em-bargo el que acababa de dejar de golpe y porrazo, de ser todo pa mí, porque el fuego de unos ojos negros que vía por primera vez en la vida se me había ganao en el corazón y comenzaba a enloquecer-me...

II

Jué aquella noche una noche tormentosa. Rejucilaba a todos los rumbos y habían tanta calor y tanta sabandija, que después de cenar apagamos la luz de la cocina y nos salimos todos ajuera, para ver de agarrar un poco de aire...

Los patrones habían salido tam-bién y se les vía en grupo, senta-dos en sillas debajo del gran algar-robo del patio. Hablaban y se rai-ban. Dejuero que el patrón estaría

do como nunca. Por primera vez en la vida había caído en pensar cosas serias. Vaya una manera de vivir la de uno! Siempre de un la-do pa el otro como charabón per-dido, siempre galopando en dis-tinto rumbo y viendo caras nuevas que quizá no volvería a ver ja-más...

Como el patrón compraba ha-cienda podía decirse que nunca es-tábamos dos días en la misma par-te... Hoy en Calamuchita, maña-na en Sampacho, pasado en Río Cuarto, tras pasao en Pampayas-ta... ¡Vaya una vida! Allí no más sin dir más lejos ¿no habíamos caído por primera vez a esa es-tancia tan linda de Río Segundo pa-sacar una tropa e novillos que debíamos llevar a Villa María? Güeno; ¿yo quería saber cuando el destino volvería a traírnos otra vez por aquella casa? ¡Nunca quizás!... De Villa María agarrá-riamos dejuramente pa "Las Pie-

—No sé cómo será, pero la cosa está patente...

—¿Por qué?

—¡La pucha! ¡Y después dicen que sos tan laido!... ¿No has advertido que el patrón no nos ha dicho esta vez ni una palabra e la cosa, que no ha hecho la menor chacota?

—No he reparao...

—¿No reparaste tampoco en la mirada que le echó esta mañana al indio Soto cuando largó aquella indirecta de la potrancia roana?

—No, ¡palabra!

—¡Entonces vos también estás endeveras "embichao"! La mocita esa te ha aflojao tanto el recaio, que vas perdiendo las pilchas del sentido... Yo, en cambio, que estoy fresco, he reparao muy bien en eso y en otras cosas. — Y agregó en seguida, bajando más la voz y acercándose a mi oído:

—¡Ah, ah! ¿Y de no, por qué ha pagado aquí cuarenta patacones por unos movillos que no valen ni treinta y ocho a la fija? ¿Por qué él que es tan ladino p'al negocio?

Iba a contestarle a "Penacho blanco", cuando reparamos que todos los que estaban con el patrón debajo del algarrobo, se levantaban alborotados y hablando fuerte...

—¿Qué es? ¿Qué será?

—No sé — dije, — a la fija algún bicho... — Y todos nos levantamos también para divisar lo que fuera...

En el grupo de los de adentro hacían gran alboroto y de repente oí la voz clara del patrón que gritaba para nuestro lado:

—¡Che, Sergio! ¡Vos "Penacho blanco"! ¡Venga uno de ahí!

—¡Andá vos! — me dijo mi compañero, que era medio chúcaro para atracarse a la gente, — ¡andá vos! — Y me empujaba al mismo tiempo. Cuando llegué al grupo vi que todos miraban en una misma dirección y que alegaban acaloradamente.

—¡Es fuego! — decía uno.

—¡Que no, que es luz mala! — decía otro.

El patrón me agarró de un hombro.

—Mirá, vos — dijo, al tiempo que señalaba para lo oscuro con el brazo estirado, — mirá vos, que tenés ojos de guanaco. ¿Qué es aquello?

En cuantito miré, me di cuenta:

—Es una luz mala — dije disgustado. — ¡Qué otra cosa va a ser!...

—¿Estás seguro?

—¡Como de que hay Dios, patrón! ¡Vea de no cómo se meneá!... El patrón miró a su compañera. —No ve — le dijo, — no le decía?... —

Vi que estaban agarrados del brazo y que ella se le atracaba mucho...

—¿Eso es una luz mala, entonces? ¿La tan mentada luz de los cuentos?...

—La misma, Carmen, la misma — contestó el patrón sin quitar los ojos de la luz que parecía agrandarse como si se acercase galopando...

—¡Qué lindo! Me gustaría dir a verla — dijo ella, — vamos a acercarnos...

El patrón se rió al oírlo:

—¿No tiene miedo entonces?

—¿De ande? — dijo la moza, — ¡pa qué he de temerla si no es más que un juego flauto? ¿Y usté?

—Yo tampoco — respondió el patrón. — Y volvió a reírse con sus dientes blancos mientras la miraba por encima del hombro.

—Vamos entonces, si quiere, vamos a acercarnos...

¡Jué pucha con la pueblera, y las agallas que debería tener!

Vi que al oírlo, el patrón se puso pálido y que por más que hacía por seguirse riendo, la risa le salía como esa risa que saben hacer los caballos regalones cuando les dan azúcar...

Sin embargo, como no era hombre de recularle a nada dijo, aunque de mala gana:

—¿Y? Si lo quiere vamos no más...

Entonces pude observar que la

Me compuse el pecho y dije como si no hablara con naides:

—El bajo está lleno e barro y además de culebras y de sapos...

Y fueron santo remedio mis palabras. Apenas las largué, la moza pegó la sentada:

—¿Cómo? — dijo mirando al patrón — ¿es verdá lo que dice este mozo?

Y el patrón, vivo como era, ahí nomás comenzó a ventajiarla. Creo que jamás en la vida lo habré servido más a su gusto...



—¡Camarero: ¿en este plato hay una oruga?
—No, señor; es la salchicha que ha pedido usted.

moza lo miraba con curiosidad y con sorpresa. En fija que acababa de darse cuenta de que al patrón no le venía bien aquel paseo y eso le resultaba a ella tan raro en su inocencia de pueblera, como raro era pa nosotros, que hubiese una mujer que no siendo bruja o a lo menos culandrería, juese en cambio capaz de atracarse sin recelo a esos fantasmas de la escuridá y de los muertos...

El apuro del patrón me dió rabia y lástima al mismo tiempo... ¡Cosa fiera es que a un hombre probao en toda suerte e lances, se la ganen ansina por el único potrillo que tiene en su corral!

—Sí, como haber hay... — dijo haciéndose el desentendido. — Hay muchas víboras y sapos... Y también escuerzos. A ése—por mí—esta mañana no más, se le prendió uno, así grandote, del garrón... Pero eso no li hace, podemos dir andando con cuidado si usté quiere...

Pero la moza no quiso saber nada...

—¡Muchas gracias! — dijo riéndose. — ¡Muchas gracias! ¡Chiquito miedo les tengo a toda esa clase de alimañas! ¡Le juro que de solo pensar en ellas se me eriza el cuerpo!...

Y agregó en seguida muy suelta

LA GRAN EMBRIAGUEZ

En las noches azules, al son de las cigarras, Dios escancia a la tierra una copa de estrellas; sabor de cielo azul trae el viento a mis labios; quiero beber de un sorbo la noche clara y fresca.

El aire es como el borde de la ancha copa fría, en que golosamente mi ávida boca sorbe, como si fuera el dulce jugo de una granada, la frescura estrellada que viene de la noche.

Tendido sobre el césped, que la alborada rubia con su divino aliento sutil ha entibiecido, ¡con qué avidez y amor bebería de un sorbo la copa azul e inmensa de este cielo de estío!

¿Soy Baco o Pan? Me embriago de infinito y de espacio. Esta humedad me calma la fiebre y el deseo. Con mis labios tendidos a los lejanos astros, baja el cielo hacia mí y yo subo hacia el cielo.

Paul FORT.

e cuerpo y mirando la luz mala con sus ojos zarcos:

—¡Qué lástima! me hubiera gustado mucho verla e cerca pa saber de ande sale y cómo es!

¿Curioso no? La pueblerita aquella, le tenía miedo al sapo que es un inocente animal de Dios y no dudaba en arriesgarse en una cosa de verdadero peligro y que ha hecho temblar las barbas a más de uno...

Pero yo no sé por qué la cosa me dejó, sin embargo, como un mal asiento en el estómago. Estaba perfectamente de acuerdo en que ningún hombre que tuviera cruz en el mate debe meterse a averiguar esos asuntos de los muertos, pero tenía también la certeza de que la moza rubia nos había ventajiao, y es fiero al fin y al cabo pa un hombre eso de sentir miedo de una cosa que no asusta a una mujer. Y tan jué así, que cuando llegué de güelta a la cocina, ande los compañeros y los piones de la estancia comentaban lo sucedido y ande Jesusito, según su costumbre, seguía persinándose a cada palabra y diciendo: "¡Virgen del Carmen!", no pude menos de dejar cáir, como a la pasada y por los extraños que hubiesen:

—El patrón quería dir, pero la moza no lo dejó que fuera...

Y antes de empezar a extender mi recaio pa acostarme al reparo del alero, entoavía le eché una mirada e rabia a la luz aquella que seguía relumbrando en el bajo como una amenaza o como una burla...

III

... Aunque era bastante delgadona y chúcara, ya no trotiaba la novillada por el camino reseco.

Bajo aquel sol que caiba del cielo como una lluvia de juego y entre aquel aire tan caliente que hacía secar los gofes a los hombres y a los animales, el arreo antes tan liviano, marchaba aura despacio y resollando fuerte como si fuera de vacas tamberas.

A los cuatro vientos, el horizonte oscuro y lleno de nubarrones ahumao anunciaba a las claras una gran tormenta y en todo el campo se sentía ese gran silencio que se sabe alvertir siempre que la naturaleza se dispone a hacer una de las suyas...

Sea por efecto del tiempo, o por la mala noche que habíamos pasado — yo más que naides con mis cavilaciones — la cuistión era que todos los del arreo íbamos callaos y serios y que algunos hasta se dueblaban sobre las cabezadas al tranco del caballo como si fueran dormidos.

De pronto, el patrón, que como güen tropero que era, había marchao toda la mañana, allá, a la culata del arreo, ande se amontonan los animales más pesaos y fastidiosos y ande la tierra que se levanta lo áhuga a uno y le ennegrece la cara, comenzó a correrse poco a poco pal lao ande yo me hallaba.

—Lo acobardó la calor — pensé — y se va a poner de puntero a la fija, pa respirar un poco de aire.

Pero me equivoqué medio a medio; no fué ansina. El patrón apaió su caballo con el mío y sin decir palabra se puso a marchar a mi lao muy pensativo y limpiándose la tierra que tenía en la cara con su pañuelo azul a cuadros blancos.

Después de un ratito, yo dije, por decir algo:

—En fija que va a llover...

Pero el patrón no me contestó nada y echándose sobre el costillar del oscuro, del lao del lazo, se puso a arreglarse algo, con muchos visajes de mal humor en la cara.

—¡La pucha! — rezongó al fin. —¡La pucha con la bota e porra! —Y al endierezarse me miró en los ojos medio sonriéndose sin ganas.

Yo dije:

—¿Le duele?

—¡Ah! ¡Ah! — me respondió. — Se recalienta con el sol y me aprieta el empañe.

Y seguimos otro rato, marchando callaos y pensativos.

El patrón parecía inquieto y se vía a las claras que alguna preocupación lo molestaba.

De pronto dijo:

—A este paso no vamos a llegar a tiempo, pa entregar la tropa...

—¡Ah! ¡Ah!

—... Vamos como arreo e vacas recién paridas, y sin embargo, mirá como sufren los animales... Allá atrás, ya viene quedándose un yaguané grandote, medio despiao...

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ta fuerte el sol!... ¡Yo tengo el gañote como yesca!

El patrón me miró arrugando las cejas:

—No digas ansina, — dijo. — ¡No seas tan bagual, Sergio!

Yo me puse medio colorao pero le retruqué:

—¿Y? ¿Cómo he de decir, entonces?

—Has de decir garganta.

—¡Lo mismo monta!

—No; no monta lo mismo; ¡no seas animal!... Garganta dice la gente y gañote dicen los animales como vos y como yo...

Sorprendido por el modo como me lo dijo, más de tristeza que de enojo, lo miré con desimulo y vide que tenía la vista baja y que jugaba inquieto con el chicote de las riendas...

—Animal seré yo, patrón, ya lo sé, pero...

—Y yo también, y toditos los que hacemos esta vida e bestias que no sólo lo embrutece a uno, sino que, como la mojadura del zorrino, deja unos rastros que no se borran nunca!... Y siguió rezongando al tranco de su caballo, que sacudía la cabeza acuciao por la sabandija: "¿Has oservao como cualquier cuero o guasca que moja el zorrino sea cojinillo o maniador o soter de rebenque, siempre conserva el olor de la porquería? Gueno, ¿y aunque pasen los años y los años, un redepente, vos acercás las narices a la prenda aquella y en seguida volvéis a sentir el olor del zorrino que no desaparece nunca? Gueno; ansina nos pasa a nosotros: Tenemos ciertas brutalidades metidas en el alma de un modo que viene a ser, mala comparancia, mesmamente como aquel olor del zorrino... Damos güeltas y güeltas y creemos al fin, que a fuerza de ventilarnos ya se habrá ido el olor aquel, cuando... ¡zás! redepente, se aparecen tal cual, pa hacernos pasar bochorno... Mirá, una vez hacen dos años... ¿te acordás cuando estuve en Güenos Aires, la última vez? Güeno; vide en una exposición una punta de cueritos de todas layas. Habían de lón, de lobo, de zorro, de perico ligero, de nutria, y hasta de zorrino; todos lo más bien curtidos y presentaos que daban gusto... Güeno; en cuanto vide los cueros de zorrino, yo le dije a un mozo Perayra que estaba conmigo: "¿Qué quiere jugarse, compañero, a que esos cueros de zorrino tan lindos jieden entoavía?" —"¡No embrome! ¡Cómo van a

jeder tan finamente preparaos como están!"

—¡Oh! verá — le dije yo entonces. Y los olimos... Y... ¡ay! Sergio, jedían los tales cueritos como un diablo! y lo que es pior, eran los únicos que jedían a pesar del adobo, entre aquel montón de cueros de todas layas y pelajes!"

todo, ese olor se pone que volteo y uno pasa cada... ¡que no te digo nada!...

—Eso — dije yo — nos podrá pasar a nosotros que semos pobres; pero no puede rezar con usté que es rico y que tiene letras...

—No seas bruto pa hablar — me reprendió el patrón incomodao,—



La fuente de la eterna belleza

y de la alegría de vivir es el sueño sano y reparador.

Una pena es más fácil de sobrellevar cuando nos cobijamos bajo el manto protector del sueño que hace olvidar más de prisa los dolores y miserias de la vida.

¡No vacilad! ¡No remais el desvelo nocturno! Un par de tabletas „Bayer“ de Adalina proporcionarán tranquilidad a vuestros nervios y provocarán un sueño sano y profundo.



Tabletas Bayer de

Adalina

„No tiene los efectos nocivos del Bromuro“.

—¿Ande irá a parar el patrón?

—pensé yo. Y él, después de componerse el pecho siguió diciendo:

—Mientras uno anda ansina, arriando vacas, todo está muy güeno; no se alvierte, se desimula la jedentina del zorrino con tanto aire como hay en el campo abierto; pero en las casas y adentro de las piezas de la gente fina, sobre

que diantre tiene que ver la pobreza con la educación! El que es bruto, será aunque lo retoben con onzas de oro... Lo que yo quiero decir y que vos no comprendéis porque nunca parás atención a lo que se te habla, es que con poca diferencia ustedes y yo venimos a ser lo mismo...

Todita la vida hemos tenido que

ELOGIO DE LA MODESTIA

Elogiamos al hombre modesto, no sólo porque, empuñándose y manteniéndose en un rincón, nos deja un poco más de espacio para elevarnos y exhibirnos; no lo elogiamos sólo como un competidor que se retira, sino que aprobamos y elogiamos al hombre modesto porque, a pesar de la pronunciada inclinación que cada hombre tiene a estimarse de un modo excesivo, ha llegado a imponerse como una ley el tributar a la verdad ese testimonio difícil y doloroso. En resumen, la modestia agrada como utilidad y como dificultad, pero ante todo como verdad.

El hombre modesto ve que los elogios no le recuerdan más que una parte de sí mismo, y precisamente aquella ya se halla más inclinada a considerar y a engrandecer, mientras que, para conocerse bien, necesita considerarse a sí propio todo entero.

Por eso oculta sus bellas acciones, por eso conserva sus sentimientos más nobles en la custodia de su corazón. Pero si la verdad y la caridad lo requiere, también el hombre modesto deja aparecer lo bueno que en él hay y de ello da testimonio.

Alejandro MANZONI.

trabajar y por eso no hemos podido estruarnos, como tampoco pudierón estruarse nuestros padres... Por eso también, además de no saber nada e nada, conservamos entoavía dentro del cerebro una punta e resabios bárbaros que deben de vernos de los indios en fija y que en la ocasión menos adrede se presientan como el olor del zorrino pa hacernos pasar vergüenza... Anoche, sin dir más lejos...

Yo paré la oreja.

—Anoche, sin dir más lejos — siguió el patrón. —Anoche... ¿Vos le tendrás miedo a las luces malas, ¿verdad? — y se riyó con cara e malicia...

Yo me encogí de hombros y le dije muy serio:

—¿Y? Cómo no las he de temer, patrón, si son cosas de mandinga y de dijuntos... Todo el mundo lo sabe y he conocido muchos hombres probaos y con tamaña barba que no reparaban en confesar su temor...

—¿Y a vos no te da vergüenza?

—¿El qué?

—Eso; tenerle miedo a los fuegos flautos...

—A mí no, patrón, ¡lé juro!

El entonces se riyó un poquito y dijo medio mirando pa otro lao:

—Pues a mí sí... Todito lo que representa una debilidad, lo debe de avergonzar al hombre, porque le quita ventaja y lo pone en el caso de hacer mal papel en la ocasión en que menos se lo espere... ¿Te fijaste anoche, la señorita esa que estaba conmigo?

—¡Ah! ¡Ah!

—... Ella, que es una mujer y casi una criatura, no le temía a la luz mala...

—¡Ah! ¡Ah! ¡Qué gracia! — dije yo. — ¡Porque no sabe! ¡Qué va a saber ella que viene e la ciudad de luces malas! Había de oír las historias de las disgracias que han sucedido; las historias que me sé yo y que la finada mi agüela me contaba cuando era chico!

El patrón sacudió la cabeza.

—Callate — dijo. — No digas macanas... ¡Si da fiebre pensar que por cuistión de educación una mujer no tenga miedo de dir ande a un hombre se le encogen los matambres!... Mirá Sergio, yo...

—Usté quiso dir...

El patrón me clavó los ojos como si hubiese querido escarbarme el cerebro:

—Sí, es verdad, — dijo al fin. —

Sí, yo quise dir, pero no fui y eso te garanto que se me ha quedado aquí como un bulto... — Y al decirlo el patrón se señalaba la boca del estómagu...

—¿Ha visto? — largué yo, entonces sin poder sujetarme al ver cómo el patrón sentía lo mesmito que yo sentí la noche antes. — ¿Ha visto? Y... ¡Cha, que bárbaro! ¡Pa que lo diría! Vi que el patrón se ponía colorao, que movía la boca como pa decir algo, y que por último agachaba la cabeza y seguía andando a mi lao, callao como un dijunto, la frente muy arrugada y mordiéndose el bigote...

¡No es nada lindo a veces que a uno le endevinen el pensamiento! ¡Jué pucha! ¡Yo no sabía qué hacer!...

Por suerte, la llegada del indio Soto vino a sacarnos a los dos del mal trance:

Venía de allá, de la culata de la tropa, todo sudado y de tierra que no se vela...

—Patrón — dijo — el novillo yaguané ese ya no se puede arriar, a gatas si camina...

—Ya les he dicho que no lo apuren...

—No da más patrón; camina en tres patas...

—Y güeno; déjenlo... ¡Qué se le va a hacer!... Y volvió a agachar la cabeza dijústao, mientras el indio fantástico salía a media rienda en su manchao overo, con ese andar de loco que tenía...

De pronto dijo el patrón como quien rezonga con uno mismo:

—... ¡Todito el día de un lao pal otro como petizo e mandaos! ¡Todito el día, desde que Dios amanece, al sol y al viento como un animal!... ¡Ni una suavidad ni un afeto!...

Yo ya iba a decir: "¿Ha visto?" Pero me asujeté esta vez por fortuna y no hice de nuevo un barro... El patrón siguió:

—... Estoy más harto, más harto, che, de todo esto, que el día menos pensao agarro... Y se rió con tristeza, mirándome a la cara...

Yo me ref también, y después de pensar un ratito, aventuré a decirle:

—Usted debería de casarse, patrón... Mujeres güenas no faltan... Y después encogí el lomo medio abochornao y con miedo de que lo juera a tomar a mal.

Pero, por suerte, no sucedió ansina, sino que todo lo contrario.

En vez de incomodarse, el patrón me miró contento y me preguntó, riéndose, con franqueza:

—¿Y por qué no te casás vos?

Me quedé un rato medio pensativo y después dije con desgano, mirando pa otro lao:

—¡Bah! Yo es diferente, yo no soy más que un pobre pión!

—Y dale con lo de pobre! ¡Pucha que sos animal, Sergio!... Entonces él volvió a reirse: ¡Ustedes siempre tienen la dichosa palabra esa para arreglarlo todo!...

No sé de ande saqué coraje, pero le hice cogote:

—¡Ah! ¡Ah! —dije. — ¡Ha de ser con las vacas y las ovejas que tengo... Y me ref con amargura...

El me miró muy serio:

—¡Ah! —dijo. — ¿Vos te crees entonces que es fuerza ser un richacho pa hacerse una familia?

—No; pero, por lo menos, es preciso tener cuanti más no sea un rancho pa guardar la mujer adentro... Uno no va a andar con ella a los tientos...

El patrón pensó un rato y después dijo:

—Esas son macanas, che... El hombre que tiene voluntad pa casarse, se casa... Yo no sé ande saca fuerzas, pero la cuistión es que hace su gusto... Mirá; yo supe conocer uno; era ansina muchacho como vos y pión de tropa... Jué en la Banda Oriental... Un día se me acercó y me preguntó muy serio si yo craiba que con ocho pesos fuertes un hombre se podría casar...

—¡Cha, qué bárbaro!

—Ahí tenés: Yo me rai también y no sabiendo qué contestarle, le dije, no más, que sí, que "¡cómo no!"

—¡Ah! ¡Ah! ¿Y?

—Y al hombre se le hizo güeno el consejo y se casó no más... ¿Y después?

—Y después resulta que el hombre ha hecho plata y es, asigún dicen, uno de los estancieros más ricos del Departamento de Durazno!...

—¡Milagro parece!

—Ya ves y, sin embargo, es verdá... En la fuerza el querer halló el hombre quizás todo el coraje que le hacía falta para su empresa...

—¡Ta güeno!...

El patrón volvió a tantearse la bota que le dolía y después dijo, medio chanceándose:

—Ya ves, Sergio, que cuando un cristiano quiere... Sólo los sonsos

arrugando las cejas y ya medio fastidiado. — Yo añadí entonces:

—Digo que pa eso es menester comenzar por atracarse a la mujer que a uno le gusta...

—¡Ah! Ah! ¡Qué diablo sos vos! ¿Y quién dice que no sea ansina?

—¿Y? Usté mesmo!

—¿Yo? — Y el patrón, sorprendido, medio paró el caballo — ¿Qué querés decir?

MARGARITA

IN MEMORIAN...

¿Recuerdas que querías ser una Margarita Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está Cuando cenamos juntos, en la primera cita, En una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlatas de púrpura maldita
Sorbían el champaña del fino baccarat;
Tus dedos deshojaban la blanca margarita
"Sí... no... sí... no..." y sabías que te adoraba ya!

Después, ¡oh flor de Histeria! Llorabas y reías;
Tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo;
Tus risas, tus fragancias, tus quejas, eran mías.

Y en una tarde triste de los más dulces días,
La Muerte, la celosa, por ver si me querías,
Como a una margarita de amor, te deshojó!

Rubén DARIO.

y los flojos se dejan arriar por las dificultades...

Este dicho del patrón me dió un gran coraje:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Pa eso hay que tener libertad!

—¿Libertá? ¡No te entiendo!

—Digo que no hay que ser conchabao...

—¡Las mismas vainte! No sé qué querés decir... —Y me miró,

—Nada, patrón, decía no más... ¡Una ocurrencia!...

—¡Ah! ¿Ah? —Y entonces sí que paró el escuro endeveras, mirándome con aquellos ojos fieros que ponía cuando se enojaba:

—¡Hable, amigo y no sea sonso!... ¿Qué queja tiene de mí?

Me había metido en el brete y no tuve más remedio que arrempujar.

ANECDOTA

Había alcanzado Claudio Bernard tal nombradía que le invitaron de parte de Napoleón III a un baile de la corte que se celebraba en Copiegne. Andaba nuestro hombre un poco confuso, un poco escondido en la fiesta, cuando entre dos puertas el Emperador dió con él. Reconociólo al punto porque la estampa del gran fisiólogo había sido muy popularizada por el grabado. He aquí que de repente le dice:

—Señor Claudio Bernard, me ha alcanzado noticia de sus trabajos maravillosos. Végase conmigo a un rincón y dígame: ¿Qué es fisiología?

Aisláronse en un rincón, en efecto.

El baile seguía y todo el mundo se preguntaba por el motivo de la ausencia del soberano. La ausencia duró dos horas. El sabio habló con aquella abundancia, con aquella tranquila elocuencia que daban hechizo constante a sus lecciones. Al siguiente día... Dejemos que un biógrafo nos lo cuente:

Al siguiente día, Duruy, ministro de Instrucción Pública, le escribió:

—Ha embrujado usted al Emperador. Puede usted pedirle lo que quiera.

Claudio Bernard pidió un preparador para su laboratorio.

Eugenio D'ORS.

Úselo una sola vez

y sentirá que posee algo cuya falta había notado. Las mayores comodidades son inútiles cuando no se tiene a mano nada para remediar un mal. Vd. seguramente, no sabe que desde hace 30 años el polvo Vasenol Anti-Sudoral se emplea contra la transpiración con un resultado inmejorable, habiendo sido reconocido como el mejor remedio para este objeto, por los higienistas de todo el mundo. Es el único Polvo que contiene sustancias regeneradoras del cutis, por las cuales se diferencia de todo producto similar. Espolvóreese suavemente todas las partes afectadas.

—Güeno — dije — yo le decía por eso de ayer...

—¿De ayer? ¿Qué cosa de ayer? No sé...

—Eso que usté me dijo...

—¿Qué te dije?

—¿Y? Me dijo que no era e su gusto que yo me le anduviera atracando a la hija esa del puestio e "La Agraciada". A mí me gusta ella...

El patrón abrió los ojos tamaños y me miró un rato como pa ver si estaba loco:

—¡Ah! ¡ah!" —dijo, y yo añadí todo avergonzado y mirando pal campo:

—No parece mala y está en güenas carnes...

El patrón me miró serio entonces, y dijo bajando la voz:

—¡Ah! ¿pero entonces te gustaba endeveras? ¡Ibas entonces con güen fin?... Dispensame, hijo, yo no sabía. ¡Eso es otra cosa! Y agregó en seguida rándose:

—¡Pero qué animal! ¿Por qué no dijiste?

—¿Y? Como me tomó ansina, tan de sopetón...

A partir de entonces, el patrón se puso lo más contento y se largó a hablar conmigo como si juera un hermano:

"¿Qué Sergio este! ¡Quién se iba a imaginar que se iba a embichar ansina endeveras! ¡Pero qué pavo! ¿por qué no lo dijo?"

"Y al fin y al cabo hacía muy bien! ¡Amal haya él pudiera hacer otro tanto! ¡Caray! Una mujercita que lo quiera a uno y unos ojos zarcos y tristonas que lo reciban al cair la tarde!..."

—¡Negros!, patrón — dije yo apurao entonces.

—¡Zarcos!... Ah! ¡ah! ¡Eso es! negros, o de cualquier otro pelo, que pa el caso es lo mesmo... La cuestión es que no alumbren nada más que pa uno... Y añadió en seguida lo más animao:

—Güeno; mirá Sergio: Yo tenía resuelto pegarme una güelta, mañana mesmo, por "La Agraciada", porque tengo que llevarle unos papeles a don Frutos, ¿sabes? y vos podías acompañarme...

—¿Yo? — dije — ¿Y pa qué?

—¿Cómo pa qué? ¡Y pa verla!

¡Y bendito sea Dios; lo que son las cosas y cómo semos los cristianos! En vez de ponerme ahí nomás a bailar loco e contento sentí no sé por qué como un gran mieo, y como unas ganas bábaras de decirle al patrón que yo no quería dir, que era demasiao pronto entravía, que... ¡qué se yo!...

Pero ¡en fin! la cosa pasó y seguimos tranquilando lo más amigos al costao del arreo.

(Concluirá en el próximo número.)

UN ROMANTICO

Por Valentín Hurtado

Nuestra felicidad era casi completa. Al fin habíamos encontrado un piso. Sólo faltaba para completar nuestra dicha que el albañil viniera a blanquear la cocina. Mi mujer, impaciente por colgar sus peroles y poner sobre los vasos un elegante papel — que había construido recortando caprichosamente periódicos ilustrados, — vivía pendiente de la llegada del albañil.

Llamaron a la puerta.

— ¡Ahí está! — exclamamos henchidos de gozo.

Un hombre vestido de luto riguroso apareció en el umbral.

Mi mujer, con esa sagacidad de su sexo, preguntó:

— ¿Se ha muerto el albañil?

— No, señora — respondió con tono solemne el visitante. — Es decir, lo ignoro.

— Entonces, ¿cómo viene usted de luto? — añadió, con admirable incompreensión.

— El motivo de mi visita, señores, es tan delicado, tan extraño, que apenas me atrevo a exponerlo.

Los vestidos negros inspiran confianza, toda persona vestida de luto despierta simpatía. ¿Dolor por el muerto? ¿Respeto ante un presunto heredero? ¡Chi lo sa! El luto de nuestro visitante era tan completo, tan teatral, que mi mujer, impresionada, le invitó a pasar.

— Señores — exclamó inclinándose, el paso que voy a dar es tan extraordinario, que sólo mi emoción puede excusarlo. Yo soy Gutiérrez. El nombre no les dice nada, ¿verdad? Soy su predecesor en este piso.

— ¡Ah! — exclamó mi mujer. — ¡Cuánto cerebro conocerle...! No ha dejado usted chinchis; esto es de agradecer.

— Gracias, señora... Vengo de Málaga, y pronto partiré para Egipto. ¡Mi salud ha sufrido un rudo golpe!... Antes de alejarme no he podido resistir el deseo de ver por última vez el sitio en que murió mi pobre mujer: este piso.

Y Gutiérrez, presa de fuerte emoción, tambaleóse y, sacando un pañuelo que parecía una esquila, se enjugó las lágrimas. Mi mujer, deseosa de averiguar contra qué especie de microbios tendríamos que habérnosla, preguntó:

— ¿Y de qué murió?

— Del corazón, señora; una endocarditis se la llevó en nueve días. ¡Pobre...! con todo su concimiento!... En sus últimos instantes me suplicó que volviera a casarme... ¿Casarme yo después de perderle a ella?... ¡Jamás, jamás!...

— ¿Y qué favor es el que podemos hacerle, caballero? ¿Algún objeto olvidado?...

— ¿Objetos? No. Recuerdos... Eso es lo que aquí me trae; ¡recuerdos! Este comedor, donde ella comía todos los días su cocidito, hasta que la dispepsia la obligó a no comer; ese piano, donde sus manos tocaban aquellos charlestones tan divinos...

La emoción de Gutiérrez al evocar aquellas emociones pretéritas era impresionante.

— Les molesto — continuó repeniéndose. — ¡Perdón, mi dolor es tan grande...! Veo todo esto en mi alma... No, no; ya no lloro más, estoy abusando. He ahí la alcoba donde cerró los ojos para siempre — dijo asomándose a ella. — Observo que se conserva como estaba. Igual, señores. Ignoro si lo que voy a pedirles será excesivo: ¿podría arrodillarme un momento delante de la cama?

— Sí, señor, con mucho gusto,

— contestó mi mujer.

Y para despejar el acto de toda violencia añadió:

— ¡Es tan natural!... Yo lo he visto en varias películas italianas...

Gutiérrez penetró en la alcoba y, sollozando, arrodillóse ante la cama.

— Dejémoslo — aconsejó mi mujer. — A solas llorará más a gusto.

Nos apartamos discretamente de la puerta del dormitorio. No había transcurrido medio minuto cuando Gutiérrez reapareció; sus ojos estaban hinchados e inundados de lágrimas.

— He aquí mi tarjeta, señores. ¡Nunca olvidaré lo que han hecho por mí! ¡Me llevo un recuerdo valioso de ustedes!

¡Oh, por Dios, no diga Vd. eso, Gutiérrez!

Y el luctuoso Gutiérrez desapareció por las escaleras.

Mi mujer, exacerbada por la densa atmósfera sentimental que en la habitación había, explotó.

— ¡Eso es un hombre! — exclamó penetrando en la alcoba. — ¡Máridos así ya no se encuentran. ¿Serás tú capaz de hacer otro tanto cuando yo muera?... ¡Quíá...! Esa delicadeza hay pocos que la tengan. Y luego, tan fino, tan correcto, tan... ¡ay, Virgen santa!...

— ¿Qué te ocurre, mujer?

— ¡Mi collar!... ¡Lo había dejado sobre la mesilla de noche!... ¡Me lo ha robado!...

— ¡Con razón dijo al despedirse que se llevaba un valioso recuerdo de nosotros?

— ¡Pues se equivoca; las perlas eran falsas! ¡De algo bueno había de servirnos tu tacañería!



SE HA INICIADO LA MAS SENSACIONAL LIQUIDACION

JAMAS SE OFRECIO UNA OPORTUNIDAD SEMEJANTE:

¡TODOS LOS ARTICULOS! ABAJO DEL COSTO!

NO DEMORE SU VISITA....
LOS PRIMEROS SE LLEVAN
LO MEJOR.

SI NO DESEA COMPRAR
AL CONTADO PIDANOS UN
CREDITO EN DIEZ MESES.

A. CABEZAS
SARMIENTO 150 SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

COMO SIENTE Y ESCRIBE UN EDITORIALISTA

Conversando con José Manuel Eizaguirre

La vida, el carácter, la orientación definida de un órgano periodístico, hállase viva y absoluta en las columnas que ocupan los llamados comúnmente artículos de fondo. Médula, corazón, alma; he ahí en síntesis primaria condensado el valor y la significación de estos. La misión del editorial, vasta y honda, extiéndese desde el comentario ágil, sesudo e intencionalizado que con ecuanimidad señala derroteros y evidencia equívocos, abarcando la educación hasta el estudio social, económico, político, estimulando las tendencias nobles, despertando los ánimos y manteniendo alerta la conciencia de la responsabilidad, los deberes y los derechos.

En consecuencia el hombre que redacte esos trabajos, debe ser aparte de mente clara e inteligencia robusta, nutrida constantemente por el estudio y templada en la meditación, un humanista avezado, un sociólogo, un pensador, un filósofo teórico y práctico.

José Manuel Eizaguirre reúne esas condiciones y a ellas debemos añadir la hermosa prenda de su carácter íntegro, sus vibrantes energías, la selectitud de su moral y la firmeza de sus acertadas convicciones.

Su prosa, sobria, recia, eficaz, instruye, disipa sombras demagógicas, alienta esperanzas colectivas y logra inspirar las masas populares en el patriotismo, virtud sublime, que tiene por base desinterés y heroísmo, excluyendo y repudiando lo censurable, lo falso, lo hueco de mérito y sinceridad.

Eizaguirre es un periodista como pocos. Sus valores positivos, aquilatados por cumbres intelectuales, honran el cuarto poder, colocando su personalidad prestigiosa, sana y sólida en plano superior, equidistante de partidismos y pasiones bastardas.

Llegamos hasta su sala de trabajo de "La Prensa". Allí se encuentra en su laboratorio de ideas, rodeado de papeles, pruebas a corregir, planas manuscritas con la tinta aún fresca, folletos, datos estadísticos, mapas, magazines, diarios y periódicos extranjeros y del país. Redactor en jefe del gran ro-

tativo, su actividad siempre creciente responde admirablemente a las exigencias del trabajo de control y dirección que desempeña.

Hombre de gabinete, alejado de la hojarasca, identificado con ejecución permanente de procedimientos, en forjación de ideales, plas-

Su palabra fluye, pausada, serena, simpática.

—¿Un reportaje? ¿Esto entre colegas?

—Es una paradoja ¿verdad?

—Debe convertirse en conversación amable, en cambios de citas, en recordar que estamos para ser-

—En qué años?

—1882 y 1883.

—Después ingresó en "La Prensa"?

—Sí.

—Que nos dice en calidad de entrevistado?

Sus labios bosquejan una sonrisa buena.

—Hay que ambicionar, estudiar mucho, aspirar a ser algo, a ser útil a la sociedad, al medio en que se actúa. Para ello se requiere preparación, el que desea trabajar en el periodismo debe leer mucho.

—Adquirir cultura universal.

—Sí, tener noción de lo que se escribe. Redactar cosas que tengan fondo, substancia.

—¿Tiene algún libro en preparación?

—Tres. "Cómo se forma el país y la nación". "Pasado en el presente". "Los pactos preexistentes en la Constitución de 1853". En este último llegó a la conclusión de que las bases parten del Virreinato y luego pasan a las provincias.

Ante nuestra vista, colocados en la pared se halla un cuadro conteniendo tres retratos históricos. Descubrimos en esas efigies las facces de Dávila, Zeballos y José C. Paz, los dos primeros en uniforme de capitán de gala y el fundador de "La Prensa" con el de coronel, graduación que alcanzó brillantemente.

—He aquí— nos manifiesta — tres eminentes y austeros repúblicos.

José Manuel Eizaguirre, se sume en reflexión, como madura siempre sus proyectos antes de enunciarlos. Su cerebro vigoroso, que refleja rayos benefactores desde las columnas del diario que tantos afectos tiene en la opinión, es joya de preciados quilates. Por medio de la publicación sintética, para ser leída por la mañana da al país pautas a seguir y plantea soluciones inmejorables a problemas complejos.

Eizaguirre es un símbolo para el acervo y la marcha ascendente de las nacionalidades y un modelo para las generaciones nuevas.

Roque CEPEDA VERON



Señor José Manuel Eizaguirre.

mando en el ciudadano rectitud, abriendo en su mundo horizontes claros, apartándolo de lo insubstancial, cursi y ridículo. Pertenecer a esa falange de auscultadores de las palpitaciones populares, que interpretando sus sentimientos y defendiendo sus causas legítimas, no por ello se asemejan a los que adulan manifestaciones instintivas peligrosas para el mañana aunque en el presente aparezcan como espejismos seductores, encerrando maraña peligrosa para los destinos patrios.

Nos mira tras de sus lentes con elegantes cristales ligeramente velados, invitándonos a sentar.

vir a los intereses de nuestros ciudadanos, vigilando el porvenir de la nación.

—Proporciona descanso exquisito, desarrugar breves instantes el entrecejo, que traduce la intensidad de la labor mental, para revivir hecho ejemplares y gratos, hermanando aspiraciones, coordinando esfuerzos generosos.

Entra un ordenanza portador de correspondencia que deposita sobre el escritorio del publicista.

—Su incorporación a esta conscripción del periodismo, que nunca termina, como expresa un ilustre argentino?

—Me inicié en el diario "Tribuna", luego pasé a "El Nacional".

Al empezar el siglo XIX aparecieron en este continente americano los varones ilustres que iniciaron el glorioso movimiento de emancipación, varones ilustres por la inteligencia luminosa que los guió, por la fortaleza del espíritu y la abnegación en la vida de sacrificio que les tocó vivir. Hecha la revolución, muchos de ellos cayeron en las eternas purgatorias al incendio, y los demás debieron ceder el campo a los hombres que colisionaron hacia la revolución trayéndolos al limo social y racial del colapso...

José Manuel Eizaguirre

Autógrafo del señor José Manuel Eizaguirre.

PLUS ULTRA

Hay escritores que nos son hermanos porque en lo que ellos piensan encontramos el eco de nuestro propio pensamiento y en lo que ellos sienten el eco de nuestro propio sentimiento. Sienten y piensan por nosotros; más exacto: piensan y sienten *con* nosotros.

Tal, para mí, Unamuno. Sus preocupaciones del *más allá* son mis constante preocupaciones. Su alma se refleja en la mía, como en la suya se refleja, a no dudarlo, el alma de Pascal, como en la de Pascal se refleja el alma de Montaigne.

Unamuno no comprende la indiferencia religiosa en el aspecto transcendental de inquirir lo que pueda haber allende la tumba. Pascal no comprendía que se hablara con tono ligero, mundano, *desprendido*, de la muerte, viendo tan sólo el hecho, la ley, la consumación, no el misterio y las consecuencias misteriosas. Montaigne burlábase de todo esto, pero debajo de la ironía alentaba penosamente una gran ansiedad.

¿Burlarse, permanecer indiferente o distraído ante lo único serio que existe en nosotros, sobre nosotros y en derredor de nosotros! ¡Mirar a la muerte, no cara a cara, sino de soslayo y con ánimo disipado, con buen humor! Pero entonces, ¿en qué nos distinguiremos de los animales irracionales? ¿Convertiremos la razón en disipación? ¿La abdicaremos como se abdica un gobierno o un dominio? ¿Pasaremos de largo frente al problema de los problemas? ¿Nos preocupará la brizna de hierba que encontramos en nuestro camino, y no nos preocupará el *resultado de la vida*?

Para esquivar la dificultad, se ha inventado a la desesperada una especie de materialismo idealista que hace de la muerte una metamorfosis atomística, un asunto de materia poetizada, cosa bien distinta por cierto de la materia poética. Se poetiza el polvo, pero no se los bendice. Se quiere dorar la píldora, y luego resulta que no podemos tragarla. ¿Cómo tragar el polvo, aunque sea dorado? Eso no es saludable ni higiénico.

Digamos con inteligencia y con conciencia que no sabemos, pero que queremos saber. A mí me importa mucho, mucho mi espíritu; pero ¿qué me importa la dispersión de mis átomos?

Me angustia la pregunta angustiosa de Lamennais; *¿Adónde han ido? ¿Quién nos lo dirá?*

Nadie nos lo dice. Debemos, sin embargo, hacernos siempre la misma anhelante interrogación mirando hacia las sombras que pasaron y no vuelven, para que se nos olvide lo único que no merece ni consiente olvido.

Estamos en nuestra playa oscura, sobre la cual el océano devorador de la eternidad no arroja cadáveres ni restos de naufragio. Seremos también náufragos, porque atravesarlo será naufragar. Naufragar es quedarnos a oscuras, no ver, no comprender, mientras las olas crecen y nos llaman. ¿Se quiere que no apostrofemos al mar, que no interroguemos al naufragio?

Estamos esperando la hora de pasar a la otra banda; pero ¿qué hay a la otra banda?

¿Naufragará la barca de Cristo como naufragó para los cristianos la barca de Caronte? Yo ansío *llegar*; llegar sano y salvo.

Y desde mi roca, con los pies mojados, con el corazón aterido, llamo a Dios.

La mayor abominación de estos tiempos es esa iniquidad sin nombre del odio *personal* declarado por algunos a Jesús, siguiendo los pasos de Nietzsche, que era un genio coronado con los cascabeles de la locura.

Al odiar a Jesús odian el bien, se odian a sí mismos. Toda la civilización moderna es fundamentalmente cristiana.

Pero el odio, al tocar a Jesús, que era el amor, se santifica. El fuego puro mata al fuego impuro. Los corazones que maldicen el amor son escorias volcánicas que dan testimonio del gran fuego, aun apagadas. Y permanece en nosotros Jesucristo, la pureza del fuego, del amor...

Yo estoy de rodillas sobre mi roca porque espero, y la prosternación es la actitud propia del hombre que espera la esperanza.

Francisco GONZALEZ DIAZ.

EL SUEÑO

Los minuciosos estudios hechos en las escuelas de Suecia por una comisión de pedagogos y médicos nombrada por el gobierno, han confirmado que los niños que no disfrutaban de la cantidad de sueño necesaria tienen un 25 por 100 más enfermedades que los demás.

Según la comisión, la cantidad de sueño necesaria a los niños que estudian es ésta:

Para los niños de cuatro años, doce horas.

Para los de siete, once horas.

Para los de nueve, diez horas.

Para los de doce a catorce, nueve horas.

Para los jóvenes catorce a veintiuno, ocho horas.

La anemia, el empobrecimiento de la sangre y la debilidad son muchas veces debidos a insuficiencia de sueño.



*Precioso auxiliar
de las madres que crían*



Malta
PALERMO

Publ. RA Weber

SOLEDAD

Por Pierre Mille

En aquel entonces yo acostumbraba a pasar mis momentos de ocio junto al Hotel de Ville, en un paraje apartado del bullicio de la ciudad, y donde nadie perturbaba mis meditaciones.

Una tarde sentí que alguien se había sentado en el otro extremo de mi banco. No lo vi, porque en ese momento me hallaba con la cara vuelta hacia la cúpula de Nuestra Señora.

Al principio, la llegada del importuno me produjo fastidio. Yo había terminado por considerar aquel banco como de mi propiedad, y no admitía la posibilidad de compartirlo con extraños. Luego, y en razón de ese mismo fastidio, me senté en forma de poder examinar a mi vecino.

Era un anciano. Su aspecto era aun más vetusto que su edad. Vestía humilde pero pulcramente. Nada había en él que inspirase desconfianza ni tampoco simpatía, excepto su rostro.

Yo no hubiera podido afirmar por qué, pero tenía la impresión de que aquel rostro era distinto, completamente distinto al del resto de los mortales. No se leía en él tristeza, sino algo así como un cansancio desesperado, absoluto. Sus ojos parecían decir: "Nada me llega... Nada me hiere... Nada me conmueve..."

Su silencio acicateó mi curiosidad, y no pude resistir a la tentación de entablar conversación con él, presintiendo que su vida encerraba un drama hondo, inhumano...

—¿Ha venido usted a ver a los pescadores?... — le pregunté.

—No... No... A descansar, simplemente...

—...Y a matar el tiempo, ¿eh? —
—¿Matar el tiempo?... ¡Oh!, eso es una frase, nada más que una frase... Nadie puede matar el tiempo...

Ese día no conseguí obtener una sola palabra más del desconocido. Respondió a mis otras preguntas con simples monosílabos.

Durante dos semanas, nos vimos diariamente. Por fin conseguí que me confiase su secreto. Y este es el relato que me hizo:

Ya nada tengo que hacer en el mundo. Nada... Mis rentas me permiten vivir sin trabajar. Esa es mi mayor desgracia. Si me viese obligado a ganarme la vida trabajando, conseguiría, tal vez, distraer mis tristes pensamientos... Pero nada ni nadie me preocupa... Estoy solo en el mundo, señor. Solo...

No he estado siempre solo... He tenido esposa... Una viuda que contrajo segundas nupcias conmigo... Tenía treinta años; mi edad, más o menos. Estaba al frente de una casa de pensión adonde solíamos ir a comer algunos empleados y comerciantes... Llevaba continuamente prendido de su falda a un niño de pocos años nacido algunos meses después de la muerte del padre... ¿Bonita? No sé si lo era. Creo que no. De haberlo sido, no me hubiese acercado a ella. He sido demasiado tímido con las mujeres... Comencé por acariciar al ni-

ño, y conquistarme su afecto llevándole confituras...

Lo que más me impresionaba en ella era su aire grave, abstraído, reconcentrado, que yo atribuía a lo delicado de su salud. Un día le dije: "Usted necesitaría descansar, señora Lorenz..." Se encogió de hombros, como queriendo decirme: "¿Descansar?... No todos podemos descansar..."

Otra vez me atreví a hacerle un ofrecimiento: "Yo podría ayudarla, señora. Conozco algo de negocios, y creo tener seriedad suficiente para merecer su confianza... ¿Qué le parece si nos asociáramos?..."

Mis palabras encerraban otro pen-

posa se hallase en posesión de una que sería enterrada. Esa idea me discretó fortuna de la cual nunca quise tocar un centavo.

La amé sencilla pero hondamente. Fué la mía una adoración silenciosa, intensa, absoluta... Ella se dejaba amar. No retribuía, no retribuyó nunca el tesoro de afectos que yo le ofrendaba en cada palabra, en cada gesto, en cada beso...

Su salud resentíase y agravábase paulatinamente. Terminé por proponerle: "Ya tenemos lo suficiente para vivir tranquilos. Podríamos abandonar el negocio, e instalarnos en una villa de las afueras..."

Accedió de inmediato, pidiéndome que nos trasladásemos a Thiais, un pueblecillo de los alrededores de París.

En Thiais encontré una casita ideal, donde esperaba ver a mi esposa recobrar la salud perdida en tantos años de trabajo y de sufrimiento. La salud de Clara parecía agostarse como una flor herida por los vientos del invierno. Y en vano intenté reanimarla con la tibie-

desgarró el corazón como un atroz presentimiento... Sin embargo, no me atreví a contrariarla.

Tomamos un carruaje, porque ni siquiera tenía fuerza para caminar las pocas cuadras que nos separaban del cementerio.

Recorrimos las estrechas y tortuosas callejuelas bordeadas de cipreses. De pronto, se detuvo ante una tumba en cuya losa se leía la inscripción: "Alberto Lorenz".

—Es la tumba de mi primer esposo — me dijo. — Nunca he amado sino a él... Y en él, únicamente en él, he pensado durante estos años...

Yo la escuché en silencio. No osé preguntarle si mi amor no había despertado emoción alguna en su corazón... ¿Para qué?... ¿No me bastaba ya saber que mi esposa me había engañado por espacio de diez años con el recuerdo de aquel muerto?...

Y esa noche, esa misma noche, cuando ahogado por la angustia me acerqué al lecho de mi esposa para recoger su último suspiro, sus labios invocaron aquel nombre: "¡Alberto!..."

No... o... Eso no fué todo... Quedaba el niño...

Concentré en él todo el amor que había profesado a la madre. Lo vi crecer, hacerse hombre, triunfar en sus estudios... ¡Ah!, yo no me sentía solo, porque a mi lado aun palpitaba un corazón...

El destino me deparaba un nuevo dolor. El niño comenzó a languidecer, atacado del mismo mal de su madre. ¡Ah, cuánto, cuánto sufrí!... Lo cuidé como lo hubiera cuidado la propia mujer que lo había gestado. Pasé noches enteras a la cabecera de su lecho, escuchando su respiración, velando su sueño, prodigándole palabras de aliento y de ternura. Pero de nada valieron mis sacrificios... Mi hijo — porque para mí era mi hijo, sí, mi hijo — se moría lenta, irremediablemente...

Una noche, cuando el médico desvaneció con su pronóstico mis últimas esperanzas, lo abracé, y con lágrimas en los ojos murmuré a su oído: "¡No temas!... ¡No temas!... ¡Yo te salvaré!... Eres lo único que me queda en el mundo, hijo mío... y Dios no permitirá que te pierda..."

Y él me respondió:

—¿Lo único que te queda?... No... ¡Si tú no eres mi padre!... Me lo dijo mamá antes de morir...

Dos días después cerraba los ojos para siempre, indiferente a mi dolor, como la madre...

¿Qué puede ya valer la vida para mí?... ¿Qué puedo hacer?... ¿Matar el tiempo, como me dijo usted la primera tarde?... ¡Ah!, ¡quién pudiese matar el tiempo y matar con él todos los recuerdos!...

VISION

Una hueste al cruzar mecío las frondas
Del vasto boulevard adormecido,
Y su bandera en tremulantes ondas,
— A la luz del crepúsculo vencido —
Fingía un ángel, cuyas alas blondas,
Sobre la hueste hubieran extendido.

II

Y la hueste pasó... Y el largo acero
De los sables, que en alto conducía
Aquel confuso desfile guerrero,
Rutilando — a lo lejos — producía,
La ilusión de un fantástico aguacero
Que entre la sombra nocturna huía.

L. GONZALEZ CALDERON.

samiento que no escapó a la perspicacia de aquella mujer. Estuvo mucho tiempo sin decidirse. Yo volví a hacerle la proposición, deslizando una que otra frase que reflejase más claramente mis intenciones.

Un día me contestó que sí, que aceptaba. Me casé con ella. Pagué sus deudas, me ocupé de la pensión, la hice prosperar, aumenté su clientela. En esa forma conseguí, al cabo de algunos años, que mi es-

za de mi cariño con la exaltación de mi amor...

Yo no quería perderla. Estaba dispuesto a todos los sacrificios, con tal de arrancarla de las garras de su enfermedad. Le aconsejé, le rogué que hiciese un viaje a Suiza, en busca de mejores aires... Nunca quiso seguir mis indicaciones...

Una mañana me rogó: "Llévame al cementerio..."

Creí que deseaba ver el lugar en



—¿Qué manera de festejar las fiestas!
¡Qué abundancia de platos! Flambés, ravioles, estofado, puchero, pavo...



...empanadas, pan dulce, almendras torrones, castañas...
—¿Qué bárbaro! ¿Cómo pudieron comer tanto?



—Muy sencillamente. Tomando una copa del reconfortante Hierro Quina Biserl.

El sino de la criatura

Por Ezequiel Enderiz

El gabinete donde Margarita hacía sus confidencias estaba tapizado de un azul claro y alegre.

Por eso contrastaban más sus palabras siniestras:

—Tengo un designio trágico, que es más trágico todavía porque soy ajena a él... Sólo así puede concebirse que a los veinticinco años sea viuda dos veces... Que cuando un hombre como usted, que me ama, y a quien yo también amo, desea hacerme de nuevo su esposa, tenga que renunciar, precisamente por amor...

El marino escuchaba silencioso y apesadumbrado.

—Ya sé, ya, que usted no esperaba esto — continuaba Margarita; — pero ¿qué hacer sino ser leal al hombre que nos quiere y queremos? Si yo le correspondiera a usted y nos casáramos, usted naufragaría con su barco antes de un año...

—¿Y qué?... — dijo Gonzalo. — Sólo por usted sentiría la muerte. Y esta su sentencia también es mi muerte...

—¿No es usted supersticioso?

—No. Se es supersticioso cuando falta una fuerza interior capaz del heroísmo. Cuando no se tiene ideal. Cuando se vacila en la vida.

Pero yo soy fuerte y enérgico. Lo fui siempre. No me espanta ninguna fuerza oculta. Y ahora que amo, menos...

—Sin embargo, amigo Gonzalo, convengamos que el amor mismo no es, en definitiva, más que una de esas fuerzas ocultas en las que usted no cree... Una superstición más...

—Que en vez de restar bríos, los da...

Hubo una pausa.

Ella jugueteaba escéptica con los encajes de su bata finísima.

El la miraba tenaz, con súplica terca, poniendo en su rostro de marino tostado por el sol una mueca que retrataba su fuerza de voluntad.

—¡No me mire usted así!... — dijo al fin ella. — Me da usted mucho miedo, Gonzalo...

—Soy poco cariñoso, poco cordial, ¿verdad? — e intentó sonreír. — Mas no vea usted en esta aspe-
reza, tan mía, otra cosa que decisión para su cariño.

—¿Y por qué no hablamos de otra cosa?... Me parece inútil insistir en un tema agotado...

—Terminaremos en cuanto usted me prometa casarse conmigo.

—Déjeme que antes le cuente una historia...

—De esto que le voy a referir — comenzó Margarita — hace ya veinte años... Sí, veinte... Yo tenía cinco... Vivíamos entonces en Burgos... Mi padre era abogado y tuvo que defender en un proceso célebre a un criminal feroz, a quien no hubo manera de salvar de la horca...

Llegado el día de la ejecución el criminal, que no tenía un ser querido a su lado, sólo pidió una cosa antes de morir: darle un beso a una niña... ¿Qué clase de sentimiento llevaría este hombre

ocultos, y qué lucha no se entablaría entre ellos para hacer tal petición?... La demanda la hizo a su defensor, a mi padre, y éste, que era todo bondad, me llevó a la cárcel, y sin que yo me die-

se cuenta de la terrible escena de la capilla, me ofreció al reo...

El desgraciado me cogió entre sus brazos y me besó con una ternura infinita...

Aquel beso ha sido mi mala estrella, y él ha traído las mayores desgracias a cuantos me rodearon...

Gonzalo no se inmutó por la narración. Sólo se quedó pensativo.

Ella le miraba esperando asombro, miedo, algo. Como Gonzalo no dijera nada, Margarita dijo:

—¿Qué?... ¿No es terrible ese designio trágico?... ¿Insistiría usted ahora en sus pretensiones?...

—¡Naturalmente! — replicó Gon-

zalo, comenzando a darse cuenta de la admirable fantástica con quien tenía que entenderse. — A mí es a quien menos puede asustar la historia del ahorcado.

—¿Por qué?

—Porque ese ahorcado — dijo Gonzalo con un dramatismo cómico, — ¡era mi padre!...

Y ya no hubo manera de resistirse. Se juntaron las risas de los dos como pronto se juntarían sus besos. Para colmar el momento de buen humor, aun dijo Gonzalo:

—Ahora no nos falta más que brindar por esos dos maridos que usted mató...

¡QUE DOLOR!

El más seguro y rápido alivio

CAFIASPIRINA

DOLORES DE CABEZA
MUELAS y OIDO
NEURALGIAS
REUMATISMO,
EFECTOS DE
LA BEBIDA,
TRASNOCHADAS,
ETC. ETC.

NO AFECTA
EL CORAZON NI
LOS RIÑONES

BAYER

¡Rechace las imitaciones!

Salía de mi casa bastante preocupado por no haber podido darme cabal cuenta de una noticia que acababa de leer en los periódicos.

Ella se refería a una de las tantas cosas por las cuales tengo derecho a interesarme como ciudadano pere para las que uno no tiene la debida especialización.

Como se trataba de un asunto vinculado a la instrucción, deseaba ardientemente encontrarme con alguno de esos hombres que poseen la sabiduría oficial, profesor, abogado o bachiller, o al menos con un estudioso que me prestara sus luces, cuando al llegar a la plaza del congreso dí de manos a boca con un viejo amigo de la infancia, hombre que, sin mayor base escolar, ha dedicado toda su vida a leer grandes maestros y a quien, por la forma simple, dialéctica y un tanto irónica con que acostumbra discutir, algunos de sus amigos lo llamamos el joven Sócrates.

—Amigo mío, — le dije, — en la convención internacional de maestros actualmente reunida en Buenos Aires, se han hecho algunas proposiciones en favor de la paz y la justicia social universales.

Mi amigo conocía ya la información. Me propuso ir a Florida, donde, seguramente encontraríamos a algunos de los pedagogos que así querían aparecer como sociólogos y cuando le hube aceptado y echamos a andar por la Avenida, me propuso, sonriendo, someterlo a la tortura de un diálogo socrático y hasta me anticipó algunas frases de aquel que el viejo filósofo de Atenas mantuvo con Glaucón, según la versión de Jenofonte.

Frente al Palacio del Libro encontramos a un joven profesor, quien nos dijo haber suscrito un proyecto de declaración para transformar la humanidad.

Entre mi amigo y él se entabló el diálogo siguiente:

MI AMIGO. — ¿Podrías decirme en qué consiste tu proyecto?

EL PROFESOR. — Te lo voy a leer. Dice de esta manera: "Las organizaciones de maestros sostendrán en su acción en favor de la justicia social una transformación de la sociedad, de modo que se dé a los individuos el bienestar económico y la cultura integral".

MI AMIGO. — ¿De modo que deseas transformar la sociedad en la forma y por los medios que nos dices?

EL PROFESOR. — Efectivamente.

MI AMIGO. — De todos los proyectos humanos, el tuyo es, sin duda, el más hermoso. Si le realizas no tendrás anhelos que no puedas satisfacer. Serás conocido primero en Buenos Aires, después en toda América, quizá, incluso como Sarmiento, hasta en París; y en cualquier parte que estés todas las miradas se dirigirán sobre tí.

Como en el caso de Glaucón, estas palabras halagaron de tal modo al joven profesor que ya soñaba

DESDE EL PÓRTICO

TRANSFORMACION DE LA HUMANIDAD

PEDAGOGOS Y SOCIOLOGOS

con parecerse algún día, cuando no a un Osvaldo Magnasco o a un Joaquín V. González, por lo menos a algún Antonio Sagarna.

MI AMIGO. — Es indiscutible, profesor, que si quieres honras en tu profesión tienes que servir a la pedagogía.

EL PROFESOR. — Seguramente.

MI AMIGO. — En nombre de Pestalozzi, Horacio Manu y Froebel, dime ¿cuál es el primer servicio que harás a esta sociedad

Díme, ¿no fué su fundador un tal Augusto Comte?

Aquí el profesor asumió una pose digna de un magister y dijo:

EL PROFESOR. — El domingo 10 de Octubre de 1851, Augusto Comte, fundador de la Sociología, dijo en el Palais Cardinal estas palabras: "En nombre del pasado y del futuro los servidores teóricos y prácticos de la humanidad vienen a tomar la dirección general de las cosas terrestres, para construir

RETRATO

Gastaba botas altas, casi de mosquetero,
Y su paso garboso taconeaba en las losas,
Mientras el requintado e insolente sombrero
Dejaba un ojo listo para las bellas mozas...

De Van Dick el mostacho apuntaba altanero
Con cierta picardía de historias maliciosas,
Floreciendo en los labios del buen dicharachero
Un gesto complaciente para todas las cosas.

Yo no sé de qué modo hubo el clásico empaque
Que en un perfume antiguo de algalias y estoraque
Evocaba leyendas de un tiempo que pasó...

Tenorio y pendenciero, con saber de conseja,
Siempre fué el habitante de la casa más vieja
De mi pueblo, y su mente nunca se obscureció.

René ZAPATA QUESADA

por cuya transformación te interesas?

El profesor se callaba, buscando en alguna cartilla de Senet, llena de palabritas compuestas, por cuál de los principios pestalozianos se decidiría.

MI AMIGO. — A mí me parecía que el maestro de primeras letras debería concretar su enseñanza a la lectura, la escritura, las cuatro operaciones, la historia patria, la geografía del país, modo de portarse con los padres, de conducirse en sociedad y de cumplir con los deberes del ciudadano.

De ahí que esto de la justicia y la paz universales puesto entré los deberes de la enseñanza del aula me resulte un tanto complicado y difícil de entender.

EL PROFESOR. — Es que tú no estás iniciado en la pedagogía positivista.

MI AMIGO. — ¿Podrías recomendarme algún autor que me instruya en ella?

EL PROFESOR. — Cualquier pedagogo contemporáneo argentino. Todos valen lo mismo porque, como son copias fieles, de los pedagogos extranjeros, no han adulterado la doctrina y lo que vale es la doctrina, no el autor.

MI AMIGO. — Algo he oído hablar de esa filosofía positivista.

al fin la verdadera providencia moral, intelectual y material; por supuesto excluyendo de la supremacía política a todos los diversos esclavos, católicos, protestantes y deístas, por ser a la vez rezagados y perturbadores."

MI AMIGO. — Me interesa la fanfarronada. Pero, ¿crees tú que con ese criterio de exclusión nada científico pudo el buen señor fundar ningún sistema positivo?

EL PROFESOR. — Augusto Comte en su Filosofía Positiva estableció la clasificación de las ciencias, la ley de los tres estados de la historia y la religión de la humanidad.

MI AMIGO. — He oído decir que ha dejado una serie de discípulos tan pedantes y llenos de ciencia infusa que no hay escuela normal donde no hayan trastornado las leyes naturales de la educación ni escaparate de librería ni suplemento dominical de diario difundido donde no nos abrumen con el peso de una terminología que les es peculiar y con la que oscurecen aún más lo que ellos mismos no comprenden claramente. ¿Es esto así?

EL PROFESOR. — Esas son calumnias de los clérigos, por la inquina que les produce la enseñanza laica.

MI AMIGO. — Los maestros de

la convención han hablado de la necesidad que tiene el maestro de hacer sociología en el aula. ¿Esa palabra, sociología, de quien la hubisteis?

EL PROFESOR. — De Augusto Comte, nuestro señor. La palabra sociología, que alguien ha llamado híbrida por estar formada de la yuxtaposición de una latina y una griega, significa la ciencia del hombre en sociedad.

MI AMIGO. — He visto, efectivamente, que los maestros propo- nentes han hablado de la necesidad que tiene el maestro de hacer sociología, pero la pretendida ciencia así llamada, ¿tiene ya legitimidad como ciencia independiente o necesita usar aún de los andadores que les presten la filosofía y el derecho?

EL PROFESOR. — Yo no soy un doctor de la Universidad para estar al cabo de estas cosas; pero, como maestro, tengo el deber de transformar la humanidad.

MI AMIGO. — Y dime ¿crees que los actuales maestros normales, en cuyas manos están modelándose los miles de niños de nuestro país, entenderán tu reforma y la interpretarán fielmente?

EL PROFESOR. — A la verdad que yo mismo no sabría por donde comenzar prácticamente.

MI AMIGO. — ¿Conoces la sociedad infantil que vas a transformar?

EL PROFESOR. — Como sociedad, ciertamente no.

MI AMIGO. — ¿Conoces la idiosincrasia de los maestros de América y de Europa?

EL PROFESOR. — No la he estudiado todavía.

MI AMIGO. — ¿Has trazado el plan de esa modificación? ¿Empezarás por el niño que aprende a leer para terminar por la educación del ciudadano? ¿O corregirás en el ciudadano al mal niño que en él subsiste?

EL PROFESOR. — ¡Oh, eso lo harán los maestros de grado! A mí, como convencional, no me incumbe sino sociologizar.

MI AMIGO. — ¿No te parece que mientras te dedicas a solventar estas dudas podríamos seguir enseñando "El Nene", en las escuelas?

EL PROFESOR. — No sé qué contestar.

MI AMIGO. — Entonces, oye. Te voy a hablar por boca del más humilde de todos los sabios conocidos. Son sus mismas palabras. Ten cuidado, joven; no sea que al buscar la gloria te atraigas la censura.

¿No ves cuán peligroso es emprender lo que no se sabe o hablar de ello? Si aspiras a la gloria, si quieres ser admirado de tus conciudadanos trabaja en instruirte antes de intentarlo; pues si entras a los negocios públicos con luces superiores a las del vulgo no me asombraré de que obtengas fáciles éxitos."

H. LARTIGAU LESPADA.



EL MONSTRUO

Por Víctor Alberto Buzio

En mi adolescencia, cursaba estudios en un colegio pío. Es de suponer que fueran mis primeros libros, la historia sagrada, el catecismo, y el Evangelio.

Mis preceptores me habían inculcado el principio cristiano de un más allá luminoso que aguarda a los mansos de esta tierra, el fuego suave del purgatorio para los menos mansos, y las llamas devoradoras del infierno para los violentos.

Yo, más que creerlo, sentía estas verdades; casi aseguraría que las llevaba en la sangre.

Mi madre era una santa mujer; quería entrañablemente a sus hijos sin que esto impidiera querer a los hijos de otras madres; abnegada y paciente; cristiana en la acepción más lata del vocablo.

Una tarde volviendo del colegio —tenía yo quince años— encontré en la carretera a mi padre. Me abrazó fuertemente con los ojos anegados en lágrimas. Tu madre —me dijo, con voz temblorosa y teniendo el efecto que habría de producirme la noticia— ...tu madre... ¡ha muerto!

Me solté de los brazos de mi padre, y corrí a casa.

Allí, sobre el lecho, mi madre yacía inerte... Me pareció que sonreía ¡Era tan dulce su expresión! Le di un beso en los labios... ¡En esos labios que tanto me habían mimado!

—¡Adiós mamita! — le dije y sonreí.

¡Yo adoraba a mi madre! Tanto la adoraba, que en ese instante solemne, olvidé que me quedaba huérfano del cariño irremplazable que ya no oíría más sus sanos consejos y amables reconvenciones; que no me arreglaría ya ¡nunca más! mi corbata de colegial...

Mi egoísmo no se hizo presente en ese momento. El recuerdo de ella era excluyente: ¡Reinaba solo!

¡La verdad era que mi madre había pasado a mejor vida!

Sentí un íntimo regocijo... ¡Una alegría incontenible que desbordó por mis labios con el sonido argentino de una carcajada...! Y reí... Y reí mucho, con risa sana y espontánea...

¡Mi madre había pasado a mejor vida!

—¡Eh, monstruo! Tu madre muerta y tú riendo? — era mi hermano quien me increpaba de este modo; levantó el puño y lo descargó en mi cabeza. (Mi hermano vestía hábitos de seminarista).

Me evadí de otros golpes, y salí de casa en la sospecha de que mi hermano había enloquecido. ¿Golpearme por sentirme alegre de que mi madre — ¡mi idolatrada madre! — había pasado a disfrutar las recompensas de sus santas abnegaciones? ¡Oh, mi hermano estaba loco! El, que pronto sería sacerdote, y que tantas veces me hablara de las bienaventuranzas que Dios depara a los justos, y los castigos que inflige a los pecado-

res... ¡me había golpeado por el delito de creer que mi madre era buena, y sentir la alegría de saberla en los cielos! ¡Oh, mi hermano estaba loco!

El puñetazo me había aturdido, pero tan intensa era mi alegría que el dolor se alejó.

Llegué a la capilla para transmitir al cura de mi pueblo, la buena nueva.

Veamos: por qué son egoístas y cuál es el notición que ha de alegrarme... ¡Ya me estoy sonriendo!

—Mi madre ha muerto, padre... ¡ha muerto!

Lo repetí varias veces con acento jubiloso. Detrás de esas palabras, "mi madre ha muerto", estaba el pensamiento de las verdades contenidas en los santos Evange-



—¡Padre!... ¡Padre! —grité apenas le distinguí. ¡Un gran notición! ¡Alégrense!

—¿Qué pasa chicuelo?... ¿Vienes a traerme un poco de tu alegría?

—Mi alegría sería mayor, padre, si no la hubiesen empañado las lágrimas de mi padre y de mi hermano... ¡Son dos egoístas!

—Eres muy joven para juzgar.

lios, y que yo había oído de boca de mis preceptores. Jesús en su máxima: "¡Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos! — me daba la seguridad de que ella — ¡mi idolatrada madre! — había, por derecho divino, alcanzado ese reino.

Porque, no era mi madre, acaso, pobre de espíritu?... ¡Sí, pobre!... ¡paupérrima! Porque son

LAS CAUSAS FINALES

El señor Aristides, un terrible cazador, ha salvado una nidada de jilgueros que acaban de nacer en un rosál debajo de su ventana. Un gato se encaramaba por el rosál. Es conveniente acerca de las acciones, creer en las causas finales y pensar que el destino de los gatos no es otro que perseguir a las ratas y ser víctimas de un balazo.

El señor Aristides empuñó su revólver y disparó contra el gato. Complace, desde luego, ver salvados a los jilgueros y a su enemigo víctima de su propia voracidad; pero sucede con el disparo del señor Aristides lo que sucede con todas las acciones humanas: no se ve clara su justicia si la miramos muy de cerca. Porque si se reflexiona, el gato, cazador por naturaleza, como el señor Aristides, puede llegar también creer en las causas finales, y por lo tanto, no duda de que los jilgueros nacen para que algún día él se los coma.

El balazo recibido pudo advertirle, algo tarde ya, que se equivocaba acerca de la causa final de los jilgueros que pían entre las rosas. ¿Acaso hay alguien que no se crea el centro del universo y que no obra como si en realidad lo fuese? Esta es la condición de la vida. Para todos nosotros el mundo se reduce a nosotros mismos; y al decir nosotros, no excluimos a las bestias. Nuestros vecinos, como el revólver del señor Aristides, no dejan de aclarar nuestro engaño, y a veces, basta para convencerse un perro, un caballo, un microbio, un grano de arena.

Anatole FRANCE

pobres de espíritu los buenos, los mansos, los abnegados... ¡los limpios de corazón y pensamiento! Y mi madre era pobre, pobre... ¡Estaba en los cielos y yo, su hijo amantísimo, experimentaba la felicidad de saberla feliz!

—¡Sí, padre! — volví a gritar a aquel hombre que parecía con sus ojos abiertos de extrañeza, no comprender el significado de mis palabras — ¡Mi madre ha muerto! ¡Que toquen a arrebató las campanas en la fiesta de esta hora! ¡Que no haya un solo hombre del pueblo que no esté alegre!

El cura acentuó aún más la extrañeza de sus ojos, y llevando a ellos las manos llenas de temblor, me hizo oír por segunda vez el vocablo infamante:

—¡Monstruo!... ¡El demonio se ha apoderado de tu alma! ¡Vete!... ¡Monstruo!

Me desconcerté. ¡También el cura me llamaba monstruo!

El gesto torvo y el brazo extendido, señalando la puerta, me infundieron temor, — luego el cura... Las lágrimas pugnaban por saltar fuera... Pero ¡tuve vergüenza! Mi madre en el cielo se pondría triste... ¡Oh, no! No lloraría... ¡Qué me importaba de mí!... ¡El recuerdo de mi madre era excluyente!

Corrí por el camino... Canturiando y a bríncos, regresé a casa.

Mi padre se había impuesto de lo ocurrido con mi hermano; vióme llegar y ¡también él! — se indignó de mi ánimo festivo.

—¡Monstruo!... ¡Márchate y no vuelvas hasta después del sepelio!

¡Otra vez me desconcerté!... Eché a correr veloz para impedir el llanto. Caí fatigado sobre el césped que bordaba el camino y me dormí plácidamente...

Soñé ¿Con quién iba a soñar sino con ella? Mis oídos percibieron el sonido de las trompetas que anunciaban su ascensión al reino de Dios...

Cuando desperté, vi a lo lejos la caravana de hombres y mujeres que llevaban a pulso el féretro que guardaba los despojos mortales del alma inmortal de mi santa y buena madrecita.

Se hizo noche y volví a casa.

Han pasado algunos años.

En un sermón referente al cariño filial, el cura de mi pueblo, propaló la especie calumniosa de que yo era un monstruo; desde entonces los vecinos me desprecian. Y mi padre y mi hermano — hoy sacerdote — no me han perdonado todavía el delito de haber creído a pie juntillas, que Dios premia a los buenos de la tierra.

¡A mi madre, no la he llorado nunca, nunca! ¿Por qué he de llorarla si está en la gloria? Pero, en cambio, he llorado las lágrimas de mi padre y de mi hermano... ¡Lágrimas egoístas que habrán avergonzado a mi madre en los cielos!

LA CASA OLVIDADA

Por Fauto Burgos

A la vera del viejo carril, hállese la casa que fué de don Lucas, del finado don Lucas, el Bueno, el Bárbaro, el Loco, el Mujeriego. Una tarde de llovizna, adusta e invernal, lo encontraron a don Lucas sobre el lecho de palo santo, con la cabeza abierta y los ojos saltados.

Don Lucas quiso que su casa fuera la mejor entre las mejores de material, la reina de las casitas de tabla y de los ranchos de quincha. Y muchos artesanos llegaron. Y los ronceros buyes trabajaron largos días. Y brillaron las hachas filosas.

La casa resultó alhajada como pocas.

Cuando don Lucas iba a la Ciudad, vestía como un caballero; en el campo se paseaba de bombacha, bota y poncho de vicuña. A veces llegaba muy alegre en su coche de cuatro caballos, trayendo consigo una bolsa llena de cóndores de oro.

Y los peones lo adoraron. Y para él, hirvió la paila su mejor arrope, dió el arrayán sus más jugosos frutos, el tunal del cerco, las tunas sin espinas, el duraznal los más dulces abridores. El moro-moro en un tronco hueco, para don Lucas juntó la rubia miel; el alpamisque también le guardó en la tierra sus botijillas colmadas.

Don Lucas era feliz, rico y poderoso. Las mujeres de los peones lo llamaban el Bueno, el Manso. Los que lo habían visto desbravar potros, le decían el Bárbaro, el Loco.

Y las viejas rezaron por él.

La casa de don Lucas fué la casa de los pobres. Todos la querían, la buscaban, como a la casa donde vivía la Fortuna.

De mañana, doña Dolores se paseaba por el jardín engalanado de toda suerte de flores y cortaba diamelas, jazmines, claveles blancos y rosas encarnadas. Margarita y Raquel se asomaban a la reja; Juan chanceábase con los peones.

Y acaeció que doña Dolores fué sorprendida por la muerte, el día menos pensado. Margarita y Raquel estuvieron largos meses sin ver el color del cielo, sin cortar una flor, vestidas de negro, nublados los ojos, las mejillas pálidas.

Don Lucas medraba aún. Poseía centenares de yuntas de buyes, valiosas maderas en sus bosques y millares de surcos de arroz y caña dulce.

Y en su casa ya no se oyeron los acordes del piano.

Don Lucas viajó y viajó en busca de la felicidad perdida. Un día lo vieron llegar acompañado de una joven afrosa, de porte elegante, de ojos verdes y hermosos, de tez blanca, cabellos de oro y sonrisa encantadora.

Y Noemí se paseó por el jardín que fué de doña Dolores; y cortó diamelas, jazmines, claveles blancos y rosas encarnadas. Margarita y Raquel dieron en aborrecerla. Y punca la hablaron. Las mujeres de los peones la llamaban Virgencita Rubia. Y de noche don Lucas, el Manso, el Bueno, el Bárbaro, el Loco, la besaba en los ojos. Margarita

y Raquel odiábanla a muerte. Y para Noemí hirvió la paila su mejor arrope, dió el arrayán sus más jugosos frutos, el tunal del cerco las tunas sin espinas, el duraznero los más dulces priscos. Los peones la miraban asombrados, la querían, la respetaban; mas las viejas murmuraban que don Lucas vivía con la forastera, en pecado mortal... Y

sus hijos y el alcohol lo hizo presa.

Y las viejas ya no rezaron por él. Y no rezaron por ella. ¡Y la maldijeron!

Una tarde de llovizna, adusta e invernal, los peones lo encontraron a don Lucas en su lecho de palo santo, con la cabeza abierta y los ojos saltados...

EL TIEMPO Y LA VIDA

Preguntaban a un niño por qué el cardenal X era tan viejo. El niño respondió que habían gastado a Su Eminencia en fuerza de vestirlo y desnudarlo tantas veces...

En el afán nosotros de sustraernos al gasto de los hábitos exteriores, alejamos cuanto nos es posible nuestra alma de las cosas y no queremos tratos con el tiempo. Es curioso el fenómeno de que una persona esté viva a las dos y muerta a las dos y un segundo. ¿Qué puede importar ese segundo para cosa tan interesante como es la vida?

Es horrible considerar cómo la plenitud de una conciencia que ambiciona vencer los límites del mañana, queda vencida por el cambio de posición en la aguja de un reloj... Sin embargo, en esta lucha trágica a que asistimos, entre la vida, que pretende arrancar sus secretos al tiempo, y el tiempo, que cierra el paso a las ambiciones de la vida, confiamos en el triunfo de ésta. No de la vida incauta y sencilla que se abraza ingenuamente a los instantes que pasan y muere al cabo, a traición, en uno de ellos, sino de aquella otra profunda y lejana que se conserva a decorosa distancia del tiempo y repugna todo trato con él.

Muchas veces se me ha ocurrido preguntar si las gentes se morían en sí mismas o se morían solo en un instante; si las gentes no se hubieran muerto igual si no se codeasen, si no se tangenciasen con tal o cual minuto fatídico. Y me he respondido otras tantas que, en efecto, las gentes mueren en el tiempo, pues si hubieran de morir en sí mismas, no habrían de morir jamás. Esa muerte que anda por ahí, que paraliza el corazón y seca las entrañas, está destinada a las vidas vulgares.

Es triste que esas vidas no sean dueñas de sí mismas y dependan de los momentos que se suceden.

Nosotros, que aspiramos a un pasar digno y queremos sustraernos a esa miserable manera de existir, escapamos al dominio de las horas y vivimos lejos de los instantes que se suceden, sin acercarnos jamás a la cima del tiempo.

V. GARCIA MARTI

A la vera del viejo carril, hállese la casa que fué de don Lucas. La casa está en ruinas. La frontera tiene el color del acero. Alfombró el musgo las húmedas aceras y trepó por las paredes. Cedieron los tirantes de algarrobo; se carcomieron las puertas y se llenaron los techos de murciélagos. El jardín está cubierto de malezas. El huracán levantó los últimos galpones donde solían reunirse a merendar los peones. El hórreo está vacío.

Obscuro, húmedo, silencioso, ha quedado el dormitorio de doña Dolores, por donde se paseó antes de morir don Lucas, entenebrecido y taciturno.

En la quinta de naranjos medran las burlonas cotorras, las urpilas

tristes y los tristes machilos.

¡La casa olvidada!

¡La casa que nadie quiere ocupar!

¡La casa triste y vieja!

¡La casa maldita con la fachada gris, las puertas carcomidas, el jardín cubierto de malezas, los techos llenos de murciélagos!

¡La casa que fué de don Lucas, el Bueno, el Loco, el Mujeriego!

¡Y las viejas ya no rezan por él!

Y no rezan por la joven de tez blanca y ojos verdes y cabellos de oro, con quien don Lucas vivía en pecado mortal.

¡Y la maldicen!

Casa triste y olvidada. Diz que en el patio aparece de noche un perro negro, grande y que aúlla, aúlla; un perro horrible con la cola fosca, erizado el pelaje, los ojos fosforescentes...

Nuevos descubrimientos en las Pirámides

La expedición bostoniana de Haward viene haciendo últimamente notabilísimos descubrimientos cerca de las pirámides de Giza, obteniendo una inesperada recompensa a los trabajos que realiza desde hace varios años en aquellos lugares. Entre los descubrimientos figura un cementerio de los reyes de la cuarta dinastía, con fosas en forma de botes, para colocar en ellas las embarcaciones que han de llevar al más allá a los reyes difuntos, y dos pequeñas tumbas, preciosamente decoradas, perteneciente a la sexta dinastía. La mayor de las tumbas es la de Ga'ar de un tipo desconocido para los arqueólogos. Es necesario bajar unas ramas y frente a la entrada, en un nicho, alto y estrecho, aparece sentada la estatua del rey.

La expedición concentró sus trabajos en la meseta de piedra caliza que se alza al este de la pirámide de Cheops, en donde ha aparecido el cementerio de los reyes de la cuarta dinastía, 2.900 años antes de Jesucristo. Las bases de las pirámides de Cheops, de las reinas y las Mastabas de los príncipes han sido cuidadosamente exploradas, y los cimientos de varias construcciones han aparecido a la vista.

Durante las excavaciones allí llevadas a cabo, se notaron ciertos cortes en las rocas, que llamaron la atención de los arqueólogos.

Los trabajos se dirigieron en aquel sentido, y al excavar y descombrar encontraron una construcción, una gran fosa en forma de bote, fosas que se ha sabido se abrían para encerrar las barcas funerarias de madera de los reyes y reinas, y que se enterraban con sus cadáveres en las tumbas.



El arte español en la Argentina

Por Oscar R. Beltrán

Desde hace unos años, y con una constancia digna de encomio, que ha tenido la virtud de ir interesando gradualmente a nuestro público hasta convertirlo en su adicto incondicional, el pintor D. Alejandro Pardiñas viene realizando en Buenos Aires interesantísimas exposiciones de pintura y escultura españolas. La forma inteligente en que se preparan estas exposiciones — verdaderas embajadas artísticas de la Madre Patria — y



Ramón Pulido.

la severa selección de firmas que hace su gran animador, han asegurado ya en la Argentina, una plaza importante y estable para la colocación de las obras pictóricas

y escultóricas de los grandes artistas de la Península.

Ya hice en su oportunidad y desde estas mismas páginas de "Fray Mocho" un balance general de la última exposición realizada a mediados del año anterior. Pero en esa rápida ojeada de conjunto, no pude ocuparme con el deseado detenimiento de la personalidad de algunos artistas cuyas firmas, con ser de prestigio mundial, no han alcanzado aún entre nosotros gran divulgación.

Así, por ejemplo, en la última exposición, donde abundaban piezas de nuestras firmas favoritas como Moreno Carbonero, Sorolla, Zargoza, Romero de Torres, Anglada, Pinazzo Sotomayor, Alcalá Galiano, Zuloaga, Zubiaurre (Valentín)... etc, figuraban algunas debidas al pincel de don Ramón Pulido, que por su belleza, cautivaron de inmediato la atención del público.

Es don Ramón Pulido una de las firmas más prestigiosas de la pintura española contemporánea. Durante los primeros años del siglo actual, las telas de Pulido figuraron brillantemente en las grandes exposiciones madrileñas, obteniendo premios que mucho debieron estimular a su autor. Eran, en casi su totalidad, obras de motivos religiosos. Estúvose luego largo tiempo sin dar al público sus producciones pero dando al arte patrio los frutos de su vastísima cultura y de su gran alma de artista, desde el sitio de crítico que ocupó

con dignidad, con afable mesura, con clara visión orientadora..., sin ese agresivo encono que caracteriza a los que se hicieron críticos porque les faltó talento para ser autores. Publicó también un enjundioso libro en el que trata de la pintura religiosa.

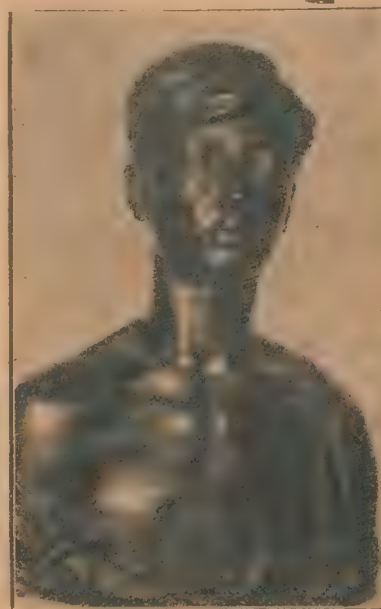
Durante este lapso en que estubo ejerciendo la crítica — desde 1912 a 1925 — se tuvo la impresión de que Pulido había olvidado su paleta. Pero no era así. "Su quietismo artístico era aparente — dice el crítico de "El Liberal", comentando una hermosa exposición del artista madrileño. — Ahora nos sorprende haciendo una salida por los campos del arte, pletórico de cordura y de saber técnico. En esta exposición nos demuestra que desde 1912 hasta el presente, su modo de expresión artística ha ido evolucionando, si no en espíritu, en la técnica por lo menos".

Y es así como vemos hoy brillar en plena madurez el arte sin claudicaciones de Ramón Pulido. En la última exposición destacáronse vigorosamente sus bellísimos paisajes toledanos. "Una calle del barrio judío" es sin duda un magnífico acierto de realización: los contrastes de luz y sombra están dados de mano maestra; el colorido es rotundo; el motivo certeramente escogido y en todo momento la visión penetrante y el seguro pincel del artista, descubren al ojo profano las bellezas del modelo. Y descubrir la belleza allí donde los filisteos no alcanzan a verla es la misión más sagrada del

artista ¡Eso lo acerca a Dios!...

Otros cuadros importantes, pese a sus pequeñas dimensiones, son: "Interior del templo", que ha quedado en Buenos Aires, formando parte de la galería del Dr. Juan Bacigalupo, "La catedral de Toledo" y "Calleja Toledana".

Se ha dicho con verdad que Pulido emplea pocos colores, los que prepara por sí mismo, a usanza de los antiguos maestros. "El sabe que



Busto en bronce de Julio Antonio.

la virtud del buen colorista está más que en el número de los colores, en la agudeza de la retina educada para percibir y graduar". Y es verdad.



"La santera", de Ortiz Echagüe, tela adquirida por el Museo de Luxemburgo



"La Virgen y el Niño", hermoso cuadro de Pedro Antonio.

Víctor Hugo

Por Andrés Birabeau

No es la gula ciertamente, lo que atrae a los invitados a las veladas de la señora Buy. Se bebe un té pésimo y se mascullan pasteles peores aún. Pero los invitados no necesitan nada: se nutren de poesía. Las recepciones de la señora Buy son literarias.

En un grupo de pobres gentes, ridículas, pero conmovedoras, a las que enloquece el ruido de las rimas, la señora Buy es la más exaltada. Es una pobre mujer: ha leído demasiado. La señora Buy, que tiene un corazón de oro, estaba destinada a hacer la felicidad de un buen hombre, y bien sabe Dios lo buen hombre que es el señor Buy. Pero ha leído demasiado, y el Sr. Buy no es dichoso.

Cuando se casó con ella, las lecturas de su novia, valieron al señor Buy una luna de miel de una exaltación imprevista. Pero la señora Buy siguió leyendo, lecturas ya más peligrosas, y el señor Buy tuvo que conducirse a diario como un héroe de novela pasional. Era demasiado pedir; tanto más que el señor Buy ejerce la profesión nada poética de boticario.

Había soñado con una mujer que hubiera disfrutado pesando en su farmacia 50 centigramos de antipirina. Pero el señor Buy, que adora a su mujer, ha cedido a sus gustos. ¿Qué no será capaz de hacer un hombre que ama? Y el señor Buy, farmacéutico, ha llegado hasta hacer versos. Se ha nutrido de lecturas clásicas y románticas, sobre todo obras de Víctor Hugo. Da pena verle por las noches sudando en busca de una consonante. Algunas veces trata de abandonar la ingrata tarea, pero... mira a su mujer y prosigue.

No sabe el pobre que sus esfuerzos son inútiles. La señora de Buy ya no le ama. No ve en su marido sino al boticario, y todo lo más que hace es sonreírle con bondad a causa de sus esfuerzos.

Y en una de esas sonrisas, durante una de las veladas literarias de su mujer, el señor Buy interrumpe bruscamente el soneto que recita una señora, ya madura y grita:

—¡Todos esos poetastros no sirven ni para descalzarme! ¡Musset es un arribista, y Racine un plagio! Voy a recitaros ahora un poema mío. Desde *Hernani* no se ha hecho nada mejor. Treinta granos he puesto; ni uno más. Es un poema épico. ¡Yo soy Víctor Hugo, señores! La culpa es del médico, porque nunca puedo descalzar sus recetas.

Y echa a correr por las habitaciones, gritando que le han metido un casco en la cabeza. Los invitados lo miran con espanto, y la señora de Buy sonríe. ¡Dios mío, su marido se ha vuelto loco! Y ella es la responsable de su ridícula exaltación. ¡Cómo va a cuidarlo ahora! Ella se encargará de curarle. No quiere que lo encierren en un manicomio. Todos los invitados le prometen guardar el secreto. Se trata de una exaltación febril que no tardará en ser dominada.

Pero el señor Buy no parece querer curarse. Durante días y días no cesa de gritar que es Víctor Hugo. Se pasa las horas declamando. De sus labios sale, en lastimosa confusión, todo lo que ha aprendido de historia literaria.

Tutea a Lamartine, da consejos a Napoleón, corrige a Carnelle. La señora de Buy le escucha con miedo y algo de admiración. No quiere separarse de su lado. Una extraña curiosidad la retiene junto a su marido. Aquel hombre perturbado, sus frases sonoras, sus lirismos y exaltaciones la conmueven y la embriagan. Sin dejar de pensar en que está loco, sueña lo hermoso que sería si todo aquello fuera verdad. ¡Está tan cambiado! Ya no es el farmacéutico de pensamientos vulgares, algo encorvado; es un ser impetuoso, magnífico; un gigante que sólo habla de estrellas y naufragios. Un día que la estrecha entre sus brazos, se encuentra poseída de una extraña felicidad...

Ya no sale del cuarto de su marido. Es un

loco, lo sabe. ¿Pero no hay en aquel demente un poco del alma de Víctor Hugo?

Y dice a la criada:

—No haga usted ruido, que está trabajando.

Porque sigue escribiendo. He empezado un gran poema. Y como aun queda algo del farmacéutico en su mente extraviada, el poema comienza así:

¡C6 H12 O6! ¡Oh dicha sin par!

Y cuando escribe, ella lo contempla admirada. ¡Nunca ha estado tan cerca de lo que su alma romántica anhelaba!

Un día, de repente, deja de escribir, mira las cuartillas que acaba de llenar, y dulcemente, con su voz de otros tiempos, dice:

—¿Pero qué estoy haciendo? ¡Y el jarabe de la panadería sin terminar!

Está curado. Ya no es sino el modesto farmacéutico que recuerda su deber. Se levanta y se

dirige a la puerta. Va encorvado, con una sonrisa humilde... La señora de Buy piensa en los días de exaltación que acaba de vivir. Durante unas semanas ha sido la compañera de un gran poeta. ¡Qué hermoso! ¡Cómo ha querido, al fin, aquel hombre!

Ahora no tiene valor para verle de nuevo. Hace su maleta y pretextando el mal estado de su salud va a pedir asilo por una temporada a una parienta que vive en el campo.

—¡Hombre! —dice al llegar al pueblo. — Han construido un edificio nuevo.

—Sí; es un manicomio. Hay encerrados un par de docenas de locos. Pero no son malos; todos son pacíficos.

¡Ah! El corazón de la señora de Buy late aceleradamente. En su mirada brilla una secreta esperanza.

...—Y — dice con voz temblorosa — ¿no hay entre ellos alguno que... se crea Víctor Hugo?

DESALOJO

Y

LIMPIEZA



son dos palabras que resumen todo lo que debe hacerse para combatir el Estreñimiento.

La Constipación, que proviene de la no evacuación de las materias fecales, favorece la multiplicación de las bacterias que pululan en el intestino, las que secretan toxinas y venenos que son absorbidos por la mucosa intestinal, con el peligro consiguiente para la buena salud del estreñido.

Es indispensable desembarazar el intestino y al mismo tiempo limpiarlo y desinfectarlo, cosa que se consigue utilizando un laxante agradable, seguro y suave tal como la

SANTEINA

(DIOXYDRIFTALOFENONA)

que tomada metódicamente reeduca el intestino. Presentada bajo forma de ricas pastillas de chocolate a dosis de una es laxante, tomando dos es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno. Es un poderoso desinfectante merced a la Dioxidrítalofenona que contiene.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

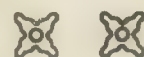
SARMIENTO y FLORIDA

BUENOS AIRES

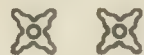
Entrega de diplomas a los nuevos guardiamarinas



Con asistencia del presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear y de los ministros de Marina y Guerra, almirante Domecq García, y general Agustín P. Justo, respectivamente, llevóse a cabo, a bordo de la fragata "Sarmiento", la entrega de sus diplomas a los nuevos guardiamarinas de la armada. — El Presidente, doctor Alvear, durante la entrega de los despachos.



El primer magistrado, seguido del comandante del buque escuela, pasando revista a los guardiamarinas de la "Sarmiento", después de distribuidos los respectivos diplomas.



PASAJEROS DISTINGUIDOS LLEGADOS EN EL "CAP ARCONA"



El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Angel Gallardo, su esposa e hija, en el momento de desembarcar, acompañados por el jefe de policía, señor Wrihgt, que fué a recibirle a bordo.



El ex embajador de la República Argentina en España, doctor Carlos de Estrada y su señora, instantes después de su llegada a Buenos Aires.

Incorporación a la armada nacional de los nuevos destructores



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, seguido de los ministros de Marina, Guerra y Hacienda, saliendo de inspeccionar los nuevos destructores "Cervantes" y "Garay", modernísimos buques de guerra recientemente adquiridos en España, en cuyos astilleros fueron construidos



El "Garay" y el "Cervantes", en el momento de atracar a la dársena norte, donde han sido visitados por gran cantidad de público, interesado por conocer los detalles de las flamantes unidades de combate incorporadas a la escuadra nacional.

TRAGICO ACCIDENTE AUTOMOVILISTICO EN RAMOS MEJIA



En la calle Rivadavia, a corta distancia de la estación Ramos Mejía, se produjo una violenta colisión entre dos automóviles, de la cual resultaron muertos Félix Oñate, Antidio Meix y Carmen Sabaté de Sarmiento, y heridos Francisco Di Pietri, Roberto Carano, Carmen Sarmiento, Pascual Contreras y Luisa Esther Meix. — A la izquierda: estado en que quedó el coche dirigido por el señor Oñate. — A la derecha: automóvil guiado por la señorita Angela Rosa Simonelli, quien al verse envuelta en la terrible colisión, maniobró con toda habilidad, precipitando el coche en una zanja del camino, gracias a lo cual se salvó ella y las personas que viajaban en el vehículo.



De Montevideo



La distinguida poetisa uruguaya y colaboradora de FRAY MOCHO, señora Alicia Porro Freire, fué objeto de un homenaje, que le fué tributado por un núcleo de intelectuales, con motivo de la aparición de su libro de poesías titulado "Polen", obra que ha merecido los elogios de la crítica literaria. — Los concurrentes al lunch servido en el Hotel del Prado, en honor de nuestra colaboradora.

BANQUETES

♦♦♦
Con motivo del estreno de sus recientes obras "El burlador de Sevilla" y "El juramento de Bolívar", un grupo de escritores y periodistas tributó una afectuosa demostración al poeta español don Francisco Villaespesa, ofreciendo en su honor una comida que fué servida en el restaurant Royer Keller. — Vista de la cabecera de la mesa durante el acto.



El sitio de honor en el banquete que le fué ofrecido al inspector general de la policía de la capital, don Vicente Gallone, con motivo de haberse acogido a los beneficios de la jubilación.



Vista parcial de la mesa, durante el banquete con que fué obsequiado el ex-presidente de la Asociación de Fomento de Villa Talar, comisario don Julián Bourdeu, por los amigos de aquella institución.

Bendición del nuevo templo de la Virgen del Valle



El arzobispo de Buenos Aires, monseñor José María Bottaro, durante el acto de la bendición del nuevo templo de la Virgen del Valle, situado en la calle Córdoba 3329.



La procesión que condujo la imagen de la Virgen del Valle, desde la capilla de la calle Gallo 1080, donde se hallaba, hasta su nuevo templo acabado de inaugurar.

Excursión cultural



La destacada escritora boliviana señorita Ana Rosa Tornero, actualmente entre nosotros, que dará una serie de conferencias, en el interior de la República Argentina, sobre la poesía sudamericana.



Señora Ana P. de Cáceres, notable declamadora argentina, que acompañará a la señorita Tornero en su excursión e ilustrará sus disertaciones, recitando diversas poesías de los autores comentados.

NECROLOGIA



Señor Clemente Carrazzoni, recientemente fallecido en la capital federal.





Una "golondrina" de Bécquer

Por Arturo Alezzandrini

PABLO Iriarte, mi buen amigo Pablo, es un muchacho a quien estimo verdaderamente. Su vida pasada, un poco paria, le hizo pasear su simpática anatomía por algunos países de Europa, sin más capital que una vieja caja de caoba, manchada, unos pinceles, algunos pomos de óleo — sucios y rebeldes, a la sangría — y un gran temperamento optimista de bohemio incurable. Mi amigo Pablo es de aquellos que piensan, en un momento de apremio financiero, que alguien está por perder unos pesos por ahí y que él los va a encontrar en cualquier acera; además es de la modalidad de los que compran un despertador para molestar a los vecinos y que cuando, por casualidad, el inofensivo aparato les interrumpe una vez el sueño, lo detienen con un botinazo. Esto en su vida rutinaria. En cuanto a su vida sentimental, ya es otra cosa.

A Iriarte, como ocurría, no ha mucho, en Alemania, con los militares, hay que darle el lado de la pared, respetuosamente, en cuanto a aventuras galantes se refiere. Ha conocido el embrujo de las andaluzas, ha saboreado, en París, las exquisitices de las "midinettes" y de las modelos de Montparnasse... y hasta de Stribul trajo en un lienzo dos ojos negros que parecen dos abismos y en cuyo misterio se presente una infinita voluptuosidad. Me contó un día que aquella mujer del Asia Menor era el mejor recuerdo que traía de allende el Atlántico.

—¿Ninguna otra te ha impresionado como la morena de Stribul? le pregunté.

Una... una, sí... una mujercita que conocí aquí, en Palermo.

No creo. Las de aquí, las de "casa", no pueden ser nunca como aquellas, como las desconocidas del París inquieto, de la Andalucía instintiva, del Egipto perfumado... ¿entiendes el sentido?

Folletines, fantasías, en todos lados el "sentido" del amor reside en la belleza, en parte, en el talento y la dulzura por total. Yo he conocido algunas mujeres. La pintura siempre ha gustado a la familia femenina... y cuántas veces he cobrado un cuadro de mil francos con un sorbo de amor y cuántas veces he liquidado un apunte de diez céntimos por otro sorbo de amor. Esto te demostrará que he gustado de las grandes financieristas y de las mercachifles. Sin embargo, de todas ellas apenas queda el recuerdo... y eso gracias a que tengo una memoria bastante aceptable. La única que me impresionó fué Amanda, la mujercita de Palermo.

—Cuenta...

Es un poco tarde...

—Luego cenaremos juntos.

Estábamos en la Confeitería Real y ordené al mozo:

—Dos "Princesa Teresa" (cocktail de champaña, cognac y curacao, muy apetitoso).

—Te contaré. La señora X me había encargado un paisaje barato. Decidí entonces simplificar ambiente y en lugar de tomar el tren para Mendoza, Tucumán, etc., concurría cotidianamente a Palermo, frente a los Rosadales. Allí, con la ayuda del viejo cochero, procedíamos a descargar los útiles de trabajo. Empecé mi obra un día de esos en que la mañana nos bendice con un color turquesa que nos habla de celestialidad.

Una hora después, unos pasos leves, que se detuvieron detrás mío, me dieron la impresión de una dama curiosa. No obstante, continué la tarea imperturbablemente. Algunos instantes después, al tomar distancia para observar un efecto, pasé junto a ella. Era bellísima. Sentada en un banco, muy próximo, tenía la mirada puesta en mi obra. Su belleza me sugestionó.

—Tu oficio reclama mucha sensibilidad por la belleza.

Sí, por la belleza artística... pero es que a mí me sugestionan también la belleza plástica...

...Y la viva...

Eso es... Bien. Luego de mirarla de soslayo continué... Un rato después debí suspender. El regreso del viejo cochero de plaza me anunciaba que mi tarea cotidiana terminaba. Hasta entonces, la dama y yo no habíamos cambiado ni una sola palabra. Al día siguiente volví al lugar. A poco, nuevamente, aquella mujer muda, contemplativa, y estatuaría, tornaba a sentarse detrás mío. ¿Qué la traía? ¿Mi bosquejo aun informe? Sí, no podía ser otra cosa.

Si he de hablarte francamente, es necesario que te declare la tranquilidad que empezó a corroerme ante la inoportuna admiradora. Este estado de ánimo se fué agravando por las visitas ininterrumpidas de la mujer aquella. Al cabo de una semana de escenas mudas, mi azoramiento, mi atolondramiento, llegaba al colmo, y entre pedirle que no me importunara con su silenciosa expectación o preguntarle si era tanta su vocación por mi oficio, opté por esto último:

—¿Le agrada a usted la pintura? —interrogué, por fin, a la bella mujer, después de una especie de batalla campal íntima, entre sí debía o no mantener mi mutismo martirizante.

—Es mi debilidad, señor, — me contestó terminantemente.

—En efecto. Lo deduzco de su asiduidad a este lugar.

—La verdad es que vengo a Palermo, todas las mañanas, por prescripción médica y concurreo a este paraje porque, aparte de ser mi costumbre, desde hace un mes, ha venido usted a entretenerme con sus pinceles. Por lo demás he querido suponer que no le perjudicaría mi presencia.

Entonces mentí vivamente:

—En absoluto, no me perjudica; por el contrario, me estimula. He pensado a cada instante que detrás mío había un espíritu, posiblemente crítico, y esta suposición ha mantenido, por ahora, una especie de doble interés por mi cuadro.

—¿De doble interés?

Sí, he tratado de observar, de cuidar el dibujo y el colorido para que a usted le agradara y para satisfacer, al propio tiempo, mis exigencias personales.

Por mi parte me parece un notable trabajo.

Gracias...

—¿Es usted paisajista exclusivamente?

No. Como pintor modestísimo, estoy más o menos familiarizado con la generalidad.

—¿Ha expuesto ya?

Sí, expuse en Buenos Aires, una colección de tipos y paisajes de Navarra. En Sevilla algunos patios andaluces, y en Viena seis motivos turcos, con regular éxito.

Nuestras charlas diarias se referían al arte casi por entero. Amanda el primer día nos habíamos conocido, también de nombre — se iba incrustando, cada vez más, en mi personalidad sentimental. Tuve que moderar mi actividad (actividad convulsionada, desnaturalizada en su eficacia por la sugestión de aquellos ojos de color llama de "rhum" y aquel pecho albo y perfecto, descubierto por el escote verde nilo de su vestidito elegante y sutil) para no terminar tan pronto el lienzo.

Un lunes, nostálgico como todos los lunes, decidí hablarle de amor; ya no podía soportar los campanazos que me daba el corazón; ya no podía soportar la visión de los ojos de color llama de "rhum", sin tener la certidumbre que podría depositar, quizá, en sus párpados sombreados, la tibia caricia de mis labios.

Amanda — le insinué después de unos instantes de llegada, mientras me obsequiaba con una tercera sonrisa y un segundo marrón glaucé. — Amanda, siento la necesidad imperiosa de declararle que la amo. La torturación ha llegado a culminar en mi espíritu y hasta en mi fisiología. No puedo más. He demorado exprofeso la terminación de esta tela. Hace ya una serie de días que no me trae aquí la obligación profesional, lejos de ello, muy lejos, me trae usted, sus ojos, sus sonrisas. Usted toda, que me tortura cuando no la tengo a mi lado.

Pablo, Pablo, me asombra usted — dijo entre sonriente y perpleja, pero insinuante siempre.

—No se extrañe, la amo y la amaré. Y esto que está definido por mi parte quiero definirlo por la suya. O me ama o se aleja de mí. Yo no quiero, no puedo soportar por más tiempo la tortura de la incertidumbre...

—Tenga en cuenta, Pablo, que soy una mujer casada...

—¿Casada? Y bien, no me importa. ¿Qué puede significarnos su situación civil?

...Y la tomé de ambas manos...

—¿Qué me puede significar su esposo? Su esposo es uno que ha llegado primero. Esto es un accidente. Yo opongo a la ley civil que la maniató, el derecho de la ley natural que hierve en mis venas...

...Y la aproximé a mí...

Nunca como ahora siento un ansia infinita de amar. Nunca latieron mis arterias como en este instante.

...Y la miré en los ojos, en aquellos sus ojos color llama de "rhum" y en ellos leí el síntoma de su sed espiritual, trasuntado en la humedad de sus pupilas vagas; y miré su boca de labios rosa tenue, entreabiertos por el rictus que imprime el amor... y reposé en ellos mis labios ásperos de sediento, mi boca ardiente de enamorado. Los árboles testigos se estremecieron a nuestro alrededor, no sabría decir si por alguna orisa o por el júbilo de la Santa Madre Naturaleza. Fué un beso solemne, letárgico, supremo. Un sólo beso, no más. Un beso de dioses, en el cual los sentidos se clausuran.

Al cabo, Amanda me rechazó suavemente. El llanto bañaba ya los medios arcos de sus pestañas, a la manera de esas lágrimas que nos han hecho ver los pintores de todos los tiempos en María, de hinojos en el Monte Calvario.

Con voz temblona, protestó al cabo, consternadamente:

—No Pablo... es imposible... no puede ser...

—¿No me amas, acaso?

No sé, no sé. Sólo sé que debo irme... para no volver más.

—Destrozarías así una vida joven y una ilusión naciente?

—Destrozaré dos vidas, quizá... Adiós, Pablo. Conservemos este dulce recuerdo que nos aleja.

—Amanda, eres injusta, a pesar de tí misma.

—No me reproches. Hay cosas más fuertes que una pasión sentimental.

—No hay nada más fuerte que el amor...

—Sí, la resignación...

Posó cariñosamente una mano en uno de mis hombros y con la otra tomó una mía, oprimiéndola a modo de despedida; así, mudo, absorto, la vi alejarse cabizbaja y llorosa... Se perdió a la vuelta del lago como una sombra, como una paloma entre las amplias mangas de un ilusionista.

(Continúa en la página 35).

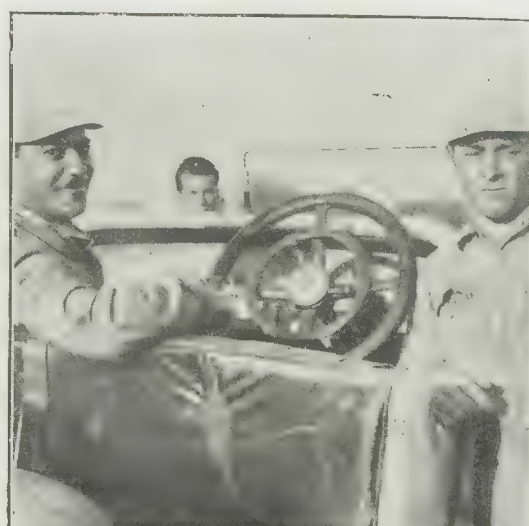
EL GRAN PREMIO NACIONAL DE AUTOMOVILISMO



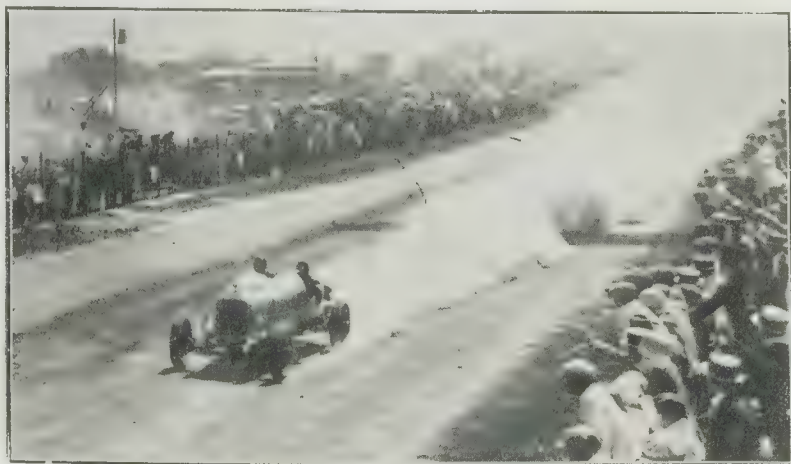
Ireneo Meyer, Correa da Silva y su acompañante, A. Mariano que obtuvo el segundo puesto con coche Studebaker.



Domingo Bucci y su acompañante Damián Astraldi, vencedor en la gran carrera con máquina Hudson



Carlos Satuszek y su compañero Herberto Aulín, que ocuparon el tercer puesto con coche Mercedes.



El triunfador de la prueba, Domingo Bucci, al llegar a la meta después de cumplir el recorrido de la carrera Morón - Rosario - Córdoba - Buenos Aires

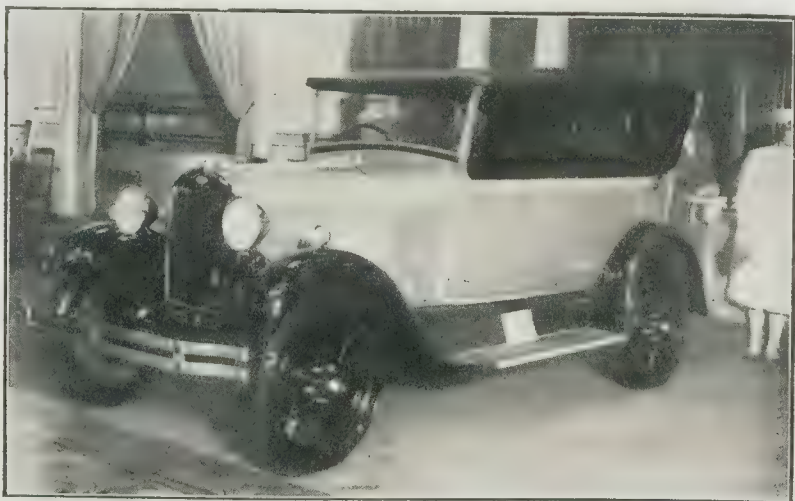


El coche pilotado por Ireneo Meyer Correa da Silva, que conquistó el segundo lugar en el orden de llegada al cruzar la raya final.

NUEVOS MODELOS DE LA FORD MOTOR COMPANY



Grupo de periodistas invitados que concurrieron a la presentación de los nuevos modelos de coches, realizada por la Ford Motor Company en el Palais de Glace.



Uno de los nuevos modelos de automóviles presentados por la Ford Motor Company en el local del Palais de Glace.

BIBLIOGRAFIA

De izquierda a derecha: el prestigioso escritor y poeta, señor Ricardo H. Aramburu, autor del libro "Londres en la bruma", que acaba de aparecer. Señorita Nydia Lamarque, a cuya pluma se debe el volumen de versos "Elegía del gran amor", recientemente editado. Señor Raúl Rubianes, autor del libro de poemas "La curva del Tiempo", últimamente publicado.



Actualidades cinematográficas



Molly O' Day y Otis Harlan en "El pastor de las colinas", uno de los más interesantes estrenos de First National, que dará este año Glücksmann.



Charlie Chaplin en su última gran creación "El circo", estrenada hace unos días con enorme éxito en Nueva York y que nos dará a conocer este año Artistas Unidos.



Edmund Lowe en una escena de "Fiebre de publicidad", que pasado mañana estrenará la Fox Film.



Hugh Trevor y Lina Basquette, protagonistas con el perro Ranger, de "El peligro del norte", que la General exhibe desde el viernes último.



Anna Q Nilsson, que con Luise Fazenda y el famoso jugador Babe Ruth interpretan "Babe Ruth y la manzana", que desde anteayer exhibe la Metro-Goldwyn-Mayer.



Marion Nixon y Edmund Burns en "El loro chino", Jewel 1a. extra, que la Universal estrenará en el mes próximo.



Lillian Nall Davis en "Rosas de sangre", superproducción Picadilly Pictures, que la Corporación exhibe desde el sábado último.

DE CACHEUTA



Niño del doctor Giaccio



El doctor Salaber entre gente menuda



Julito Iribarne



Familias conocidas



Señorita María Teresa Balbi



Veraneantes contemplando las evoluciones de un cóndor



Cachito Katzenstein con su mamá



Señores Escasany y O'Farrell



El doctor Ruiz y el señor Castro y su esposa



El joven Aguilar, hijo del ministro de Industrias de Mendoza



Esperando la llegada del tren



Señores Jorge y José Aguilar
Fots. BEJARANO.

Salí de París con dirección a Biarritz, y desde el primer momento llamó mi atención una familia que viajaba en el mismo tren.

Se componía ésta, de una señora de aspecto dignísimo y de dos jovencitas encantadoras, vestidas con un lujo irreprochable, pero que hacían ostentación de él con un desenfado inverosímil.

Una vez que dejé mi departamento para trasladarme al coche-restaurant, encontré interrumpida la circulación en el pasillo por algunos viajeros apiñados, que miraban con curiosidad por la puerta entreabierta de un reservado de señoras: me alcé sobre los hombros de los demás, y vi a la señora y a las dos jóvenes, dormidas o afectando dormir, en posturas nada académicas, enseñando con gran lujo de detalles toda su ropa interior, de una finura vaporosa, que admiraban mis compañeros de espionaje.

Se incorporó un poco la señora mayor, tosiendo antes, como para advertirnos, y nosotros salimos escapados, haciendo sabrosos comentarios del descuido de aquella singular familia.

Dos veces más las ví en el transcurso del viaje y observé el hecho extraño de que las dos veces lucían trajes diferentes; parecía que estas señoras aprovechaban todas las ocasiones, aun aquellas en que no estaban dormidas para enseñarnos toda su ropa interior.

Llegados a Biarritz, divisé una vez más en la estación a aquellas señoras, llamando la atención de todo el mundo, y me fui a un hotel donde había pedido habitación de antemano. Me acosté cansado, dormí profundamente y al día siguiente cuando me desperté y salí de mi cuarto... ¡qué sorpresa la mía!

En el corredor, junto a una puerta entreabierta, vi un corrillo semejante al que ya me había detenido en los pasillos del tren. En efecto, ocho o diez personas, entre ellas algunas señoras, observaban a la extraña familia, que exhibía sus interioridades en medio de un sueño paradisiaco. Las señoras se lanzaban miradas de admiración, comentando entre sí la riqueza sorprendente, el gusto y la belleza de aquellas prendas tan bien lucidas; y los hombres ahondaban en el tema.

Volvió a toser la señora mayor y volvimos a desbandarnos; pero a mí me pareció ya mucho descuido y referí a todos el lance del sud-exprés.

Cuando la señora y las dos jóvenes bajaron al comedor, con nuevos trajes, bien sueltos y arremangados, ya eran famosas en el hotel; pero la riqueza exquisita con que se vestían, el porte dignísimo de la señora y la altivez desdenosa de las jóvenes, se impusieron a todos y fueron acogidas con respeto.

Esto no obstante, o quizá por esto mismo, la fama de la excéntrica familia cundió rápidamente por todas partes, entre aquella colonia cosmopolita, compuesta de americanos ingleses, rusos, españoles y belgas, que son los huéspedes más asiduos a Biarritz y de su ruleta.

Verdad es que las admiradas señoras hacían por su parte todo lo posible por merecer su fama. En la calle detenían a los transeúntes o se los llevaban tras de ellas; y en sus viajes a la playa, aquello llegó a ser un verdadero jubileo de gentes de todas clases que acudían a ver sus trajes famosos y el modo celebrísimo que tenían de lucirlos.

Las tres princesas

Por Hamlet Gómez

Sobre todo las señoras estaban verdaderamente sorprendidas e intrigadas con la elegancia depurada de

lonia veraniega de Biarritz estaba casi toda compuesta de millonarios, cuyas fortunas sumadas hubieran

Pidan

“Quilmes Cristal”

La mejor cerveza

las toilettes de aquellas singulares damas.

Y parece increíble; porque la co-

erizado el cabello al matemático más sereno; y claro está, que todas las señoras conocían al dedillo a los

VIDA DE CIUDAD

En las grandes ciudades las necesidades sentidas son mucho mayores que las necesidades reales. Pasead por las calles más populosas y más alegres de una gran ciudad; veréis cuántas existencias perdidas, cuántos corazones desengañados y despedazados, cuántos cuerpos gastados, cuántas almas extraviadas, cuántas miserias encubiertas con la máscara de la alegría, cuántas alegrías que se sienten profundamente miserables, cuántos trabajos, cuántas aflicciones, cuántas imaginaciones que han tornado impotentes a causa de una ansiedad incesante, cuántos talentos fecundos encadenados y esterilizados por preocupaciones vulgares, cuántas enfermedades devoradoras transmitidas hereditariamente de padres a hijos!

En cambio de todos estos males, cuánta inmensa paz hay en los campos!

Walter BAGEHOT.

modistos más famosos y las casas más acreditadas en la confección de ropa blanca.

Muchas de ellas trataron de explorar a la que parecía la mamá en la familia y muchos hombres intentaron hacer lo propio con las dos jóvenes, aunque con distintas intenciones; mas ni aquella ni estas se dieron a partido, manteniéndose cortésmente, pero con tenacidad inabordable, a distancia de todo el mundo.

Esta nueva originalidad colmó su fama, rodeándolas del prestigio del misterio. Se hicieron mil comentarios, se aventuraron mil suposiciones acerca de quiénes eran y de dónde venían, hasta que alguien tuvo la ocurrencia de decir que eran unas princesas rusas, alejadas de su patria por no sé qué complot político, y en seguida cayeron casi todos en que, en efecto, esta era la verdad; muchos aseguraban haberlas visto en Monte Carlo aquel invierno y en París aquella primavera, y estaban por lo tanto perfectamente enterados: “Las tres princesas” fueron llamadas, pues, por todo el mundo desde aquel día.

¡Hasta que una noche!... Merece relatarse el hecho; verán ustedes:

El Casino de Biarritz rebosaba de gente aquella noche y allí se encontraban “Las tres princesas”, como nunca elegante y fastuosamente prendidas, atrayendo todas las miradas. Se celebraba un concierto en que el Malats nos deleitaba con su arte. Ya había interpretado una polonesa de Chopin y una rapsodia de Liszt, cuando a una de las princesitas, a la más joven, la acometió un terrible ataque de nervios y cayó al suelo, presa de convulsiones.

Se formó el consiguiente rebullicio y muchas señoras y caballeros, médicos algunos, acudieron presurosos a auxiliarla; pero la princesa madre los detuvo a todos con un resuelto ademán.

—¡Nadie toque a mi hija! — gritó.

Mientras tanto, la otra de las jóvenes princesitas se había arrojado también al suelo valerosamente para sujetar a su hermana, revolcándose enérgicamente las dos.

Aquello se prolongaba demasidado. La princesa madre se mantenía en su resuelta y extrañísima actitud. ¡Las dos jóvenes princesas tenían las faldas en la cabeza y agitaban las piernas en el aire, como aspas de molino!... Ya iba pareciéndonos a todos muy sospechosa aquella lucha pintoresca y emocionante de las dos hermanas, cuando ambas se pusieron de pie, en medio del asombro de todos, rojas, jadeantes, pero absolutamente tranquilas; y la madre, colmando el asombro, se colocó repentinamente de pie sobre una silla.

—¡Señores! — gritó campanudamente.

Excuso decir que se hizo un profundo silencio en el salón.

—¡Señoras y señores! — volvió a gritar dirigiendo su rostro noble y severo hacia todos los lados del salón. — La ropa que han tenido ustedes la fortuna de ver y mis hijas el honor de exhibir, está confeccionada en los talleres de la nueva casa X, avenida H, de París, que como habrán tenido ustedes ocasión de apreciar, no tiene igual en el mundo conocido... Pero debo hacer constar — añadió con nobleza y dignidad enteramente principescas — que mis honradísimas hijas sólo anuncian la ropa que exhiben; eso... y nada más.

Un fracaso inédito. — La teoría de la relatividad. — El lema de dos filos.

¡Qué delicia! ¡Hablar de Muñoz Seca y poder divulgar la suerte adversa de un fruto de su ingenio!... Es gratis el trance. No habrá oportunidad más seductora. Sin embargo, lector, no se encapote usted y absténgase, yo se lo ruego, en la ocasión presente, de arrugar la hoja impresa, con súbita crispadura de manos, así como de reincidir en la injusticia que envuelve la acostumbrada exclamación: "¡Esta prensa!" No la culpe usted por aquello que tenga su origen en alguna ruin pasioncilla individual y que es precisamente lo que forma el contraste de máximo resalto con la esencia de esta profesión, cuyo escenario es el periódico. Para asomarse a él dignamente, hay que prescindir una vez y otra de lo personal, pero sobre todo de aquellos movimientos de ánimo que se dirigen en contra de alguien, a menos que con sólidas razones no se justifique el impulso.

La aparente exteriorización del mío en las primeras frases, no ha sido otra cosa que un amago para tomar pie en ello y establecer la diferencia entre el periodista de vocación y el simulador más o menos gárrulo que, sin la más remota idea de lo que es un periódico, del colectivo esfuerzo que representa ni del respeto que merece, así como tampoco del que se debe al público y muchísimo menos a la labor ajena, segrega en las cuartillas malquerencia, livor y, en fin, toda la podredumbre moral contenida en un mezquino espíritu, al que satura de tristeza el espectáculo del bien de los otros. ¡Pobre! Seamos benévolos, lector.

En el pequeño y elegante pupitre, junto a la cuartilla casi por completo cubierta de enérgicos rasgos, en espaciadas líneas, sin un solo tachón, ha soltado la *stilográfica* D. Pedro.

—Estaba yo — dice — en la plaza de Toros de victoria. Era Agüero, uno de los matadores. Lidiaban un toro que a él le correspondía, cuando empezó a llover. Un espectador de los tendidos, que estaba un poco más arriba que yo, se puso de pie y, sin duda por aquello de que en las corridas todas las reclamaciones se hacen a quien preside, gritó en tono de burla: "¡Señor presidente: un paraguas!" Yo inmediatamente me levanté y, siguiendo la broma, dije al que había hecho la petición: "Eso pídase-lo usted al toro, que es par'Agüero." Se oyó en todo el tendido un "¡Aaaah!" de desaprobación, y antes de que tuviera yo tiempo de volver a sentarme recibí un almohadillazo en un lado de la cara.

—¿Y usted qué hizo?

—Verá usted. Me acompañaba un amigo, que se apresuró a cogerme del brazo y a decirme: "¡Cállese! Porque si le han tirado una almohadilla sin saber quién es usted, como se enteren, quizás no se libre de un garrotazo".

—Pues el chiste — comentó — es de los de buena ley.

—Yo creo que sí — opina Muñoz Seca. — Ahora, que como no me conocían, no puede atribuirse la protesta al ambiente creado en contra mía. La verdad es que yo no me explico aquello.

El público, Muñoz Seca y los circunspectos

LA SERIEDAD DE LOS MENOS Y EL JUBILO DE LOS MAS

Por Joaquín Llizo

Me interesaría que fuera puntualizado eso del ambiente y con tal designio insinuó:

—¿De modo que la crítica?...

Pero este D. Pedro es muy hábil. Me afirma con toda seriedad que está agradecidísimo a la crítica. Y como advierta mi expresión de incredulidad corrobora su aserto con estas palabras.

dominio de la teoría de la relatividad, dominio que, de seguro, le ha facilitado la acertada definición de su lema: "Optimismo y alimentación".

Lo extraño es que, ya con el lema definido, lanzara aquel retruécano en un circo taurino, donde el espectador lleva acomodada con anticipación la mente a la tragedia,

ULTIMA PAGINA

Para la exquisita poetisa Adela García Salaberry.

Tuvo tu voz musical,
Obligándome sonriente,
Como el decir de una fuente
En ritmo de madrigal.

Al escuchar, el trovero
Vió florecer su jardín,
Y anheló ser el jilguero
Sentimental de tu "spleen".

Del "spleen" o del dolor
Que sobre tu frente adorna
Castos mirajes de luna
Con un ensueño de amor.

Del que se fuera, ideal
Amor Romántico y tierno
Que por ser tuyo, será eterno
Redivivo e inmortal!...

...Al contemplarte, la luz
Que se irisa en tus pupilas
Puso en mis horas tranquilas
Desolaciones de cruz.

...Tú que aprendiste a ser buena
Y que has sabido ser fiel
Ven, y suaviza esta pena
Con el dulzor de tu miel.

Que te lo pide el trovero
Cuyo jardín floreció
Y quiso ser el jilguero
Sentimental, que cantó.

Cuando tu voz musical
La demanda, sonriente,
Tuvo el decir de una fuente
En ritmo de madrigal.

Alberto RIVAS.

—No lo dude usted. Ya los críticos no se meten con el público que aplaude mis comedias.

Arguyo entonces:

—Pero no falta algún revistero que ataque apasionadamente las obras de usted.

—De todos modos — replica mi interlocutor — no se llega, como antes, al extremo de solicitar que la Sociedad de Autores tome alguna severa medida contra mí.

Y añade, acentuando su expresión sonriente:

—Eso hay también que agradecerle mucho.

Es indudable que el fecundo comediógrafo está científicamente al día, ya que acaba de demostrar su

y por fuerza le ha de irritar lo que forme contraste con aquel estado de ánimo. Exactamente lo mismo ha de sucederle a cualquier revistero que sea, pongo por caso, autorcete fracasado en provincias, y esté, por tanto, persuadido de que el teatro se ha hecho para que los que estrenan escuchen indefectiblemente taconeos y voces de protesta. El triste revistero no atendía jamás la suya sistemática, aunque aletee en un ridículo aislamiento, contra la gracia y la alegría. ¿De buena fe? ¡No! De buena fe lo único que piensa es que ese lema de "Optimismo y alimentación" se lo aplica D. Pedro Muñoz Seca a sí mismo...

ANECDOTA

Ignacio Zuloaga, el notable pintor español, necesitaba una modelo para uno de sus cuadros, y puso un anuncio en los diarios ofreciendo un buen sueldo a la muchacha que, reuniendo determinadas condiciones, quisiera servirle de modelo.

Bien pronto acudió al taller del maestro una linda chiquilla que estaba dispuesta a posar ante el pintor.

—Bien — le dijo Zuloaga. — A ver. Vuélvase usted un poco. Muéstreme usted su perfil.

La muchacha se irguió, llena de indignación y replicó a Zuloaga:

—Señor maestro... ¡yo soy una muchacha honrada! Y se retiró llena de cólera.

La colaboración con "Azorín".

—La luz de "El Faro". —

El cuarto de hora de inspiración.

Pero dejemos al zoilo con sus embolismos y vamos a seguir oyendo a quien le causa tantas desazones.

—¿Cuando comienza usted — le pregunto — la colaboración con "Azorín"?

—Ya está empezada.

—¿Por fin va a ser el que se dijo el título de la obra?

—Yo no estoy muy conforme. Como se desarrolla la comedia en la Redacción de un periódico, a mí me gustaría que el título fuese el atribuido al periódico. Por ejemplo, "El Faro".

Y agrega sonriente:

—A ver si llegan a decir que "El Faro" da bastante luz.

—Así sea — formulo el voto, aludiendo a la segunda intención de la frase.

Torno a interrogar:

—Cómo va a armonizarse el temperamento de usted con el de "Azorín"?

—Yo haré lo que crea que me corresponde desarrollar, y luego dejaré que "Azorín" entre a saco en las escenas escritas por mí, si es que necesita hacerlo para sostener o perfilar alguno de los caracteres a su cargo.

El autor de "La tela" escucha mi ruego de que concrete algún detalle.

—Quiero reservarme — exclama — la parte constructiva, dada mi mayor práctica teatral. Pero deseo que haya escenas en que se vea la mano exclusiva del gran literato.

—¿De qué género va a ser la obra?

—La obra es cómica. El público busca distracción y no hay que defraudarlo. Pero lo irónico, lo humano, cualquier pormenor de literatura profunda será de "Azorín" sólo. Con este plan él está muy satisfecho y yo también.

—Por lo visto — apunto — usted está resuelto a cultivar exclusivamente lo cómico. Dentro del género ¿no le atrae lo satírico?

—Verá usted. A mí me atrae principalmente lo muy cómico, que no se da en la vida. Al cuidar esto puede resultar un proceso de humanidad. Ya entonces se da el caso de que si cualquier espectador dice: "Esto es inverosímil" le replique otro: "Pues a mí me ocurrió una vez..." o "Me contó un amigo mío..." Y relate algún episodio análogo a lo que está ocurriendo en escena.

—Eso es frecuente, sí — murmuro.

—Lo peor es la recíproca — advierte Muñoz Seca. — Yo paso muy malos ratos al descubrir lo grotesco en trances serios. Rara es la tribulación ajena donde no veo lo cómico, y, como es natural, hay que contener la risa.

Un instante calla, y razona luego:

—A mí me parece que es una cualidad comparable a la retina que percibe con toda exactitud los colores y distingue perfectamente los diferentes matices de un color cualquiera.

—Pero usted desde luego persigue lo cómico.

—No lo crea. Ni lo persigo ni lo hago porque sí. Me dedico a ello por temperamento, con espontaneidad, de un modo inconsciente. En cambio, para lo dramático necesito el cuarto de hora de inspiración.

Y corrobora así el aserto:

—El cuadro de la cárcel de "Triarnerías" lo hice en dieciséis minutos. Si no los aprovecho estoy seguro de que me hubiera costado un trabajo impropio.

Refuerza ahora su aseveración con el contraste:

—Es lo contrario de lo que le sucede al temperamento dramático. De un autor de este género se oye decir: "¿Pero es posible que ese chiste se le haya ocurrido a Fulano?" Pues se le ha ocurrido, sí señor. Ha aprovechado el famoso cuarto de hora.

La superioridad del teatro español. — Un voto de calidad. — El más grande autor del mundo. — El abolengo del retruécano.

—¿Qué concepto tiene usted de nuestra literatura teatral? — inquiero.

—Que es la más grande del mundo. Lo malo de nuestro teatro son las traducciones hechas a fines del siglo XVIII y principios del XIX.

—¿Pero actualmente?...

—Los autores españoles siguen a la cabeza. Hoy se representan en París obras en dos actos firmadas por cuatro y cinco autores. Allí las de gran éxito se siguen escribiendo a base de los tres tipos clásicos. Siempre el mismo conflicto con distintas soluciones. Hace poco recibí carta de D. José Sánchez Guerra, que, poco más o menos, se expresaba así: "No creas que lo digo por lisonjearos a ti y a tus compañeros, pero lo cierto es que tanto en inventiva como en procedimientos lleváis una inmensa ventaja a los autores franceses que triunfan en la actualidad."

Tras de una pausa sostiene:

—Es innegable que la novedad está aquí. Y como Benavente no existe hoy otro autor ni en España ni en parte alguna.

—¿Qué opina usted de los antiguos?

—Ya conoce mi juicio en general. Añadiré ahora que en el teatro clásico muchos autores emplearon el juego de palabras. Siempre que dieron con el recurso se apresuraron a utilizarlo Calderón, Lope, Tirso... Ahora rechazan ese elemento cómico lo mismo los críticos que la Academia, y crea usted que es sensible esta última repulsa.

—¿En qué sentido lo dice usted?

—En el más desinteresado. Hay un premio que la Academia debe conceder anualmente a la mejor obra teatral. Pues a veces no propone ninguna la Academia para que le sea otorgado ese premio. Desierito quedó dos años seguidos. En el primero unos amigos míos llamaron la atención sobre mi comedia "La pluma verde". Al siguiente se estrenó "El chanchullo". Pero las dos veces dejó de adjudicarse el premio. ¿No podría haberse dado a otro autor? Porque lo lamentable — y a este me refería al principio — es que no faltan aquí responsables extranjeros, a quienes aquella circunstancia sirve para propalar en los demás países la decadencia del teatro español, y esto es absolutamente falso.

—A pesar de todo no se logra que cunda el horror al retruécano.

—Si es que no hay motivo para rechazarlo. Como no sea por la abundancia. — dice Muñoz Seca. — Y rememora:

—Allá por los años de 1880 al 90 se consideraba como lo más ingenioso del mundo el chiste de una obra, en la que se ponderaban las

TERNURA

¿Me dices que estoy triste? Razón tienes amiguita querida... No me extraña tu dulce observación, cuando sin duda algo bello se ha muerto hoy en mi alma...

¡Mi última ilusión! ¿No lo adivinas? Ah! llevo ya perdidas tantas, tantas, que me maravillo al pensar cómo mi imaginación no se hace huraña!

Pero esto es una nube pasajera en el cielo otoñal de mi mañana: ¡despierta las alegres campanillas de tu risa optimista que contagia!

Ponte el vestido azul, el que más sienta a tus blondas guedejas, y cual hada, tócame con tu varita milagrosa volviendo la alegría que me falta!

Amiguita gentil: conversa amena, así tan simplemente como hablas al jilguero burlón que te despierta con un canto de luz en la mañana.

Háblame ingenuamente de tus cosas de la simpleza de tus cosas diarias... Desde el piropeo que te dijo el mozo hasta el mohín de la amiguita mala...

Cuéntame lo que soñaste anoche el libro que leíste y te solaza... (Los poetas saber queremos todo aunque a la postre no sepamos nada...)

Sé mi dulce hermanita... Ven, acércate pon tu mano en mi mano... ¿no ves, mala, como tiembla mi voz y están mis ojos poco a poco llenándose de lágrimas?

Albino REY.

tragaderas de un personaje compariándolo con la pantera de Java, porque la pantera "de Java mientras que aquél no dejaba nada." Bueno, pues de esto se hacían comentarios en las tertulias, en todas partes, y hasta fué reproducido el chiste en las cajas de cerillas. ¿Por qué empeñarse en que hoy sea detestable lo que entonces era digno de admiración?

Lo eterno en el teatro. — La mofa y el augurio.

—Es posible — me aventuro a apuntar — que se esté iniciando un teatro de lo porvenir.

—El teatro, mañana como hoy — asegura D. Pedro — es y será acción, interés, emoción, gracia y nada más.

Formulo ahora la observación:

—Muy en serio se desliza nuestro diálogo.

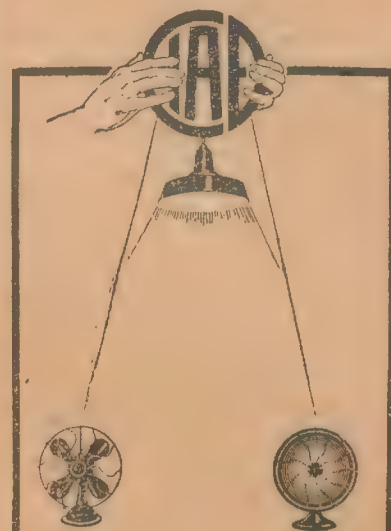
—Es verdad — asiente D. Pedro. — Voy a contarle a usted una anécdota que, aunque circula por ahí, no está referida con detalles. Llegué por primera vez a Madrid en el año 1901...

—Vino usted a hacer el doctorado de Derecho y el de Filosofía y Letras ¿verdad?

¡SED ACTIVOS!

Hasta el último momento de nuestra vida, dicen los estoicos, ¡estaremos en acción! No cesaremos de trabajar por el bien de todos los hombres en general, de ayudar a cada uno en particular, de socorrer a nuestros enemigos y de tenderles la mano con cariño. Sea cual fuere la edad en que nos hallemos, jamás hay para nosotros descanso, y, como ha dicho elocuentemente el poeta, "aún cubre el casco nuestros blancos cabellos". Para nosotros no existe el descanso hasta la muerte; y aun de la misma muerte hacemos un acto si nos es posible.

SENECA



Luz, calefacción, ventilación y fuerza motriz, bajo múltiples aspectos y aplicaciones.

COMPANIA ITALO ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

CORRIENTES 651-659

U. T. 31 - Retiro - 3401

C. T. 1387 y 2524, Central

—Eso es. Tendría yo unos diecinueve años. Había estrenado una zarzuelita en mi pueblo y otra cosa en Sevilla, y me fui una tarde a la sociedad de Autores. No sabía que allí se cobraba por la mañana. Yo estaba muy delgado. Tenía el bigote poco menos largo que ahora y encajado entre huesos: la nariz, la barbilla, los pómulos, la nuez... Conque me asomé a la ventanilla de caja y cuando dije "Buenas tardes, señores" al ver aquella cara se produjo una explosión de risa allí dentro. Sin alterarme dije al que estaba más cerca: "Aquí debo tener algo que cobrar. Me llamo Muñoz Seca". "¿Seco?", me preguntó aquel empleado mientras volvía a reír con todos los demás. "Seca" repetí yo. Y comentó él: "Pues parece seco". Nuevas risas. "Pero es Seca" volví a afirmar. Mientras tanto aquel guasón había consultado un libro y vino hacia mí con unos papeles. "Aquí tiene usted, señor... Seco: dieciocho pesetas por un lado; once por otro; tres más..." Total, que por las liquidaciones de dos años me correspondían treinta y tantas pesetas. Las cobré y dije: "Se han divertido ustedes de mí todo lo que han querido; pero no les conviene hacerlo más, porque ha de ser la mía, y esto no ha de tardar mucho tiempo, la primera liquidación de esta Casa." Retiré la cabeza, se cerró la ventanilla y fué una carcajada homérica la que se oyó al otro lado.

Se detiene un momento y continúa:

—Del episodio no me volví a acordar. Lo que dije no fué más que un desahogo de mi malhumor en aquellos instantes. Pero siendo ya presidente de la Sociedad y la primera liquidación la mía, estaba yo cobrando una mañana cuando se me acercó un empleado de cierta edad y me dijo: "¿Cómo se ha cumplido aquello! Crea usted D. Pedro que lo he tenido clavado aquí muchos años." Y el buen hombre se golpeaba la frente.

La revelación de Tallaví. — Una butaca para tres espectadores. La fascinación. — Casa con dos puertas.

—¿Algún otro recuerdo de aquella época? — solicito.

—El del primer estreno que vi en Madrid: "Las vírgenes locas", de Francos Rodríguez y González Llana, en el teatro de la Comedia. Fué la obra en que se reveló Tallaví. Vivía yo en una casa de huéspedes con el pobre Pepe Barón Caballero y Pepe Tripaldi. A Barón le mandó una butaca Cristóbal de Castro. ¿Pero qué hacíamos con una butaca para tres? Decidimos ver un acto cada uno; nos sorteamos y me tocó a mí entrar el primero. Los otros dos me esperarían en la calle del Príncipe para recoger la contrasena y seguir el turno. Ocupé la butaca número 4 de la fila 9.ª Me acordaré siempre. Aquel público tan bien vestido... Tantas luces... La brillantez del espectáculo... Fué como una embriaguez para el autor que yo llevaba dentro y formé en seguida el propósito: "De aquí no me voy yo esta noche". En el primer entreacto pregunté a un acomodador si el teatro tenía otra salida. "Sí; por la calle de la Gorguera." "Nada — pensé — que yo veo el segundo acto y el tercero!" Así lo hice. Hasta en el escenario estuve. Allí, como alelado, con una admiración emocionada, escuché las felicitaciones a Francos, al otro autor, a Tallaví. Se me saltaban las lágrimas... ¡Y los otros esperándome en la calle del Príncipe! Al galope salí por la de la Gorguera en cuanto terminó el estreno y no paré hasta llegar a Jesús del Valle, número 2. "Doña Rosa — dije a la pupilera, que era mujer de acreditada seriedad, — usted es la única que puede salvarme. Me cometido una gran canallada." Se la conté y le hice la súplica: "Diga usted a esos que llegué aquí malo, muy malo; que hice por encontrarlos antes de venir, pero que como me sentía cada vez peor, no pude seguir buscándolos. ¡Ah!, y que a las diez y veinticinco estaba ya metido en la cama". Vinieron los otros después de haber esperado hasta la salida del último espectador. Entraron comentando la infamia, la villanía de Perico. Tuve la suerte de que se tragaran el cuento. Tripaldi se acercó de puntillas a mi cama. Yo, como era natural, estaba haciéndome el dormido, y me puso una mano en la frente. "Hasta sudando está" — le dijo, alarmado, a doña Rosa. "Sí, de miedo", comenté para mí. Al cabo de un mes le confesé la verdad. Y desde entonces, cuando le decía a Barón: "Mira, espérame... ", siempre me interrumpía con la pregunta: "¿Vas a alguna casa con dos puertas?"

El espectador del paraíso. — Una gran ilusión y una emoción intensa.

Demando del ilustre comediógrafo:

—Algo más reciente para terminar.

—Más reciente, sí — accede, — aunque ligado a algo más remoto.

Escucho con el máximo interés.

—Al paraíso del teatro de San Fernando, de Sevilla, que entonces no tenía localidades numeradas, acudía yo cuando era alumno de la Universidad. Cada comedia que veía representar me sugería otras tres. Casi todas las noches iba yo con entrada de *claque*, y con una de dos

reales los sábados. Esperaba en la puerta hasta que la abrían, para entrar el primero y ocupar el asiento de primera fila que daba frente por frente al escenario. Vi allí el estreno de la primera obra de Federico Oliver; vi también trabajar a Emilio Mario, a la Guerrero, a todas las grandes compañías de entonces. Aplaudía yo frenéticamente y no me levantaba en toda la noche para no perder el asiento, del que no llegaba a arrancarme ni el ansia de fumar.

Ha adquirido la sonrisa de D. Pedro un leve matiz melancólico. Sigue hablando:

—Pasó el tiempo. Una de mis grandes ilusiones era la de presenciar un estreno mío en aquel teatro. Por fin, puede verla realizada al cabo de veintidós años. La obra estrenada fué "El condado de Mairena", por la compañía Guerrero-Mendoza. Fué una de las emociones más fuertes de mi vida. Cuando salí al proscenio, clavé los ojos en el sitio aquel... D. Fernando me preguntó un poco extrañado: "¿Tiene

usted a alguien en, el paraíso?" "¡Que sí tengo! — le dije. — ¿No he de tener...? ¡Mi juventud!"

Envío.

Seguramente, lector de sano espíritu, encontrará usted hartos justificados, como yo, el éxito creciente de un autor de vocación tan decidida, de tanta fibra y de ingenio tan ágil como D. Pedro Muñoz Seca.

Pero aun suponiendo que tenga sólido fundamento mi admiración hacia él, en contra de otros juicios que son muy respetables y de alguno que no lo es, menguada fuera para usted mi campaña, lector. No así la que presta el público, ese público que en tarde de domingo hinche un teatro de la corte donde se representa una de las recientes comedias de aquel autor, ese público cuya aglomeración en esa misma tarde ante el anuncio de cierta obra ya vetusta, que por la misma pluma fué trazada, hace asomar a la taquilla de otro coliseo madrileño el cartel que reza: "No hay billetes".

NOCTURNO

(Del libro "Elegía del Gran Amor", que acaba de aparecer)

Qué fría es esta noche de junio; y esta luna
qué fría es esta luna de disco claro y pleno!
Y qué dulce es quedarse bajo la doble lluvia,
una lluvia de luna y otra lluvia de hielo!
Arriba están los astros taciturnos... abajo
abajo yo en la noche: silencio en el silencio.
Mudos los labios pienso, voy pensando despacio...
Que no termine nunca esta noche de invierno;
que nieve mucha luna! Que nieve mucha luna!
Que el frío me penetre por la carne hasta el hueso;
que mi corazón sea como una hestia blanca;
que el aire helado sople llevándose el recuerdo,
que nieve mucha luna sobre mí, mucha luna,
que no termine nunca esta noche de invierno!

Yo quiero mucho frío, yo quiero mucho frío!
El glacial de las bóvedas, el glacial de los féretros!
Todo el frío de un polo difundido en mi vida...
Tenderme solitaria en el lecho de un témpano.
Entorpece mis miembros, elásticos y ágiles,
hazme a tu semejanza y a tu imagen, invierno.
Mátame estos veinte años, insolentes de vida,
y pon, en su reemplazo, sesenta años de duelo...
Apágame estos ojos que brillan todavía,
marchita mis mejillas, torna mis labios secos.
—¿Y la tibia firmeza de sus labios? — Ahora
Vive sobre mis labios un aliento de hielo.
—¿Y la imperiosa luz de sus ojos amados?
¡No me acuerdo, no quiero acordarme, no quiero!

Yo quiero adormecerme en esta noche frígida,
yo quiero adormecerme, y acunar el recuerdo.

Yo no he vivido nunca. Yo no he sentido nunca.
Amor, yo no conozco tu cálido desvelo.
Estoy fría, estoy muda, con los ojos cerrados...
La carne es solamente un frío soñoliento,
y el espíritu es sólo una visión lejana...
Y un invierno hay en mi alma, y en la noche, otro invierno
y nieva mucha luna sobre mí, mucha luna;
y el frío me penetra por la carne hasta el hueso;
y mi corazón es como una hostia blanca;
y el aire helado sopla llevándose el recuerdo,
y nieva mucha luna sobre mí, mucha luna...
Y no termina nunca esta noche de invierno...

Nydia LAMARQUE.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cia.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 2589

Las auroras boreales

Como se sabe, la aurora boreal es producida, por la acción de radiaciones eléctricas, que provienen del espacio exterior, sobre la alta atmósfera debiendo ser atribuida la emisión de luz a materia perteneciente a esta atmósfera.

M. Vegard, que ha estudiado detenidamente el fenómeno, procediendo por eliminaciones, ha llegado a la conclusión de atribuir el espectro auroral al ázoe existente, bajo la forma de un fino polvo cristalino, en las altitudes comprendidas entre 106 y 130 kilómetros, donde aparecen con más frecuencia las auroras boreales.

Ese hombre de ciencia ha comprobado la hipótesis por experiencia de laboratorios, que han consistido, en un principio, en bombardear, por medio de rayos catódicos, ázoe mantenido sólido por contacto del recipiente que lo contenía con hidrógeno líquido.

El ázoe sólido, sometido a la acción de los rayos catódicos, queda luminoso más de cinco minutos después que la excitación ha cesado.

Parece pues, que este fenómeno, y, así mismo, el que constituye la aurora, es una fosforescencia.

El nuevo descubrimiento abre campo a los experimentos, igualmente interesantes, desde el punto de vista cósmico como desde el físico.

Un estudio cuidadoso permitirá determinar con exactitud las temperaturas que reinan en la región de las auroras y la velocidad y naturaleza física de los rayos eléctricos cósmicos que producen las auroras boreales.

Por otra parte, si otros gases tomados en el estado sólido dan, bajo la acción de los rayos catódicos, efectos análogos a los producidos por el ázoe, se puede esperar que se llegue a la explicación de las líneas espectrales emitidas por las nebulosas, y a la adquisición de conocimientos ciertos sobre la constitución de estos astros.

Quinquela Martín, el notable pintor boquense, que después de haber triunfado en la Argentina y conquistado lauros de admiración en el viejo mundo, lleva hoy su arte vigoroso a los Estados Unidos, como señala la esbelta y límpida escritora Adela García Salaberry, empezó a impresionar lo que veía en papeles, con pedazos de carbón, del carbón que llevaba en bolsas sobre sus hombros, cumpliendo la ruda tarea impuesta por la necesidad. Venció todos los obstáculos con tesonera constancia porque su alma selecta hecha para emociones estéticas del arte pudo contra fuerzas adversas que se oponían a su paso en el objetivo de su vocación natural. Hoy la gloria le ha hecho oír los sonos bronceados de sus trompetas divinas. Porque la gloria, la verdadera, llega para los buenos, los meritorios, los artistas, para los que reproducen con amor, identificándose, las obras del Hacedor y se inspiran en sus leyes y creaciones florecidas en lo bello. El artista descubre en el fondo de la cosa más prosaica, la hermosura, el timbre que evidencia al Supremo.

Tal como el Apeles de ambiente portuario, de mágica paleta, un joven cisplatino de treinta y dos años, se revela hoy en ambas márgenes del anchuroso río con sus creaciones, si bien no con el nombre y fama del anterior. Es un ejemplo desconocido, más no por ello deja de ofrecer sugestión, dado lo que significa de esfuerzo, tesón y talento.

Luis Bello, un hijo de padres italianos residentes en el Uruguay, se inició en el dibujo contando doce años a la sazón, mientras concurría a la escuela elemental a estudiar primeras letras y trabajaba de aprendiz de un sastre que vivía en las adyacencias de su casa.

A esa edad sintió una inclinación ardiente hacia el dibujo, que traducía su vocación artística. Fue apoderándose de su espíritu una inquietud febril, un deseo incontentible de conocer, de saber bosquejar cuadros, caras y panoramas. Nada podía detener tan poderosos impulsos. Y fué así como empezó a distraerse en su oficio. El sastre, hombre ineducado advertía la desatención de su asalariado, atribuyéndola a cosas de muchacho un tanto juguetón; no se había formado en su escasa imaginación, el menor asomo del torbellino que dominaba al adolescente. Faltó varias veces. Hizo la "rabona", aprovechando las horas en ir a la casa de un pintor conocido.

Cómo se llega, de simple obrero del músculo a ser artista del lápiz

El dibujante Luis Bello nos habla de su vida

Se pasó más de una mañana contemplando absorto la combinación de los colores, los matices tan diversos que adquirían en la tela colocada en el amplio caballete, la reproducción hermosa de un paisaje que evocaba en él alegres correrías infantiles. Tanto interés demostró por la pintura que desper-

—¿A qué edad empezó a estudiar el dibujo?

—Teniendo diez y seis años concurría a la Escuela Italiana.

—¿Quién fué su profesor?

—El maestro Sonnavilla, por quien guardo profundo cariño.

—¿Cuántos años estuvo allí?

—Permanecí cinco, aprendiendo,



LUIS BELLO

tó la curiosidad del artista. Este le enseñó algo, lo ayudó a hacer los primeros garabatos, que llamaron su atención, decidiendo estimularlo, porque los rasgos trazados revelaban un temperamento que haría escuela.

Hace unos días hemos visitado al niño de ayer, hecho hombre, al que de artesano supo llegar a dibujante.

—Acabo de exponer en Montevideo, un salón de cuadros y caricaturas, con todo éxito.

—Felicitaciones.

—Gracias.

con la satisfacción de verme premiado en varios cursos. Mientras tanto, en las horas restantes, trabajaba de talabartero, ayudando en esa tarea a mi hermano. Pasé después al Círculo de Bellas Artes, al cumplir los diecinueve años, y allí puede decirse con exactitud, hice mi carrera. Tuve que arreglarme un programa de vida intensa. De noche el estudio, y de día el trabajo rudo para ganarme el propio sustento. Me empleé en la compañía tranviaria "La Transatlántica" llegando en la misma a ocupar un cargo de responsabilidad. En ese

tiempo comencé a colaborar en algunos diarios y revistas de la capital de mi patria.

—¿Cuántos años permaneció en esa empresa?

—Ocho. Ganaba ochenta pesos mensuales, cantidad bastante exigua para subvenir a las necesidades de la vida; un día pedí una decena de pesos de aumento y me fué denegada la solicitud. Me retiré de la compañía.

—¿Y luego?

—Colaboré en toda la prensa. Hice varias exposiciones, mis trabajos gustaron y los directores de revistas ilustradas reclamaron mi presencia, pidiéndome que les enviara dibujos.

—¿Bajo la dirección de qué maestros ha pintado?

—Carlos María Herrera, que falleció, Vicente Puy y Manuel Rosé.

—¿Estudió usted directamente el dibujo irónico?

—Les diré, estudié en serio, pero experimenté decidido entusiasmo por la caricatura.

—Aparte de la pintura al óleo, en sus obras de fino y delicado lápiz, ¿qué emplea con mayor frecuencia?

—El humorismo y la caricatura personal.

—¿Y sus exposiciones han tenido siempre éxito?

—Siempre. Tanto en concurrencia oficial y particular como en resultado monetario.

—¿Cuántos años hace que reside en Buenos Aires?

—Tres.

—¿Las publicaciones de esta metrópoli por las que usted tiene mayor simpatía?

—Trato con cariño a "Caras y Caretas", "La Razón", "El Hogar", y de las que no colaboro aunque nunca dejo de leer, FRAY MOCHO.

—¿Su amigo predilecto?

—El ministro de Instrucción Pública de mi país, E. Rodríguez Fábregat.

El lápiz de Bello que refleja un humorismo, sutil, sano y delicioso, solaza, impresiona por su arte puro, incontaminado de tendencias extravagantes sin sentido moral, hace psicología, delinea estados psíquicos, alteraciones, puntualizando el ridículo con maestría singular. Luis Bello es un acabado descriptor gráfico de físicos personales, ambientes y planos subjetivos. Sus caricaturas hacen obra, reflejan modalidades, ofreciendo amplio complemento externo ilustrado a la producción del escritor.

Bello es el Cao uruguayo.

R. O. V. COCONNIER.

Cuento judío, por Bello



—Oye Salomón, quiero que me vendas un traje bueno y barato.
—Espera un momentito.



—Mira, Samuel, aquí tienes un traje que te debe quedar como pintado.
—¿Es bueno?
—Sí, Samuel, es de pura lana.



—¿Y cuánto me pides por él?
—20 pesos y te juro que pierdo plata en este "negocio".



—Bueno, lo llevo, pero tú me garantizas que es todo de lana.
—Mira Samuel, no quiero engañarte, los botones son de hueso.

CUADRO UNICO

(Interior de una alcoba. Puerta al foro. A la izquierda, una cama; a la derecha, un armario-ropero, y en el centro, una mesa; sobre ésta libros y papeles diseminados. Varias sillas completarán el mobiliario).

ESCENA I

(Don Juan sentado frente a la mesa y en actitud reflexiva. Después Rita, provista de útiles de limpieza, apareciendo en la puerta y desapareciendo inmediatamente después de decir):

Rita. — ¡Ah!... Creí que no estaba...

Don Juan (saliendo de su éxtasis y mirando a la puerta). — Oiga, Rita.

Rita (reapareciendo). — ¿Me hablaba usted?

Don Juan. — Sí. Aunque estoy puede usted limpiar; poco o nada he de estorbarle.

Rita. — No, volveré más tarde, cuando usted se marche.

Don Juan. — Por eso no lo haga; no pienso salir.

Rita. — Entonces... (Entra e inicia su labor de arreglo y limpieza de muebles y de ropas). (Don Juan recobra su actitud). Luego le traeré, don Juan, el paquetito para mi madre. (Sacando una tarjeta de uno de los bolsillos de su delantal). Aquí están las señas; (sonriendo y aproximándose a él) no sé si se entenderán; escribo tan mal... (Dándosela).

Don Juan (tomándola). — Sí, se entienden; pero ya no hay caso: ya no me marcho mañana.

Rita (con asombro). — ¿Que no se marcha usted mañana!...

Don Juan. — No, y probablemente en mucho tiempo.

Rita. — Pero... ¿y la boda? ¿y su novia?

Don Juan (sonriendo). — Esa menos que nadie ha de extrañarlo. Tome, vea. (Dándole un papel de los que habrá en la mesa).

Rita. — ¿Qué es esto?

Don Juan. — Un cablegrama de mi hermano.

Rita (tomándolo y leyendo, aunque silabeando). — "No vengas; esa se ha casado". (Después de mirarle y con extrañeza). ¡Pero esto es posible!

Don Juan (sin dejar de sonreír). — Todo es posible menos ser feliz.

Rita (como pensando). — Sin embargo hay quien...

Don Juan (interrumpiéndola). — No lo crea usted; unos más, otros menos, todos somos infelices: la dicha, lo que yo creo debe llamarse así, no existe; unos menos, otros más, todos ambicionamos y ambicionar...

Rita (más para sí que para él). — Que haya mujeres tan locas... Pero usted sabría...

Don Juan. — Nada, absolutamente nada. Hace dos meses recibí su última carta y en ella nada hallé que presagiase lo ocurrido.

Rita. — Y que pasara tanto tiempo sin escribirle ¿no le extrañó?

Don Juan. — No, porque para pocos días después de recibir esa carta, le tenía anunciada mi salida de Buenos Aires; después, cuando por causas ajenas a mi voluntad — la

venta de un negocio — hube de aplazar mi viaje, señalé nueva fecha para realizarlo y también se la avisé. Todo esto, como usted comprenderá, justificaba su silencio.

Rita. — Y su familia, no le dijo...

Don Juan. — En concreto, nada; mi hermano, en una de sus cartas,

por ella, en busca de porvenires mejores que ofrecerle, abandoné a cuantos seres y a cuantas cosas me eran más queridas; que luché corajosamente, sin desaliento; como el fanático por su dogma y el creyente por su rito; que vencí y que ahora, con un poco más de dinero que antes y no menos ilusiones, iba



EL COMISARIO. — ¿Es usted casado?

— No; pero vamos... ¡Si es que tiene usted alguna hija joven!

aunque muy veladamente, me indicó que ella, merced a las habladerías de unos y otros, empezaba a desconfiar. Pero esto, aisladamente, sin confirmación por parte de ella, nada era y por nada lo tomé.

Rita. — Sí que es raro. Y fuera de esto no sabía usted...

Don Juan (emocionado). — Que la quise y que aun la quiero; que

allá, a su lado y a decirle: aquí estoy, aquí me tienes, vamos a casarnos. Esto es todo lo que sé; no sé más, Rita.

Rita (escuchando). — ¿Han llamado?

Una voz. — Cartero.

Rita (gritando). — Voy. (A don Juan). Un momento, don Juan. (Después de un corto rato, entran-

ANECDOTA

Amenazaba Pompeyo exterminar a los habitantes de Himera porque habían sido sostenedores de Mario (el terrible adversario de Sila) y de Carbón. Entonces el digno magistrado Esteno habló en defensa de sus conterráneos, y acabó diciendo:

— Es injusto castigarlos a todos por el delito de uno solo.

— ¿Y quién es ese uno? — preguntó Pompeyo.

— Yo — contestó noblemente Esteno. Yo que los excité contra Sila.

Asombrado Pompeyo ante tanto valor moral y tanta magnanimidad, los perdonó a todos.

do pausadamente con una carta y un paquete lacrado, leyendo sus sobres y en el momento de entregarlos a don Juan). Para usted y de España. Tal vez sean de...

Don Juan (tomándolos ávidamente y después de mirarlos). — Sí, de ella son. (Rompe el sobre, saca el pliego y al desdoblarlo). ¡Lacónica! (Leyendo): "Plenamente convencida de tu deslealtad amorosa para conmigo — pues sé hasta nombres y fechas — y que tu regreso para mayo y nuestra boda para junio son dos promesas más que se verán incumplidas, te envío cuantas cartas y retratos tengo tuyos, advirtiéndote que, aunque trates de reanudar nuestras relaciones, arrepintiéndote o negando lo que para mí es evidente, será inútil, pues, no sólo he resuelto romper definitivamente contigo, sino casarme con otro en breve plazo. — Hasta nunca, que seas muy feliz y que recibas pronto la recompensa de tus buenos procederes. — Inés". — ¿Qué le parece a usted?

Rita. — Que no es tan loca como suponía.

Don Juan. — ¿Por lo que dice en esta carta? ¿Pero, usted sabe a qué podría referirse esto?

Rita. — No: (sonriendo maliciosamente) pero cuando el río suena... don Juan...

Don Juan. — No lo crea usted; para que pueda juzgar voy a contarle la historia de mi "deslealtad amorosa": Un día, en que no sabía qué hacer ni adónde ir, en que todo, sin motivo patente me fastidiaba, tomé un tranvía y fui... el sitio no hace al caso. Cuando entré, el coche estaba vacío, pero poco después, merced a la hora y a los parajes que atravesaba, fué completándose, completándose hasta no quedar más que un asiento en el asiento que yo ocupaba. Una señora, de porte distinguido y ricamente vestida, vino a ocuparlo. Ni era joven ni era vieja, tan opulenta de carnes, que hube de reducirme lo más posible para que se sentara. Como lo marca el más rudimentario precepto de urbanidad, al notar mi atención, díome las gracias.

Rita (sonriendo maliciosamente). — ¡Don Juan, don Juan!

Don Juan. — ¿Qué?

Rita (sin dejar de sonreír). — Siga usted.

Don Juan. — Según costumbre, el cobrador no tardó en venir; ya ella buscaba en su bolso el portamonedas que no aparecía; buscó nuevamente y, nada; buscó por tercera vez y tampoco. Por un fenómeno muy vulgar, aunque detestable, la atención de todos los pasajeros se reconcentraba en ella, que, advirtiéndolo, empezaba a desconcertarse. Yo no aguardé más: cediendo a un impulso de neta caballería, le pagué el billete. Transcurrieron cinco meses; ni yo me acordaba de ella ni ella, probablemente, se acordaba de mí, cuando una tarde, en el jardín zoológico, nos encontramos. No iba sola; su esposo y su hija la acompañaban. Me los presenté, conversamos y, al despedirnos, ellos se llevaban una tarjeta mía y yo una de ellos. Transcurrieron... otros cinco meses, próximamente. Yo ocupaba una platea en el teatro Buenos Aires y ellos, es decir, la madre y la hija, pues el padre, ligeramente indisputado se había quedado en casa, un palco baignoire. En los entreactos hablamos mucho; de todo en general y de arte en particular; la

muchacha y yo coincidíamos en inclinaciones: gustábale la comedia moderna, la benaventina, y en música, aunque gran admiradora de Boito, no pudo soportar, íntegra, una rapsodia de Wagner. A la salida, como era lógico, las acompañé, y como lloviera a torrentes y los tranvías, los pocos que pasaran, viniesen completos, tomamos un coche. Cuando nos despedimos, a la puerta de su casa, yo, accediendo a sus invitaciones, prometí visitarlas.

Y desde entonces... una amistad sincera, una simpatía que, por tener fundamento, fué acrecentándose.

Rita. — ¿Y nada más que esto?

Don Juan. — No; falta lo que podría llamarse mi deslíz. Un día, el santo del padre, comí con ellos. El café lo tomamos en el gabinete, y Elena, la hija, nos obsequió ejecutando al piano lo más selecto de su repertorio. El ambiente era tibio, ligeramente perfumado por las flores que, aquí y allá, en abundancia, sobre el velador y en el piano, yacían en artísticos jarrones; el mobiliario, sencillo, elegante, rivalizando en esto con la señorita de la casa, arquetipo de belleza, pero de una belleza de imagen mística que no careciese de incitativos sensuales. Yo, sentado en una cómoda butaca, próximo a ella y saboreando las exquisiteces del cigarro que el papá me diera, la escuchaba con éxtasis; lajo las teclas, Jorge reprochaba a Marina su desamor. ¡Nunca las quejas del sublime borracho, me emocionaron tanto ni nunca, tampoco él "piensa en mí" de ella vibró con más pasión en mis oídos. En aquellos momentos quedamos solos: el padre había salido de casa para un asunto de urgencia y la madre se encontraba en las habitaciones interiores, impartiendo órdenes a los sirvientes. Tuve frases de admiración, ignoro si elocuentes, para la mujer y para la artista y, en resumen, maquinalmente, sin que mi conciencia pudiera evitarlo, le dije... algo que usted se imaginará aunque yo calle; lo más cursi y también lo más hermoso, según las circunstancias. ¿No es cierto, Rita?

Rita. — ¡Qué hombres, qué hombres! ¡Y que todos sean iguales y que todos elijan el papel de víctimas!...

Don Juan. — No juzgue con ligereza y déjeme terminar.

Rita. — Pero, hombre de Dios, digo mal, del Diablo, todavía, después de lo que me ha contado, pretende que le dé la razón y se la quite a la otra?

Don Juan. — No; sólo pretendo que me escuche.

Rita. — Bueno; siga usted.

Don Juan. — Fuimos novios o, mejor dicho, lo somos todavía, aunque yo no pensara en casarme; nuestro noviazgo fué el fruto de una irreflexión mía que hubo de continuarse; un "lapsus lingüe"; un amorio sin importancia ni trascendencia alguna. Inés (la de España, era mi amor. Y una prueba...

Rita. — Sí; pero de cualquier modo usted procedió mal: a una o a otra la engañaba.

Don Juan. — No, Rita, no; usted es muy severa; ¿qué hombre, lejos de su amor, no tiene un amorio? Ninguno.

Rita. — Eso, don Juan, podrá ser verdad, pero no correcto; porque, dígame, si la muchacha llegó a quererle, a forjarse ilusiones... que es muy posible.

Don Juan. — más que posible, probable. Y, la verdad, ahora menos que nunca me arrepiento. (Como hablando consigo mismo) Es bonita, simpática, elegante, rica, virtuosa, parece que me quiere... En fin... quién sabe... tal vez ésta llegue a ser lo que no fué la otra; tal vez... (Llaman a la puerta) Adelante.

con mucho afecto). Don Manuel, usted por aquí... a qué se debe...

(Advirtiéndole la seriedad, palidez y el riguroso luto que viste don Manuel). Pero, esa palidez... ese traje?

Don Manuel. (sonriendo tristemente). — Sí, amigo don Juan, casi delatan la desgracia.

A Hector Pedro Blomberg

Buen poeta amigo: No te he visto nunca
Pero sueño siempre con tu noble faz,
Te imagino rubio, de celestes ojos,
Sobre la cubierta de un buque en el mar

Te figuro ansioso de raros caminos
Avido de soles, de tierras y azul...
Buscando misterios en el horizonte
Bajo la sonrisa de la "Cruz del Sur".

"Aguas hacia arriba" con tus marineros
Rumbo a la sorpresa de un mundo mejor
Vas lleno de gozo con tus carabelas
Por los anchos mares de tu corazón.

Sigues las perdidas "gaviotas errantes"
Que tal vez conocen "islas de inquietud"
Que quizá oyeron "la canción lejana"
Desde los ramajes de un árbol de luz.

Sueñas con la bruma, los ríos, las playas
Vives con tus sueños en cualquier país,
Rezas tus plegarias, dices tus cantares,
Mientras en las olas ríe el porvenir.

Te encantan los barcos, los viejos navíos,
Lejanos poetas... Kajyam y Saadí...
Las cosas extrañas de cada ribera,
Y el mal de la espera y el bien de venir.

La historia doliente del pueblo judío
Te arranca poemas a Sara y Raquel.
Lo mismo tú amas Japón que Occidente...
Breña o Turquía... Noruega... Israel...

Porque eres poeta de todos los cielos
En la azul llanura de la inmensidad.
Y das en tu ritmo los ritmos del mundo
porque eres poeta de lo universal...

Héctor Pedro Blomberg: poeta que tienes
Mil mares de ensueño para navegar,
¡Dios pague la esencia que das en tus versos.
Dios colme tu hambre, de viento y de mar!...

M. Elena SHEAHAN.

ESCENA II

(Dichos y una sirvienta)

Sirvienta (entrando y a don Juan). — Un señor desea verle; me ha dado esta tarjeta.

Don Juan (levantándose, tomando la tarjeta y leyendo). — ¡Manuel Ojeda!

Rita — El padre de...

Don Juan. — Sí. (A la sirvienta). — Que pase, ¿dónde está?

ESCENA III

Dichos, menos la sirvienta y don Manuel, apareciendo en la puerta)
Don Juan (saliendo a recibirle y

Don Juan. — ¡La desgracia!... ¡la desgracia!... Pero, ¿qué desgracia?

Don Manuel. — Mi hija, amigo mío, acaba de suicidarse. ¿Por qué? Lo ignoro. Tal vez en esta carta para usted, la única que ha dejado, explique los motivos (Le da una carta a don Juan y desaparece).

ESCENA IV

(Rita y don Juan)

Don Juan (tomando la carta). — ¡Que Elena se ha matado!... ¡Pero, es posible...! (Leyendo en voz alta). "Lo sé todo, Juan, que te marchas a España y no al Brasil

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

como decías, y que te casas con otra. Yo, pobre novicia, para quien tus palabras fueron otros tantos artículos de fe, no puedo sobrevivir a este golpe tan rudo, a tan cruel desengaño y... también me voy. Adiós, que nadie haga contigo lo que conmigo hiciste. Elena", (Hablándole). No, esto no es posible... yo sueño o es que el mundo se confabula para burlarse de mí.

Rita. — No, don Juan; es que usted quiso jugar con el mundo y el mundo no es juguete.

Don Juan (sin oírle). — Yo necesito verla... (Poniéndose el sobretodo y el sombrero) cerciorarme... para convencerme. (Sale con apresuramiento).

ESCENA V

(Rita)

Rita (viéndole desaparecer). — Quién iba a figurarse que este hombre, tan formal, con cara de bueno, era uno de tantos, es decir, peor que muchos... Pero, no tiene la culpa él, sino la tonta... porque tiene que ser tonta para tomar en serio estas cosas... Por más que una dice... y dice... y después, cuando llega el momento... ¡Que-mados no pagaban! (Reanuda su tarea).

ESCENA VI

(Rita e Inocente)

Inocente (desde dentro y a gritos). ¡Rita! ¡Rita!... (Aparece.)

Rita. — Qué, ¿qué te pasa? ¿Por qué gritas de ese modo?

Inocente (entrando sofocado). — No... nada, no me pasa nada... es que... sabes... yo estaba limpiando los bronces de la puerta de la calle y vi salir a don Juan, y como ya me han prestado el libro de poesías de que te hablé, dije, ninguna ocasión mejor para dárse las... Y por eso vine.

Rita (volviendo la espalda y siguiendo sus quehaceres). — Sí, para poesías estoy yo ahora.

Inocente. — Oye, oye, ¿qué te pasa?

Rita. — Nada; que no seas estúpido y vayas a cumplir con tu deber.

Inocente. — Pero, tú... eso de estúpido...

Rita. — Sí, estúpido, ¿qué hay?

Inocente. — Qué estás injuriando a un hombre que no te ha faltado; a un hombre...

Rita (interrumpiéndole). — A un hombre que como todos los hombres, quemados y aventando las cenizas no pagaban.

Inocente. — ¡Jesús!

Rita. — No sé si a ese también; Dios me perdone.

Inocente. — Pero, dime, Rita, por qué estás así; ¿qué te he hecho yo para que me trates de ese modo? Yo, que en cuanto tuve el libro, sabiendo lo mucho que te

gustan los versos, me faltó tiempo para traértelo!... Y que hay una poesía... ¡Nunca!, se llama, que no sé... pero dudo que haya otra más linda. A mí, sabes, me gusta más porque es uno que quiere a una y... lo que casi siempre pasa, se queda con las ganas. Y luego dices tú que los hombres... Veinte mujeres no valen por su lealtad y constancia, se entiende, lo que un hombre.

Rita. — bueno, bueno; ya te he dicho que ahora no puedo oírlos; déjame el libro, si quieres, y vete, porque si la patrona sabe que estás perdiendo el tiempo, filípica se gura.

Inocente. — Bueno: aquí te lo dejo; te recomiendo... (Buscando en el libro) ésta, (Le muestra el libro a Rita).

Rita. — No te acabarás de ir, no.

Inocente (dejando el libro sobre una silla y saliendo amoscado). — Sí, ya me voy; no tienes tú la culpa, sino yo...

ESCENA VII

(Rita y don Juan. Este último entrando y despojándose del abrigo y sombrero que tirará sobre la cama).

Don Juan (dejándose caer en una butaca, con la cabeza entre ambas manos y mesándose los cabellos). — ¡Aaah!...

Rita (observándole de reojo y sin interrumpir su quehacer). — Animo, don Juan. A lo hecho, pecho. Y, además ¿qué culpa tiene usted de que fuera tan súbita?

Don Juan (mirándola inexpresivamente). — No, Rita, todo ha sido una burla cruel; una venganza por lo que entendieron mis malos procederes.

Rita. — ¡Que ha sido una venganza!

Don Juan. — Sí; cuando llegué departía lo más animadamente con el que dicen que es ahora su prometido.

Rita. — No puede ser.

Don Juan. — Sí; desgraciadamente es exacto; todas las mujeres no son tan buenas como usted, Rita.

Rita. — No sé si soy buena, don Juan; pero puedo asegurarle que yo... ¡vamos! una cosa así nunca la haría.

Don Juan (contemplándola con arrebato). — Porque usted es buena, lo que se llama un alma generosa y sin rencor (animándose) porque en su mente jamás ha penetrado una idea turbia.

Rita. — Un poco menos don Juan, un poco menos.

Don Juan. — No, modestias aparte: usted, nacida en la humildad y en la humildad viviendo, rodeada de escollos y acechanzas, de todos los escollos y acechanzas que guarda la pobreza a la mujer que en ella vive, ha triunfado de todo y templado su espíritu, saliendo de la prueba con mucho más vigor y sin mancilla alguna. (Levantándose y aproximándose a ella) La virtud de usted es lo que se llama virtud: la virtud probada, sin cancerberos que la escoltasen ni acólitos que hubieran alejado los peligros; y la bondad de usted, lo que se llama bondad: la bondad que no toma represalias ni observa procederes

para formar el propio. Sí, Rita, yo la he admirado a usted mucho desde hace mucho tiempo. (Tomándole una mano). Y por eso la amo y la he amado como nunca he amado a ninguna mujer. (Abarcándole el tallo). Es por esto que nunca se lo he dicho. Porque el amor de usted es el amor verdadero; el amor que necesitaba de toda la libertad de pensamiento, y de toda la libertad de acción de que hoy dispongo. ¿Me puede usted creer, Rita? ¿Me puede usted creer?

ESCENA VIII

(Dichos y un cartero)

Cartero (desde dentro y siempre al parecer, sin ser notado por don Juan y Rita). — ¡Don Juan de Agora! (Apareciendo en la puerta, mirando al cuadro que formarán dos Juan y Rita, abrazados, y antes que éstos noten su presencia). ¡Hay hombres que parecen profecías!

José PAVIA R — JAÉN.

NOSTALGIA

Abandónase a la muelle caricia del diván con gesto de gatita mimosa... Es su hora preferida, cuando cae la tarde bajo la mustia soledad del llano y un profundo silencio, rey del ensueño, llena las oquedades umbrías, la casona solariega, cuyas torrecillas parecen destacándose airoso a la distancia, vigilantes atalayas que escrutaran el horizonte.

En la estancia penumbrosa, impregnada del perfume de retamas, de hierbabuena y rosas silvestres, los tapices de colores empalidecidos, los cofres de ébano con incrustaciones de nácar, los bronceos artísticos y hasta el viejo reloj de familia donde un fauno malicioso atisba a la ninfa dormida, parece sumida en un sueño milenario...

Tanta juventud se amustia en ese ambiente pesado, peregrino, donde las manos de las abuelas y de las dueñas quintaneñas hilaron activamente la rueca, inmóvil también en su rincón...

La criatura ultramoderna, chic, cuyos piecitos ritman inconscientemente los compases de las danzas más en boga, extrae un cigarrillo de la cigarrera de oro y tras de encenderlo en el artístico pebetero donde humea aun una brasa olvidada, lo lleva a sus labios.

Las espirales de humo ascienden, revolotean como alegres mariposas simulan fantásticas figuras y finalmente huyen como legión de diablillos llevándose una querida ilusión arrebatada a la jovencita de tez ambarina suave como el pétalo de una magnolia, de ojos enigmáticos, de cabellera de bronce, tan espesa que invita a los dedos a perderse en su selva.

Fuma y sueña, la gentil criatura... Los ojos cerrados, el perfil inmóvil, el hermoso cuerpo descansa, mientras el alma se fatiga en pos de la quimera azul, que en las espirales de humo, asume las más fantásticas formas.

Isabel CREUS

Rita. — No sé, don Juan; yo soy una rústica y sólo sé creer en lo que soy.

Don Juan (anhelante). — ¿Pero?

Rita. — (Bajando la vista y con actitud ruborosa). — Si otras le han creído...

Don Juan (abrazándola). — ¡Rita!

Rita. — ¡Don Juan!

Una voz (qué sentirá el público pero que pasará inadvertida para don Juan y Rita). — ¡Cartero! (Rita trata de desasirse de los brazos de don Juan y de dejar el plumero y la escoba que en sus manos habrá retenido; don Juan, tratando de contrarrestar lo uno pondráse débilmente a lo segundo).

Don Juan (sonriendo). — No deje usted esas cosas; también pueden ser báculos de amor.

La Persia feudal de hoy y la mujer moderna.

Si exceptuamos el Tibet, Afganistán y Abisinia, no hay país que social y económicamente nos presente un aspecto tan medioeval como Persia. La economía agrícola del país, produjo, hace muchos siglos, una feudalismo, parecido al de Europa en la edad media, que aún continúa.

La situación de la mujer es mucho más baja en Persia que en ningún otro país mahometano. Hay un abismo entre la vida y la manera

de ser de las mujeres del Cairo y Constantinopla y las de Teherán. Aún entre las damas de la familia real, es rara la que sabe leer.

En la corte, la educación, el esplendor son requisitos; fuera de ella la ignorancia y la miseria reina en las masas; el pueblo es pobre, sucio, ignorante, degradado.

El viajero, se engaña en Teherán. Los palaciegos, los altos funcionarios, el cuerpo diplomático, la nobleza, casi toda educada en Europa, es como la de todas las partes del mundo, pero, media hora de paseo por los alrededores de la capital, destruye la ficción del modernismo.

En una nación tan grande como España, Alemania y Francia reunidas, sólo hay trece kilómetros escasos de vía férrea. La vida en Persia, a mil metros de Teherán es como cuando Darío ocupaba su trono.

La mujer persa inteligente, sufre horriblemente; su vida es peor que la de cualquier siervo. En cambio, la inmensa mayoría de las mujeres, se consideran muy felices. Todo su interés se limita a su marido, a sus hijos, a sus trapos y a las intrigas amorosas.

No conciben la vida de la mujer europea. Con la facilidad que hay para los casamientos y los divorcios, complicados por la poligamia, el ansia única de la mujer persa puede decirse que es atraer al hombre.

Hay algunas, muy pocas mujeres que se han educado a la europea y piensan en la emancipación de la mujer, que en su país, son consideradas poco más que las bestias.

Entre las mujeres intelectuales que trabajan por la emancipación, figura Mehr Banu, graduada en la escuela americana femenina de Teherán, primer establecimiento de instrucción donde se admitieron mujeres.

Mehr Banu, obtuvo, con gran trabajo, autorización de su padre para hacerse maestra, logrando ser nombrada Inspectora de las escuelas persas y es una de las "leaders" del movimiento feminista, pero esta convencida de la gran dificultad, de la casi imposibilidad del triunfo a causa de la religión. Para hacer algo verdaderamente positivo, había que ponerse en frente a los sacerdotes y jefes del mahometismo y sin embargo el Corán no ordena que las mujeres se tapen la cara con un velo, ni prohíbe que se instruyan, pero, sea como fuere, es peligroso atacar a la religión y la única manera de que la mujer persa salga del estado en que se encuentra, es hacerla perder los prejuicios religiosos que le han inculcado desde que nació.

La "Liga Patriótica de Mujeres", no predica el que desaparezca la costumbre de quitarse el velo, si bien las "leaders" prescinden de él; por lo que ahora trabajan es porque se dé instrucción a la mujer, porque se reglamente el divorcio, y porque se reconozca a la mujer como un ser humano y no como una bestia.

(Continuación de "Una "golondrina" de Bécquer")

Una semana después terminé el paisaje, como me fué dado poder, en medio de mi angustia. No había en él ni luz ni vida. Mis manos llevaron, a pesar mío, a la tela, la nostalgia de mi alma.

Concurrí, no obstante, todas las mañanas subsiguientes. ¡La había perdido para siempre! Ni el domicilio tuve la precaución de averiguar. ¿Para qué? Durante un mes, llegaba a la hora de costumbre, me sentaba en el banco en que había visto a Amanda por primera vez, y hacía como que leía un tomo de Guido de Verona, porque en realidad no comprendía nada; mi imaginación estaba constantemente sobre el cuerpo de aquella interesante mujer. No sé qué raros presentimientos alientan la eterna esperanza de los enamorados. Esos presentimientos son el contraveneno de la desesperación. Por mi parte había sorbido una gran dosis de ese contraveneno. Creía adivinar en el probable conflicto interior de mi amada, su regreso, al fin. Confiaba en que "el llamado de la sangre" o lo que fuera le haría saber que yo esperaba en el lugar de nuestro primer embeleso. Pero los días pasaban y mis esperanzas se diluían.

—Es una mujer sacrificada — me decía — la perdono...

Nunca antes, me habían invadido tan extremos sentimientos de bondad. Daba limosnas a cuantos me pedían y a los que no me pedían también. Respetaba a los animales. Si un mosquito se entretenía en sorberme la sangre, prefería que se hartase tranquilamente antes que matarlo. Quizá era porque el dolor nos hace buenos y sacrificados.

Llegó un viernes. Fui al día siguiente, por última vez. Me senté como de costumbre y abrí "Ybelise" en el capítulo en que Verona nos la describe con la belleza notable de su estilo.

Yo continuaba enfermo de amor.

Desde los Rosedales, extendidos al otro lado de la avenida, llegaban brisas perfumadas, incólumes aún a la perturbación de la gasolina carburada.

Unos pasos leves me erizaron la piel. No me atreví a levantar la vista. ¡Tenía que ser ella! El corazón quería escaparse del pecho. La sangre subió a mi cerebro. Las letras del libro se me borraron como por arte de encantamiento. Mis manos temblaron. ¡Tenía que ser ella!

Levanté la vista. ¡Era ella!

Quise gritar como un demente, quise brincar como un chiquillo; quise hacer muchas cosas; sonreír, sollozar, hablar... y nada hice, quedé aturrido.

Amanda estaba pálida, emocionada, a su vez.

—¡Tú! — conseguí expresar, por fin.

—¡Tú! — replicó ella, como el eco.

—Amanda mía. ¡Vuelves!

—¡Vuelvo! He sabido que tú, mi pobre Pablo, venías a este lugar de dolor a esperarme...

—¿Cómo has sabido?

—Pasaba en auto por detrás de los Rosedales. Tú no podías verme. He comprendido que me amas. Te he visto con la cabeza metida entre ambas manos, sufriendo silenciosamente. He sido mala....

—No; eres un ángel...

—He sido mala, sí, porque te martiricé y me martiricé. He sufrido mucho, quizás más que tú.

—Amanda mía, me vuelves a la vida.

—Sí, amor, no desesperarás ya, no desesperaremos. Mis escrúpulos han muerto. Entre tú y mi marido, has ganado tú en mi corazón: Ha ganado la Naturaleza, la Santa Madre. Entonaremos su Himno Sagrado...

—Eres como las Amazonas: hermosa y valiente.

—Soy razonable con los mandamientos de mi alma.

Y sus ojos color llama de "rhum", resplandecieron gozosos, atrevidos, colmados de felicidad.

Nos tomamos de las manos como dos colegiales y echamos a andar...

Tres años duró nuestro amor prohibido. Tres años son mil noventa y cinco días. Hay bastantes para justificar un idilio más o menos interesante.

El mal que la traía antes a Palermo, la llevó más tarde a Suiza. Fué una lucha intensa para ella. Por fin, conseguí convencerla de que su salud y la de nuestra pequeña (el romance corpóreo de nuestros amores, que llevaba el apellido del esposo estéril), exigían la obediencia al consejo del médico. La despedida fué una especie de drama silencioso. Mantuvimos correspondencia casi a vuelta de correo. Luego el entusiasmo epistolar fué enfriándose recíprocamente. La distancia, la vida, el ambiente, son los más ensañados asesinos del amor. En su última carta, fechada en Biarritz, hace ya un año, me hablaba de un "exímio pintor holandés..." Es una carta lacónica, de esas que nos laceran el corazón... en la que presentí la transformación de su espíritu.

—¿Y no te escribió más?

—No. Ni una línea más. Como si se la hubiera tragado la tierra. La busqué en mi último viaje a Europa... y nada más.

—¿Acaso, no habrá muerto?

Iriarte impresionó una mueca amarga y respondió:

—Lo más fácil es que ahora prefiera el paisaje holandés al palermitano. ¡Pobre amor mío!

Mi buen amigo terminó así su relato.

—Nos levantamos y nos fuimos a cenar. La calle Corrientes, poblada de luces y transeúntes parecía un corso interminable, un mercado fantástico.

Margarita Abella Caprile

La insigne autora de "Nieve" y "Perfiles en la Niebla", la sutil poetisa Margarita Abella Caprile se encuentra en París, disfrutando de la absorción espontánea de la nieve parisina, por donde penetra hasta su sensibilidad generosa el gran motivo de su inspiración: la nieve!... ¡Quién no recuerda el éxito triunfal de "Nieve", de la inolvidable Margarita!...

Como poeta tiene Margarita Abella Caprile el mérito indiscutible que en el fondo de sus estrofas se encuentra siempre la sensación de arte y de belleza que aprisiona el alma fragante de las rosas espirituales de su alma: alma buena, superior, enamorada del bien y de la belleza. Cantos delicados, sonoros, llenos de sentimiento exquisito de ternura, de expresión, de exactitud, que es el compendio admirable que infiltra y hechiza la personalidad femenina de Margarita Abella Caprile, la inolvidable poetisa que con su encantadora presencia iluminaba los centros artísticos y sociales de nuestra ciudad... Mucho se la extraña!... Porque en su arte como en su



Margarita Abella Caprile

amistad se descubre siempre la pincelada de hermosa armonía de la cual pende, como un relicario de brillantes, el alma superior de Margarita.

* * *

Como la hoja en medio del remolino de agua,
Sobre ti mismo giras, enloquecidamente,
Sin poderte salvar;
Y en vértigo te hundes y en un vértigo tornas
a flotar.
Te hundes: y comprendes el horror de la hondura;
Flotas: y, apenas gritas tus ansias de remanso,
La corriente impetuosa te vuelve a aprisionar.

Como la hoja en medio del remolino de agua,
Tu corazón da vueltas dentro de su dolor,
Y tu dolor da vueltas entre la muchedumbre
Implorando en silencio un gesto milagroso.
De ternura o de amor.

Sé que nadie comprende, y que vas en procura
Del ruido tumultuoso que anule tu sentir,
Buscando las palabras que esperen tu respuesta
y la sonrisa inútil que obligue a sonreír...

Como la hoja en medio del remolino de agua...
Pero el suave remanso algún día será.
Piensa que sin la sombra, la luz no se vería;
Ten paciencia, quizá,
La alegría se esconde para darte sorpresa
En el dulce momento.
Que vendrá..."

Es ésta una poesía inédita de Margarita Abella Caprile. Es una golosina espiritual que nos ofrece con su gesto sobrio y elocuente de mujer exquisitamente sensible. ¡Qué triunfo en París, nuestra admirada poetisa con sus versos insuperables!...

Pero, que vuelva pronto a su terruño que extraña la encantadora cadencia de sus poetas musitadas cálidamente por su genial autora...

Una infinita, vaga y agri dulce tristeza, provoca en nuestras almas esta recordación.

ADELA GARCIA SALABERRY

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

La hospitalidad

(Continuación)

Sin embargo, las leyes de la hospitalidad nos obligan con ellas a las mismas atenciones y deferencias, sin que por otra parte su título de pariente cercano les dé derecho a entrar en el terreno propio de la señora de la casa.

Respecto al modo de tratar a los huéspedes, una persona de edad o de gran respeto goza en todas partes las mayores deferencias, pero se cuidará de que no aparezca desigualdad en el trato y que ninguna persona se crea humillada en nuestra casa.

Las institutrices

Para realizar con buen éxito su misión de educadora, la mujer necesita una persona de entera confianza que pueda reemplazarla cerca de su hijo en los momentos que haya que atender a otros deberes.

Una persona de la familia, una buena nodriza o una antigua servidora de la casa afecta y cuidadosa, será suficiente mientras el niño es pequeño: después se hace indispensable confiarlos al cuidado de institutrices capaces de dirigir educación.

Nunca como en estos momentos se necesita el cuidado de la madre para evitar al padre los llores y las impertinencias del niño que empieza a andar y a tomar parte más activa en la vida.

A la vista de todo niño mal educado siempre se culpa a la mamá por lo menos de negligencia.

Cuando la nodriza se queda en la casa de "ama seca", ella es la encargada de llevar en el coche al niño de paseo en compañía de la mamá o de la institutriz. Las amas secas visten trajes de moda, no llevan nada en la cabeza y como único distintivo un delantal de merino negro, de grandes caldas y adornados en la parte superior con bieses de terciopelo negro. En cuanto a los trajes de nodrizas y niñeras, no se necesita describirlos.

Se cuidará una mamá de que sus hijas vistan con elegancia, sin lujo, y que posean muñecas, pelotas y los objetos necesarios para el juego y el "sport".

Generalmente se eligen en la primera edad institutrices para niños y niñas. La razón es comprensible, tanto porque los pequeños necesitan múltiples cuidados, además de la instrucción, como porque es más fácil que sea una mujer la que secunde a la madre.

La institutriz, persona de carrera y de educación distinguida, se considera siempre como parte de la familia.

Una institutriz acompaña a la niña al salón y come en mesa aparte de los criados. Cada vez que se le designe se añade la palabra "señorita o señora" a su nombre, y los dueños la tratan siempre con

TRINCHEMOS BIEN

La necesidad de comer, en todos los seres vivientes, por ser de orden fisiológico, constituye una modalidad de la vida.

Los primeros hombres debieron comer horriblemente mal. Desgarrando los animales que con sus toscas e incipientes armas podían matar y engulléndoselos en trozos ensangrentados y sin preparación alguna.

En los oscuros días de Homero, los héroes de su *Iliada* comían brutalmente. En la época de Sócrates y de Platón eran ya seductores y refinadas las comidas.

Comiase con las manos. El cuchillo sólo se usaba por los trinchadores que seccionaban los volátiles, los pescados y las piezas mayores para servirlos a los comensales. El oficio de trinchador era de los que exigían gran tino y saber. Dominarlo equivalía a congratularse con los insaciables señores que hacían del comer su ocupación favorita. No se conocía la cuchara tal como la tenemos ahora. Especie de espátula ligeramente cóncava, servía para las salsas. Verdaderamente la cuchara tomó importancia en los primeros siglos cristianos, porque fué el instrumento litúrgico que el sacerdote adoptó para dar la Eucaristía. El tenedor tampoco entraba en los usos de la mesa. El tenedor empieza a tener aceptación al final del siglo XV.

El Renacimiento, restaura las fiestas que tienen su desarrollo en los comedores. El trinchador reaparece. Vuelve a ser el personaje de más importancia y categoría en la cocina. Animábase los palacios sombríos; canta la poesía; de nuevo el amor enciende los corazones, y a la "acedia" — "tedio" o "pesimismo" — que tanto tiempo conturbó las almas, sucede la alegría explosiva de los nuevos adoradores de Apolo, de Venus y de Baco. Ya se come. Ya se vive.

Sacudamos el polvo del pasado y vengamos a la realidad presente.

Estamos en el primer cuarto del siglo XX. Siglo de caridades y vanidades, pero siglo en que son pocos los que se mueren de hambre. Hablemos de los menesteres culinarios con arreglo a la actualidad. Los banquetes de hoy — tan frecuentes como los de aquellos días esplendorosos de la antigua Roma, — se sirven en los hoteles y en los restaurantes. Las cocinas de estos establecimientos son vastos la-

boratorios de los que salen las viandas, bella y "misteriosamente" sazonadas, y además bautizadas con nombres bonitos, que ya nos "saben bien" leídos en el menú.

En el hotel, el restaurante y en las casas con mozo de comedor, el camarero o el mozo sirven a cada persona, y no hay más que elegir o decir "basta". Pero en las casas de la clase modesta donde, por lo general, no existe más que una fámula "para todo" el señor o la señora se ven obligados a dividir y servir los alimentos. Es ésta una tarea más difícil de lo que parece, y son muchas las manos "pecadoras" que con el cuchillo y el tenedor hacen horrible destrozo de un lindo pedazo de carne o de un ave apetitosa, sirviendo después en los platos filamentos desiguales, o irregulares figuras geométricas.

Y sin embargo, — basta saber que en las aves como el pavo, por ejemplo, se desprenden primero las alas y muslos, asegurándolos con el tenedor o trinchante, y llevando con seguridad el cuchillo, que ha de estar muy afilado, a las articulaciones y que después se cortan longitudinalmente rebanadas de la parte pulposa. Cuando se trata de aves pequeñas, como pollo o perdiz, se hace igual que con las grandes, con la diferencia de que en éstas se sirve todo, pulpas y cuartos, dejando sólo el caparazón. Las carnes se trinchaban en rebanadas a través de las fibras musculares; pero en las piezas que tienen hueso, se hacen también lascas a lo largo, en caso de no poder hacerse el corte transversal.

También en lonjas transversales se corta el jamón, dejando a cada una la grasa que le corresponde. El pescado se cortará separando primeramente la cabeza y haciendo después una incisión en el lomo y otra a cada lado para despegar las masas de la espina central. Esta operación debe hacerse con una pala o llana de plata.

Para servir las raciones se emplea la cuchara o cuchara y tenedor, nunca ayudándole del cuchillo, y no dejando caer las viandas por el borde de la fuente, sino alzándolas de ella. También hay que procurar que ya en los platos individuales las raciones, tengan un aspecto agradable.

Pero estas reglas son para las comidas íntimas o familiares.

Sara INSUA

fórmulas de cortesía y de gran deferencia.

A una institutriz no se le ordena ninguna faena casera, y si por su voluntad presta un pequeño servicio, traer un vaso de agua, etc., se le dan las gracias.

Los padres cuidarán de mantener el prestigio de la institutriz, aprobando en presencia de los criados y los niños todo cuanto ella haga.

Por su parte, la institutriz a de ser sumisa a todas las órdenes de los dueños, por leves que sean, y por ningún concepto mezclarse en asuntos ajenos al cuidado del niño ni tener relaciones familiares con las visitas de la casa. La institutriz sólo entra en el salón acompañando a los niños, y esto en caso de ser llamada.

Su situación suele despertar el odio de los criados, y conviene que, sin familiarizarse con ellos, los trate siempre con dulce deferencia para ganarse su voluntad.

Con los niños que educan han de ser siempre indulgentes, sin tolerar la familiaridad, que perjudicaría el respeto que suelen tenerles.

Los criados

Examinemos ahora las relaciones que una mujer distinguida necesita tener con sus criados.

El asunto no es de poca importancia. "A tal amo, tal criado", se dice vulgarmente, y con ello se indica que el buen ejemplo influye sobre los sirvientes.

En una casa bien montada, la señora se entiende directamente con su primera doncella, que comunica las órdenes a los demás, o con el ama de gobierno. En casas de menos lujo, la señora a de tener más inmediato cuidado de los servidores y necesita saber tratarlos, siempre uniendo la dulzura a la seriedad.

Es regla general de prudencia no recibir en la casa servidor de ninguna clase que no venga bien recomendado y cuyos antecedentes no sean conocidos.

El día que el criado entra en la casa se le entregan los objetos de su uso y aquellos de que haya de dar cuenta. No es la índole de este libro ocuparnos de las condiciones del servicio, sino de las reglas de buen tono que es preciso exigirles.

Un criado acostumbrado a servir ahorra todo el trabajo a la dueña de casa. Se ha de presentar limpio y peinado desde primera hora de la mañana, procurando evitar todo ruido y molestia a sus señores.

El criado no ha de cantar, hablar ni gritar, ni reír a carcajadas. Necesita habilidad para librar a los dueños de compromisos de personas a quienes no deseen recibir, y mostrarse siempre atento y respetuoso con todos.

C. de B.

(Continuará)

Un árbol antiguo que siempre da fruta

Opoiteca, o el Rosario, es uno de los pueblos más antiguos del departamento de Comayagua. Está situado sobre un mineral que ha sido explotado desde los tiempos coloniales; el terreno es árido y pedregoso y las casas están construidas en las faldas de un cerro, casi unas sobre otras, como las de todos los minerales. En el atrio de la iglesia de esta población hay un árbol de nisperos; según se cree fué sembrado en el siglo antepasado, muchos años antes de la independencia de Centro América. Lo más curioso de este árbol es que en todo tiempo tiene frutas maduras, lo que significa que siempre está en flor. En nuestro país es común que los limoneros y los naranjos den azahares al mismo tiempo que dan frutos, pero estos no duran tanto tiempo.

Ni en las "Mil y una Noches" hemos visto el caso de que un árbol tenga frutas siempre y por centenares de años; si en un cuento de hadas se refiriera tal fenómeno, ya comprenderíamos que ella era una fábula. Si contásemos esta historia en Estados Unidos o en Europa, la creerían más fabulosa que un cuento de Aladino, pero es tan cierta como que en Honduras existe el pueblo de El Rosario u Opoiteca.

¿Cuál es la profesión de su marido?

Todos tenemos entendido que en Estados Unidos sólo interesan los negocios. Es el país donde hay mayor número de multimillonarios y donde las cosas se resuelven con dólares.

Rubén Darío llamó a Nueva York la capital del cheque. Sin embargo, parece que la actividad comercial deja lugar a pensar en cosas líricas, en pequeñeces y tonterías como denominan los hombres de negocio a la mujer, el amor y su derivado, el matrimonio.

Recientemente, se ha formado en California una asociación de Mejoramiento del Matrimonio, la que organizó una encuesta para conocer la opinión de la mujer acerca de la profesión del hombre en la que se puede encontrar el mejor marido. El resultado de la encuesta arroja la siguiente clasificación:

10.—La medicina, porque los médicos, por motivos de orden profesional, son insensibles a los encantos de las mujeres ajenas.

20.—La agricultura, porque los agricultores ven en la mujer una especie de diosa Ceres.

40.—Los abogados son poco sinceros.

50.—Los empleados, muy amigos de la rutina.

60.—Los militares son bruscos.

70.—Los ingenieros peligrosos, porque fácilmente construyen otro nido.

80.—Los magistrados siempre quieren imponer la ley.

90.—Los banqueros, los comerciantes, los industriales consideran a la esposa como un tanto por ciento, como una pieza de tela o como un ramo de la industria.

10.—Los literatos y los articulistas

del dibujo o del color, a la presentación estética del producto que se vende y a la proclamación de su excelencia.

En Nueva York no se le pide al arte ningún esfuerzo parecido. Ya se trate de un cigarrillo, un automóvil, un cuello postizo, un reloj, el anuncio es invariable; el más apuesto de los morochos, o la más encantadora de las rubias, según el caso, fuma el cigarro, come el jamón, conduce el automóvil, se abrocha el cuello, pone en hora el reloj. Cuanto más viril sea el morocho, cuanto más agradable la rubia, mejor el jamón, más aromático el cigarrillo. Y a la llamada al sexo acompaña una frase ingeniosa y personal que se dirige al lector sólo en particular, fraternalmente, confidencialmente, en letras de diez metros de altura.

"No se quede solterona, lávese

VEN

(Para FRAY MOCHO)

Ven a mí ya que emanas tal dulzura
que al mirarte mi alma pecadora
ve en tus ojos radiantes de luz pura
la divina promesa de la aurora.

Ven en las horas en que mi alma siente
la lobreguez de los recuerdos idos
que fluyen como espinas en mi mente
vengando los amores esparcidos.

Y serás para mí como una hermana.
Brillarás como un sol en la mañana
cuando veles de noche mis congojas.

Hada y novia serás, floreal divino
de inequívoca misión frente al destino
dando vida a mi amor de secas hojas.

PEDRO LUMALDO.

tas son malos maridos, sin necesidad de demostración.

11.—Casi unánimemente, opinan las damas de la encuesta que los periodistas son candidatos de exclusión para maridos, porque sacrifican la felicidad del hogar a una crónica interesante y son capaces de ahorcar a la esposa para dar la crónica.

El reclamo en Norteamérica

En Alemania, en Francia, en Inglaterra, el arte del reclamo tiende visiblemente hacia las audacias

con pasta los dientes" "¿Está usted cansado? Venga el domingo a..." "¿Va usted a esperar mucho tiempo un automóvil?" "Queremos darle buenos cigarros".

Y sobre kilómetros de empalizadas continúa el dulce llamamiento, el tierno cuestionario que hace creer que el comercio de Nueva York está regido por un coro de ángeles guardianes caritativos.

Puede servir de ejemplo de ese enternecimiento frenético un anuncio sencillo, pero genial, que apareció un día como reclamo de leche seleccionada para bebés, y que decía: "No vendemos leche más que de vacas felices".

Los neoyorkinos se acordaron mucho tiempo de la fecha en que, por increíble que parezca, se rieron sin haber bebido.

Encuadernaciones de piel humana

El célebre historiador Granier de Cassagnac (1806-1880) poseía un ejemplar de la Constitución de la República Francesa de 1793, encuadernado en piel humana. Otro ejemplar de la misma Constitución, igualmente encuadernado en piel humana, está colgado aun hoy día, en la pared del Museo Municipal Carnavalet, de París, sala de la Bastilla, cuarto número 12.

En general han sido los franceses los que más se han dedicado a tan macabro arte.

Drouot vendió en 1872 otro ejemplar de dicha Constitución, encuadernado igualmente en piel humana.

En 1878 un librero de París vendió un ejemplar de "Misterios de París", de Eugenio Sué, que ostentaba un certificado que atestiguaba que la encuadernación estaba hecha con la piel de una mujer, y que había sido elaborada por M. Bataille en 1874.

En 1913 atrajo la atención pública la venta de la biblioteca particular de M. Chéramy, entre cuyos tomos se hallaban dos encuadernados en piel de mujer. Los títulos de dichos libros eran: "Lo bueno que se ha dicho de las mujeres", ejemplar encuadernado en piel de mujer, ante tres testigos que firman; y "Las poesías de Anacreonte", impresas sobre papel chino y encuadernadas con la piel de una negra. Algunas veces se empleaba, para encuadernaciones, la piel de los asesinos ajusticiados.

El gorro, símbolo de libertad

El derecho de andar con la cabeza cubierta era en los tiempos antiguos, señal de ser libre, porque los esclavos llevaban la cabeza descubierta.

Cuando un esclavo recibía la libertad, su último amo le ponía sobre la cabeza un pequeño gorro de paño colorado, llamado pilleus, con lo que quedaba señalado con el nombre de libertinus, inscribiéndose su nombre entre los de las tribus de la ciudad.

Cuando Saturnino tomó posesión del Capitolio, 263 años antes de Jesucristo, elevó un gorro en la punta de su lanza, para indicar que todos los esclavos que se le unieran quedarían libres.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 420, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	
Año . . . 9.00	Año . . . 11.00	Semestre . . . 4.00
N.º suelto . . . 30 cts.	N.º suelto . . . 35 cts.	Año . . . 9.00
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico " "	6.—	3.—
Tapas vacías " " grande " "	9.—	2.—
" " " chico " "	6.—	1.50

Conocimientos útiles ::

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Tiza verde. — Se mezclan bien 8 partes de blanco de España pulverizado y 2 partes de tierra pipas también pulverizada, y se añade por último una parte de verde de Brunswick y cantidad suficiente de agua para que con el todo (después de amasado y mezclado) se puedan formar bolas que tengan consistencia, pero sin que la masa se haga una pasta. Se deja secar ésta un poco y cuando parezca que tiene buena consistencia para moldearla, lo cual requiere cierta práctica, se echa en los moldes de forma conveniente, o por lo menos se disponen las cosas de manera que se pueda hacer presión sobre la mezcla.

Para sacar un insecto vivo del oído. — Lo mejor es entrar en un cuarto oscuro y colocar cerca del oído una lámpara encendida o una vela; la luz atraerá el animalillo y librará al paciente de su molesto huésped.

El papel-tela que se usa para planos y calcos, puede prepararse fácilmente en casa, del siguiente modo:

Se ponen a cocer 10 partes, en peso, de aceite de linaza hervido y blanqueado, media parte de recortaduras de plomo, dos partes y media de óxido de zinc y una cuarta parte de trementina de Venecia.

Filtrase la preparación y se disuelven en ella dos partes y media de goma copal blanca. Retírase del fuego, y cuando empieza a enfriarse, se añade cantidad suficiente de trementina purificada, para darle buena consistencia. En seguida se coge la tela, que debe ser muy fina, se moja en benzol, y luego, después de extenderla, se la da una mano del preparado antedicho, cuidando de repartirlo por igual.

Imitación del coral. — Cuando en un collar o en un pendiente de coral se rompe algún pedacito, puede substituirse mediante una pequeña superchería. Se toman seis gramos de bermellón y 30 de resina, se funden juntas estas dos sustancias y, estando la mezcla todavía caliente, se extiende sobre un pedazo de ramita de árbol seca, descortezada y cortada en la forma conveniente. El trocito de madera así revestido se expone al fuego dándole vueltas para que la superficie de la pasta se reparta bien por igual y quede bien lisa.

Para teñir las bujías basta sumergirlas en una solución preparada con 40 gramos de goma laca, un litro de alcohol y una cantidad suficiente del color de anilina que más guste. Este color debe ser soluble en alcohol.

Toldos y cubiertas impermeables. En 30 partes de agua, 1 de azúcar de plomo y luego se mezclan ambas soluciones.

Cuando se posa el precipitado se trasiega el fluido claro, y se echan los tejidos hasta que queden bien empapados. Al cabo de cuatro horas se sacan, se escurren y se po-

TRASFUSION

Muy pronto he de ausentarme. Muy pronto, amigos, para mí serán otras las lunas blancas que inspiraron mis sueños y serenatas, las tardes frescas y arreboladas que encantaron mis pasos recreativos por estas calles y aquella playa, las horas lentas de la mañana que abrocharon mis versos sonambulescos con luces albas, las brisas olorosas cuyo lenguaje me enteró del tesoro de la montaña.

Muy pronto, amigos, para mí serán otros y en otra estancia los amores sentidos y los afectos y las palabras;

otros los actos, otros los besos y otros los cantos para la amada y otro aprecio para los propios y otro el tesoro de la montaña.

Si siempre se fué libre bajo del yugo las noches y las tardes y las mañanas, ¿no es, ah, del hombre bueno, yugo imponerse sobre las libertades y las desgracias? Para seguir mostrando su fortaleza con todo amor y toda clase de casta, ¿no es del hombre severo dar a las leyes el criterio divino de la templanza?

Cuando un alma se aleja ya para siempre por sí misma buscando la marejada, ¿no es del hombre que quiere sin las bajezas, buscar otra alma?

Ya por rencor, privado del caro fruto que es carne de la propia carne sin mancha, ¿no es del hombre fecundo darle lo mismo y por Dios madurarse con otra entraña? Por renovar la dicha que se hizo trunca a poco de iniciarse la gran jornada,

¿no es del hombre poeta doblar su sueño con otro amor que triunfe de la ignorancia? Mientras amen y sueñen con las más puras de las grandes virtudes mujeres santas, ¿no es del hombre optimista creer en una capaz de perpetuarse con toda Gracia? Logrando ser semilla se es para todos los terrenos propicios a la bonanza!

Sabiendo ser potencia se es para el mundo si no móvil que impulsa, fragua que fragua! Con ser un Don de Dones se es a cada una, como el aire, dispuesto para cada ala! Siendo múltiple y sano se es por la vida llama en la misma nieve, nieve en la llama! Siendo instrumento y canto se es como el pólén que lo atrae la rosa y el viento lo alza...! Siendo un vidente alegre se es como el surco que admite solo el beso puro del agua...! Por eso mis encantos van a ser nuevos; por eso, mis amores, otros mañana,

otros los cantos para la amada, otro el tesoro de la montaña!

Debo cumplir el Signo que el Padre impuso a todo hombre que lleva su luz sagrada; debo plantar en medio de la existencia la bandera que luce su Sol de gracias; debo hacer que ese Signo, de hoy más opere su trasfusión divina de alma y más alma!

Muy pronto, amigos, ha de alternar mi loca vida romántica. Será lo que Dios quiere, lo que yo quiero: Realidad pesada: ¡el propio plomo de mis palabras!

ALBERTO G. OCAMPO

nen a secar al aire o en sitio caldeado. Una vez más se cepillan y se planchan.

El olor llamado "piel de Rusia", se les da a las pieles sencillamente con aceite de abedul.

Tinte negro para las cámaras oscuras. — Se hacen dos disoluciones. la solución A: que se compone de: cloruro de cobre, 75 gramos; clorato potásico 65; agua, 860. La solución B: elorhidrato de anilina, 150; agua, 850. Aplicar con un pincel una capa de la solución A y antes de que esté completamente seca se da la segunda solución; al día siguiente, se lava con agua en abundancia; luego dar otras dos capas, lavar, y así tres o cuatro veces. Por último, con una muñeca se da aceite de lino, frotando enérgicamente. Antes de dar el aceite, la madera queda de un color negro verdoso, tomando después el color negro mate.

Para pegar porcelana se echa una cucharadita de azúcar de buena calidad en suficiente cantidad de agua hirviendo para disolverla por completo, y una vez fría, se añade la clara de un huevo y se bate bien la mezcla con un tenedor. Entonces se calienta los bordes de las piezas rotas de porcelana, se aplica al cemento y se unen las partes conservándolas bien unidas por medio de cuerdas durante doce horas.

Barniz para muebles. — En treinta y dos partes de alcohol se disuelven cuatro partes de goma laca en hojuelas. Por otra parte, se disuelve igual cantidad de aceite de linaza hervido en diez y seis partes de trementina, y se mezclan ambas disoluciones poco a poco sin dejar de agitar la mezcla. Por último, se agregan cuatro partes de amoníaco líquido, y se agita bien todo a fin de obtener un conjunto perfectamente homogéneo.

El extracto de las cáscaras verdes de las nueces es sensible a la acción de la luz. Si se sumerge una hoja de papel en este extracto y se expone en una cámara oscura, el color no cambia más que en los puntos alcanzados por la luz, los cuales se oscurecen como si se tratase de una preparación a base de nitrato de plata.

Para fijar la imagen basta, después de la exposición, sumergirla durante algunos minutos en amoníaco diluido en 200 partes de agua. Así se obtiene una imagen de tono pardo intenso.



Rómulo Dalton había llegado puntual a la salida de las empleadas, del gran taller de bordados de la calle Cerrito. Consuetudinariamente, hacía un año que llegaba a la misma hora, para esperar a su novia que trabajaba en el taller. Ese día, Dalton no tuvo suerte, habían salido ya todas, y en vano esperó a Nelly Strine, su novia. Tenía, sin embargo, la seguridad que había ido al trabajo. ¿Qué habría sucedido?

Después de esperar impacientemente, una hora, se decidió a preguntar al encargado del taller.

—¿Adentro quedó alguna muchacha?

No, señor, las máquinas se han parado ya todas y el taller está a oscuras.

—¿No ha visto Vd. a Nelly Strine? Es una chica que trabaja en la sección plegados.

—Sí señor, la conozco, pero debe haber salido ya; adentro no está.

Ya Rómulo se retiraba del taller, después de agradecer al encargado, cuando entró una señora anciana, que jadeante e impaciente, preguntó a Dalton, tomándolo por un empleado:

—Dígame, joven, ¿Vd. sabe?...?

—No soy de la casa, señora. Allí le informarán.

Rómulo, conoció en seguida a la señora. Era la madre de su novia. La señora ignoraba que su hija tuviera relaciones.

El encargado contestó a la señora:

—Señora, hoy he visto a la señorita Nelly, pero ella ahora no está aquí. Lo mismo le estaba diciendo al joven... y señaló a Rómulo.

La señora asombrada, miró a Dalton.

—¿Usted conoce a mi hija?

—Sí, señora... — y diciendo esto el joven invitó a la anciana a salir a la calle para explicarle; luego prosiguió:

—Usted, señora, sabrá disculparme...

La madre de Nelly, no salía de su asombro. — ¡Por fin preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que Vd. conoce a mi hija?

—Un año aproximadamente... — respondió él un poco cohibido.

En ese instante salió el encargado del establecimiento y dirigiéndose a la señora, la dijo:

—Señora, la señorita Nelly, no se sentía bien y se retiró temprano a su casa.

—¡No es verdad!... porque si precisamente vine en su busca, ha sido porque no llegó a casa, a la hora acostumbrada, — aseguró la desconsolada madre.

—Yo también sostengo que es imposible. — afirmó Rómulo.

El encargado quedó confuso.

—Lo único que puedo asegurarles a ustedes es que la señorita Nelly, no está aquí, y que a estas horas se hallará en su casa.

El joven, sin perder tiempo, invitó a la madre de Nelly a subir en un automóvil, para llegar con la mayor prontitud al domicilio de su novia y comprobar si efectivamente estaba allí. Cuando la señora y Rómulo entraron en la habitación, encontraron a Nelly llorando amargamente. La muchacha al ver a su madre y a su novio juntos, ahogó lo que pudo el llanto y se echó en brazos de su madre.

—¿Cómo, mamá! ¿Tú conocías a Rómulo?

Rómulo se apresuró a contestar:

—No, Nelly; pero al igual que yo, tu mamá fué a inquirir noticias tuyas en el taller.

—¿Qué te ha pasado, hija mía?

Una hazaña cobarde

Por Alfredo Arjé

Nelly, rehaciéndose por un supremo esfuerzo de su voluntad, dijo, dirigiéndose a Rómulo:

—Rómulo, ya lo sabrás, vete ahora, déjame con mi madre.

—Sí, joven, déjeme sola con mi hija, ya después lo sabrá usted; deje que primero desahogue conmigo la pena que la martiriza.

Rómulo saludó y salió de la habitación, prometiendo valver a la noche. Cuando la puerta quedó cerrada, Nelly, se arrojó en los brazos de su madre:

—¡Mamá, he sido víctima de un ultraje!

contró tendida sobre un sofá del escritorio de don Andrés, y éste estaba solícito a su lado ofreciéndole cuanto necesitara y ella, sólo atinó a huir presa de una angustia loca, infinita...

Ahora, Nelly, avergonzada, no osaba levantar la cabeza ni ante su madre. La joven, maldecía mil veces, al lobo de su patrón, que la había hecho tan desgraciada, por el resto de su vida.

—¡Rómulo, mío! ¡Qué dirá, cuando se entere! — Era toda su preocupación. La ruptura de sus rela-

EL MODELO

En el agua miróse cierto día una mona ignorante y vanidosa. Al punto se creyó la más hermosa e inteligente que en la selva había.

—Quien no se me parece — ella decía — es una criatura defectuosa. En esto, una calandria, fervorosa esparce al viento dulce melodía.

—¡Tírame frutas! ¡No delires tanto! en su despecho, con la voz chillona, exclama el mico, riéndose del canto.

Las alas desplegando hacia otra zona, contesta el ave, digna en su quebranto: —¿Pretendes que también yo sea mona?

JORGE F. SERGI.

—¡Eh?... ¿Qué dices? ¿Quién... quién...?

—Andrés, mamá...

—¿El patrón del taller?

—Sí, mamá... — y Nelly, seguía llorando — ¡Ha sido un miserable!

La madre, sintió su garganta cerrada por una infinita angustia. Más de una vez, Nelly no había ocultado a su madre que don Andrés, el dueño del taller donde trabajaba, la había requerido de amores. Nelly lo despreciaba, y había confesado que jamás accedería a las propuestas del patrón. Poco a poco, la joven fué contando a su madre, todos los detalles de la forma salvaje en que Andrés había procedido para cometer su cobarde hazaña, y toda la fría y perversa maldad que había puesto en juego para el logro de sus propósitos. Ese día, en un breve descanso, en el que fué a tomar agua, no encontró el vaso que estaba allí, como de costumbre y tuvo que pedirselo al encargado del establecimiento, quien, en forma gentil, evitó que Nelly se sirviera, ofreciéndose a llenarle el vaso; la muchacha no se opuso, creyendo que era un acto de galantería. Una vez que Nelly hubo bebido e agua, un extraño estupor se apoderó de ella, hasta que cayó desvanecida, sin sentido. Cuando despertó, se en-

clonó con el hombre que tanto quería, la destrozaba.

Rómulo Dalton, lo había oído todo. Cuando se despidió de su novia y de la madre, no hizo sino un simulacro, porque volvió sobre sus pasos y quedó pegado a la puerta, ansioso de oír. El joven, pues, ya no necesitaba explicaciones de su novia. De todo estaba enterado y todo lo creía. El, que quería tanto a Nelly, tenía que cobrarse a su precio el acto infame de que había sido objeto su novia. Al otro día, de mañana, Rómulo Dalton, entró al taller por la puerta particular que daba sobre la otra calle, por la misma puerta que había salido Nelly, sin que su novio la viera. Nadie lo molestó y él llegó hasta el escritorio. Don Andrés estaba escribiendo en su mesa, y, ante la aparición brusca de Rómulo, levantó la cabeza.

—¿Con qué derecho, señor, entra hasta aquí sin aviso? — dijo de mal talante.

—¿Con qué derecho, señor, cometió el acto más salvaje con la señorita Nelly?...

Al oír esto, Andrés se puso de pie rápidamente.

—¿Quién es Vd.?

Una violenta bofetada fué la respuesta de Rómulo.

Andrés, prestamente, desnudó su revolver.

Rómulo, viéndose amenazado, y enneguecido ya, saltó sobre el patrón y le desvió el arma en el preciso instante que Andrés apretaba el gatillo. El disparo del revolver, fué sordo, y nadie lo oyó. Andrés, con el arma empuñada, cayó en medio de un charco de sangre. Rómulo, aterrado, desapareció por donde había entrado sin que nadie lo notara. Subió en un automóvil, y se hizo conducir a casa de su novia. Nelly y su madre, se extrañaron de ver a Rómulo, entrando con actitud extraviada y tan tarde, ya que había prometido ir aquella misma noche. En seguida el joven explicó todo. Ahora era él quien lloraba y pedía a Nelly que lo perdonara, ya que todo pasó contra su voluntad.

Nelly, le juró que igual lo amaba, mucho más, puesto que había dado esa dolorosa y terrible prueba de su amor.

Ese día, los diarios de la tarde, se ocuparon ampliamente de un extraño suceso. Uno de ellos comentaba la noticia así:

"Esta mañana fué hallado muerto en su despacho el señor Andrés Spill, conocido comerciante de la plaza. En la mano derecha tenía empuñado el revolver, lo que hace presumir que la víctima se suicidó, a pesar de no encontrarse ningún documento que justifique tal hipótesis. La policía está empeñada en el esclarecimiento del hecho; se supone que ha sido originado por alguna contrariedad amorosa, ya que se descarta el rumor, de que pueda ser por causas del negocio, por la buena marcha del mismo, en la actualidad."

Esta hipótesis, redimía con justicia, a los jóvenes Nelly y Rómulo, que se juraron un amor eterno, sin que ese execrable y malhadado episodio turbara para nada la felicidad del futuro.

Anuario de 1928 del diario "La Razón"

Nuestro estimado colega el prestigioso rotativo "La Razón", acaba de editar su acostumbrado anuario.

Desde la portada, una tricromía interesantísima que representa una fantasía simbólica y sintética hasta la última página, su contenido útil señala el esfuerzo eficaz realizado por el difundido diario de la tarde.

Resumen elocuente de la vida metropolitana y del interior, hecho con ilustraciones y selección de material gráfico y de lectura; panoramas bellos que muestran nuestra grandeza rural, y fotos de los progresos alcanzados en los ramos de obras públicas y agricultura. Estadísticas, informaciones de interés general, relatos concisos, juicios ecuanímenes y atinadas predicciones registran sus hojas.

Notas históricas, como la de la revolución del 10. de Diciembre y la muerte de Dorrego, anales de Bellas Artes, de navegación y automovilismo, mereciendo especial mención todas y cada una de ellas por la elegancia de su presentación y la perfección con que han sido escritas.

El Anuario, de "La Razón" es un libro vasto, asesor, útil, que no puede faltar en el escritorio de un hombre de mundo ni en el lugar escogido de una buena biblioteca.

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

TEATRO DE EQUILIBRISTAS

Es un hecho, conocido de todos nosotros, que si ponemos una aguja en pie sobre un plato y colocamos un imán a cierta distancia de su extremo superior, variable con la fuerza del imán, podremos soltar la aguja sin miedo a que caiga, por efecto de la influencia magnética que se ejerce a distancia. Además estará animada de cierto temblor o balance, que utilizaremos para un juguete fácil de construir.

Recortemos en un cartón o en un calendario viejo de pared, la portada de un teatro, en el cual abriremos una embocadura rectangular; el fondo del teatro estará formado por otro cartón del mismo tamaño y forma, unido al primero por medio de tapones de corcho sujetos con alfileres. En la espalda de la fa-



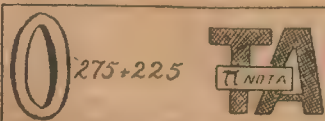
chada y en la parte superior fijamos un imán, invisible para los espectadores...

Debajo de este imán colóquese un hilo de alambre, sobre el cual se pondrá la punta de una aguja de coser. La altura del alambre debe ser calculada por tanteos para que el imán no atraiga la aguja y si esté suficientemente próximo para mantenerla perpendicular a éste. Determinada ya la altura del hilo, recórtese de un papel fuerte un muñeco cualquiera que represente, por ejemplo, un acróbata bailando en la cuerda floja, con una pierna levantada; procúrese que tenga exactamente igual altura que la aguja detrás del muñeco, correspondiendo la punta al pie sobre que baila.

Colocadle después sobre el alambre, debajo de una de las extremidades del imán, y se mantendrá derecho, no sin dejar de temblar, remedando con mucha propiedad, el movimiento de los equilibristas al hacer ejercicios. Como el imán tiene dos ramas, podéis colocar dos muñecos.

Un alambrito y dos trozos de hilo bastarán para construir un trapecio, y colocando en él los muñecos, se mecérán sin caerse por mantenerse la extremidad de la aguja siempre casi a igual distancia del imán, y de este modo tiene más atractivos el juguete.

No. 1 — COMPRIMIDO (POR J. FERNANDEZ)



No. 2 — CASI CHARADAS

Primera segunda nada
mi todo en esta charada.

Del caudaloso todo a la ribera
cantaba un día Juan la dos pri-
(mera).

El dos tres de una Marcial
comi una buena total.

En segunda de primera
Van mil todos por la acera.

No. 3 — DIMENSION

M NOTA

No. 4 — COMBINACION

- 1234 — En geología.
- 4132 — En geometría.
- 3214 — Nombre de mujer.
- 3412 — Adjetivo.
- 3124 — Enfermedad de las aves de rapiña.
- 2134 — Cetáceo.

No. 5 — JEROGLIFICO



No. 6 — COMPRIMIDO

Notas A

No. 7 — TAL PARA CUAL

7 DETIENE 1
500 500
CO NOTA NOTA

No. 8 — MAL PAGADOR

ALISO

No. 9 — CHARADA

Mientras voy a segunda
prima, cuarta prima, terci-
esa caja y mira a ver lo qué
te gusta de ella.

—¿Pero es para mí?

—Todo no; son regalos pa-
ra mis todo.

No. 10 — JEROGLIFICO



No. 11 — COMPRIMIDO

Letra Nota R
Letra

No. 12 — CHARADA

Mi primera es inflamable
que está pasando de moda,
segunda tres, hace falta
para muchísimas cosas,
incluso para llegar
a estar en posición cómoda:
y el todo es pueblo de Francia
del que se habla mucho en broma.

No. 13 — TARJETA

Con las letras que componen esta tar-
jeta, formar el nombre de un escultor.

Ramira Ubilen

LEON

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- No. 54 — Tocar los resultados.
- " 55 — Naturalista.
- " 56 — Sinónimo.
- " 57 — Ni una palabra más.
- " 58 — Alano.
- " 59 — Candorosa.
- " 60 — Intermediarios.
- " 61 — Estereotipo.
- " 62 — Armatoste.
- " 63 — Se relaciona con
cierto sujeto que me
escama.
- " 64 — Cosacos.
- " 65 — Marcelino.

PENSAMIENTOS

La urbanidad consiste en parecer que uno se olvida de sí mismo para dedicarse a los demás; en muchas personas es una mueca social desmentida luego que asoma el interés contrariado, convirtiéndose, entonces, el grande y el noble en vil y bajo. Pero la verdadera cortesanía implica un pensamiento cristiano; es como una hermana de la caridad, que se olvida realmente de sí misma para consagrarse a todos. — Balzac.

La melancolía es el placer de estar triste. — Hugo.

Todo cuanto hay en el hombre grande, puro y santo, dónde tiene su origen? En el dolor. Examinemos bien todo lo que nos interesa, nos admira, nos entusiasma, y hallaremos en el fondo algún grande dolor como su raíz necesaria. — C. Arenal.

Que nunca tengas que decir: "No pensé que pudiera suceder." — Séneca.

La prudencia es la que dirige las virtudes. — Santo Tomás.

Es preciso vivir y obrar con juicio. — Zoroastro.

“¿Habló la esfinge”, por José Poch Noguer. — Editorial Maucchi. — Barcelona.

La ciencia metapsíquica ha entrado ya en el campo de los conocimientos racionales, despojada de los ropajes más o menos fantásticos con que se complacían en adornarla ignorantes y malintencionados. Sin embargo, flota todavía el misterio en algunas de las manifestaciones que la integran, y esta neblina parece intensificarse convirtiendo en inexplorable mucho de lo que está en condiciones de ser comprendido a la clara luz de la inteligencia y la razón.

La esfinge con que se simboliza lo maravilloso que integraba hasta hace pocos años todo el llamado Ocultismo, ha manifestado una gran parte de su secreto y permite vislumbrar el resto. Ya no se reducen los estudios serios y concienzudos a una colección de fenómenos y casos incomprensibles aunque ciertos, ni a prácticas empíricas sin base ni fundamento. Lo prodigioso ha sido anulado, lo maravilloso queda reducido a muy limitados términos, y en su lugar surge un sistema racional que da la clara explicación de muchísimos fenómenos que hasta hoy se negaban sistemáticamente por el único motivo de su rareza. Lo insólito no es incompatible con lo verídico, y tiene satisfactoria explicación.

Este es el objeto de la nueva obra de Poch Noguer, llamada a suscitar polémicas, porque sin vacilaciones ni pararse en atenuar a quienes las sintieron, pone las cosas en su verdadero punto, combatiendo prejuicios y llegando a conclusiones que no por ser atrevidas dejan de llevar un convencimiento, acogiendo precisamente a recursos de los impugnadores.

Por la novedad de las ideas y lo original de los argumentos, está llamado este libro a difundirse entre los aficionados a este linaje de estudios que con tantos lectores cuentan, dada la afición innata a conocer los misterios de cuanto tiene aspecto insólito y se resiste a una fácil explicación por contradecir el proceso corriente de los hechos y las cosas.

“Fibras”, por Damián Norberto Comte.

Una ligera melancolía es la característica de este libro de versos.

La mayoría de los poemas de “Fibras”, de que es autor el joven poeta Damián Norberto Comte, son breves; se ve que le place mucho la síntesis, aunque a veces, este procedimiento no sea muy recomendable pues, entendemos, que el escribir en esta forma, demanda un trabajo impropio: esencia emocional y naturalidad deben ir hermanados, indefectiblemente, si no quiere ver malograda, el artista, la realización de sus poesías. Decimos esto, no para restar méritos a su obra, que los tiene, sino para precisar el concepto que nos merece esta manera de expresarse.

El autor de “Fibras”, trabaja sus estrofas con gran sinceridad y entusiasmo, transmitiendo al lector la emoción que le embarga. De ahí que cante a los ojos de su madre y a las caricias de las novias, al huerfanito, a su calle. Otras veces,

ensalza al maestro del aula infantil y la aviación, y que es, para él, como “el alma del mundo sedienta de sol”.

Este es su primer libro, el cual no está exento de cierta influencia de algunos de nuestros mejores poetas. En otro libro suyo, no le será difícil llegue a ser más personal, y su técnica del verso, esté más a tono con el asunto que le sirva de inspiración; pues, no le faltan condiciones.

po antes mencionado, — vienen a ser como una historia del movimiento artístico de Buenos Aires. Aparte de este mérito, está el de quien la ejerce. Y en este caso, merece destacarse la del crítico, señor Maglione. A pesar de que sus comentarios los realiza a vuelo pluma — pues son destinados para el diario en que trabaja, — nunca se aparta de estos tres postulados inherentes a la buena crítica, y que él los hace suyos. 1o. Despertar el interés

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA
Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico “Santa Lucía”
DE 2 A 4 1/2
PARAGUAY, 1615
U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
U. T. Chacarita 2612

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano
De 14 a 18 SAENZ PESA 216
U. T. 33, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
Matrón, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

Merecen citarse las composiciones tituladas: “Huerfanito”, “Justicia para el amor”, “Mi calle”, “Cuando silencien las horas”, “Vicente Bove” y algunas más.

“Críticas” (Pintura y Escultura), por Eduardo Eiris Maglione. — Librería “El Ateneo”. — 1927.

Para mejor comprensión de lo que vamos a comentar, transcribamos algunos párrafos pertinentes a la introducción del libro: “Críticas” de Eduardo Eiris Maglione. “He decidido reunir algunos de mis comentarios sobre exposiciones de pintura y escultura, realizadas durante los años 1925, 1926 y 1927.”. Lo cual ha hecho muy bien; pues estas clases de trabajos siempre son de utilidad coleccionarlos, por ser ellos de interés informativo para los aficionados o artistas que nos sigan. Estas crónicas, que a veces son eruditas críticas sobre artistas nuestros o extranjeros que nos han visitado — en el período de tiem-

del público para que concurra a las exposiciones; 2a. Exponer ideas estéticas y señalar las obras buenas, para educar el gusto del mismo y 3a. aconsejar al artista, hacerle ver los errores en que ha incurrido, o en caso contrario, celebrar sus aciertos. Estos conceptos de la alta crítica, el crítico señor Maglione los llena en todas sus partes.

Las trece notas-críticas que el autor aborda, se hallan escritas con gran cariño y un espíritu ecuaníme; sus conclusiones son interesantes y su juicio sereno. En cuanto a la forma de expedirse, emplea mucha sobriedad en los epítetos; procura hacerse entender. Sus ideas las expone concretamente; no abusa de palabreríos o vana literatura de ocasión. A medida que avanzamos en su lectura, el interés es creciente; son críticas que se dejan leer.

Por estas cualidades que señalamos, y por otras cosas más que se desprenden de las mismas, “Críticas” (Pintura y Escultura), del señor Eduardo Eiris Maglione, es un libro que perfila a su autor como un crítico reflexivo, orientador, sano.

José Mauricio PEIXOTO.

“La vida del blanco en la tierra del negro”, por Michel Tican. — Editorial Lux. — Barcelona.

En esta interesante obra, editada con esmero y nutrida de curiosas ilustraciones, expone el intrépido viajero Michel Tican los emocionantes relatos de su reciente expedición al África occidental y central. De estas regiones, conocidas apenas del lector europeo, nos revela el autor en el relato de sus arriesgadas correrías y aventuras, la característica de aquellas razas, las maravillas de antiquísimas civilizaciones, las costumbres de aquellos pueblos, rehacios aún a la penetración del progreso, y todo ello con un lenguaje claro y lleno de evocación, por ser transcripción sincera de las impresiones y escenas vividas por el autor en un ambiente tan saturado de emociones y peligros para el visitante.

Desfilan ante el lector luminosas y amenas descripciones de las cárceles de fieras, la vida de los blancos entre los negros, la antropofagia de algunas tribus, la selva con sus peligros y sus misterios, etc.

Esta obra, que forma dos volúmenes en cuarto, contiene profusión de fotografías obtenidas directamente por el autor con el permiso y apoyo de las autoridades de los países que ha visitado.

Es, en suma, una obra de agradable lectura, que deleita y enseña, y por su interés justifica el éxito de librería que ha constituido su aparición.

“La vejez de Sarmiento”, por Aníbal Ponce.

Si hay una cosa que es respetable sobre todas las cosas, esa es ciertamente la vejez. Ninguna como ella ofrece tantos méritos a nuestra consideración. Y esos méritos aumentan de grado, si se trata de la vejez de los próceres doblemente respetable por próceres y por viejos. Es así como lo entiende el Sr. Aníbal Ponce cuando dice: “Se interesaba por cada uno, alentaba los comienzos, aplaudía los primeros libros, los señalaba después como un ejemplo. Cada manifestación intelectual, por humilde que fuera, tenía en él al espectador clarividente que sospecha en el trabajo actual la promesa de triunfos venideros... etcétera”. Y más adelante: “De esa manera, aplaudiendo a unos, corrigiendo a otros, alentando a todos, Sarmiento había conquistado lo que hay tal vez de más sincero en el mundo: la admiración y el respeto de los jóvenes”.

Y es el caso, señores, que el señor Aníbal Ponce le ha faltado a Sarmiento al respeto debido, al pretender aprisionar en los límites de un libro, la figura dos veces respetable del ilustre patricio.

Creemos, sin embargo, que el señor Aníbal Ponce posee indiscutibles condiciones para biógrafo. Nos lleva a ese convencimiento, el laudable empeño que advertimos en él, de espigar en todas las fuentes informativas. Pero, eso sí, creemos que la figura, objeto de su estudio, le ha quedado al señor Ponce un tanto grande. Parece como si Sarmiento, a pesar de su vejez, hiciera esfuerzos titánicos para escaparse de su libro.

No debe desalentarse por ello el señor Ponce; debe continuar cultivando su huerto aunque tenga para ello que abonar mucho la tierra. Es seguro que cosechará.

"EN LA COMEDIA ESTA LA FIJA" FUE APLAUDIDA

La nueva revista dada a conocer con el título del epigrafe por la compañía que dirigen en la Comedia los Sres. Bertelli García y Guillermo Cayol, autores de la misma en colaboración con F. Dorán, acusa sino novedades o innovaciones en el género, por lo menos una mayor atención en su desarrollo técnico, que tiene su importancia a los efectos del éxito. Esta nueva producción ha sido clasificada de revista elegante, alegre, movida, bulliciosa y sin pretensiones, cómico-lírico-bailable, en prosa y en verso, con música seleccionada de los mejores compositores mundiales, y está constituida de 15 cuadros. La larga enumeración de adjetivos sólo en parte consueña con lo que la revista es.

Así, lo de elegante puede adjudicarse a uno que otro cuadro y lo de alegre a lo mismo. En cambio, sí puede afirmarse que es bulliciosa por donde se la mire.

"En la comedia está la fija" es una sucesión rápida de cuadros desiguales en valor teatral y más desiguales aún en punto a ingenio. Al lado de un "sketch" agradable, gracioso, como el titulado "Una idea macanuda", se encuentra un monólogo sin sabor como el que está a cargo del actor Morales, artista que en vano lucha por imponerlo.

Lo que mejor acogida tuvo fué la parte bailable, que es en realidad lo que acusa mayores quilates en esta revista. Hay en el elenco una figura coreográfica interesante, que asegura el éxito de los cuadros en que el artista interviene. Queremos referirnos al bailarín Pitcher, director coreográfico, que además de su actuación personal, es a quien se debe el ajuste de los números bailables, presentados todos discretamente.

Lucy Clory, Mary Lamas, Alicia Vignali y Pilar Velázquez, son figuras destacadas de la compañía y, sobre todo la primera, da fe de buena voluntad con que trabaja y defiende el cartel de la temporada veraniega de la Comedia, a la que apoya un público numeroso y relativamente entusiasta... los días frescos que nos depara este verano caprichoso y arbitrario.

EL ELENCO DE RUGERO

Por primera vez va a funcionar este año en una sala central un elenco de género chico cuya principal figura es el conocido actor cómico Marcelo Ruggero, quien ha sido hasta ahora elemento integrante de compañías encabezadas por otro artista. Ruggero actuará en el Smart, cultivando sainetes, habiendo quedado definitivamente constituido su elenco con los siguientes artistas:

Actrices. — Lea Conti, Amalia Senisterra, Libertad Lamarque, Totó Billy, Cristina Díaz, Viviana Díaz, Sara Prosperí, Rosa Damel, Stella Ballerini, Cora Firtuoso, Ana Oliveira, Gloria Nelson y María Guerra.

Actores. — Marcelo Ruggero, Juan Bono, Mario Livio Fernández, Raimundo Pastore, Carlos Enríquez, Héctor Bonatti, Adolfo Calcagno, Bebé Sánchez, Sánchez Ortega, Enrique Balza y Angel Mar-co.

Está resuelto que la temporada se inicie en la primera semana de

TEATROS

marzo, ignorándose aún qué obras formarán el cartel del espectáculo inaugural.

OBRA PARA CASAUX

Los aplaudidos autores Sres. Rogelio Cordone y Carlos Goicoechea, que cuentan en su haber de comediógrafos con numerosos éxitos cómicos, han leído a Roberto Casaux una pieza en un acto, que ha pasado a aumentar el número de obras con que ya cuenta el distinguido comediante para su temporada de género chico en el Nuevo. La pieza de Cordone y Goicoechea ha gustado francamente.

DEMOSTRACION

El viernes último se llevó a cabo el banquete con que las sociedades de autores, actores y empresarios despidieron a don Joaquín de Vedia, con motivo de su próximo viaje a Europa, para donde se marcha a ocupar un puesto en la legación argentina en París.

El reputado crítico, uno de los más autorizados hombres de teatro cuyas actividades cerca de la escena nacional se remontan a quince años atrás, recibió el cálido homenaje y la más efusiva demostración de afecto de las gentes de teatro, entre quienes ha gozado siempre de particular estimación.

Si bien don Joaquín había dejado de dirigir compañías, su ausencia será siempre sentida en la legión farandulera, los centros periodísticos y sus innumerables amigos.

MAS REVISTAS GALANTES

La clasificación de galantes con que se estrenaron las dos revistas que integraron el cartel del Smart, la noche del debut, va a tener pronta difusión. En el teatro, cuando una cosa pega se multiplican los émulos. Ahora se va a intentar otra temporada veraniega en el Ateneo, a pocos días del naufragio de Panchito Aranaz y compañía. El esforzado, intrépido y arrollador director es Enrique Rando, quien hizo una temporada en el Porteño hace poco tiempo. Serán cómplices de Rando en la intentona las tiples Rosario Chinchilla, Esther Parodi, Elvira Pasquetti, Antonia Nur, Angélica Cuenca, Alba Bersi, Lena Sirkoska, Sarita Torres y los Actores Pepe Suárez, Manuel Ochoa y Ricardo Ruffa.

LOS DEL AVENIDA

No parece aventurado afirmar que la temporada de Valero en el Avenida está definitivamente encarrilada. Así al menos lo hace pensar la afluencia de público y el interés que suscitan los espectáculos de la compañía.

"Las mujeres de Lacuesta", obra muy conocida entre nosotros, al ser reprisada atrajo numeroso público y la cuidada versión del conjunto de Valero fué debidamente apreciada. Ello ya es sintomático y si a esto se agrega las repetidas representaciones de "El espejo de las doncellas", queda explicada la afirmación con que iniciamos este comentario.

A estas horas ha debido variarse el cartel, reponiendo la pieza có-

mica "No te cases, que peligras" y no es improbable que esté ya cercano, inminente, el estreno de "Mujeres caprichosas", revista de Franco Padilla y el maestro Carretero en cuyos ensayos se ríen los elementos del conjunto, por la gracia y el ingenio que tantos éxitos ha obtenido en obras del género. Pero es sabido que pieza que gusta a los cómicos no gusta al público, lo cual si no es un axioma, está acreditado por la experiencia de las gentes de la farándula.

Además, el Avenida prepara otra reprise: "El joven del 68", vodevil remozado por su autor, Padilla, con ilustraciones musicales del maestro Reguerra, un éxito de hilaridad en época de su estreno, años atrás, y que confía Valero renovar como en parte lo ha renovado el libretista.

ADVERTENCIA VERANIEGA

Los anuncios del Smart apuntan: "Perfectamente pulidas las revistas, presenta hoy al público un espectáculo moderno como hasta ahora no se había ofrecido en un teatro del centro desde que Buenos Aires dejó de ser la gran Aldea".

Como puede suponer el lector, esta advertencia hiperbólica florece sólo en verano. La estación inspira cosas estupendas y las gentes de teatros, cuando se trata de elogiar, su mercadería, dejan de chiquitos a los andaluces. Si habrá llovido desde que Buenos Aires dejó de ser la gran aldea y si habrán llovido compañías revisteriles sobre los escenarios metropolitanos. Sin embargo, no puede negarse originalidad en la reclame del teatro de las revistas galantes, porque es sabido que ahora "La maja desnuda" y "Como Dios las echó al mundo" han sido pulidas todo lo que pueden ser pulidas las revistas galantes.

Este elenco ha ofrecido otra novedad, "La hora del desnudo", que se estrenó en estos últimos días. El titulito condice con las anteriores y demuestra también una intención pulida, tan pulida, que ya ni vestimenta se va a usar. Veremos a qué hora consideran necesario los del Smart la desnudez total...

HIGIENE TEATRAL

Coincidiendo con el concepto de limpieza que tienen en el Smart, en el Nuevo se sigue exhibiendo la película "cultural para ambos sexos". "La higiene del matrimonio", donde se enseña a los cónyuges a no ser sucios. La sala se ve muy concurrida por novios, que van a aprender higiene, aun cuando aseguran que sólo acuden por curiosidad.

TERMINO EL NACIONAL

Puso término a su temporada la compañía de género chico que dirige Carcavallo y que actuó diez meses consecutivos, estrenando numerosas piezas del núcleo de autores de la casa. En nuestro próximo número aludiremos a la labor desarrollada durante el año por este elenco y a las obras estrenadas.

BUENOS AIRES

La compañía que dirige Arturo Mario y que según creemos se organizó para dar "El parque" ha cambiado su cartel reprisando "Alma gaucha" y "Misia Pancha la brava". Este conjunto, si continúa el público dándole su apoyo, se propone prolongar su actuación variando con frecuencia el cartel y reponiendo viejas y celebradas producciones nacionales, como "Las de Barranco" y "Las de enfrente", obras acreditadas del repertorio autóctono.

ALEMANES

En el Cómico, según anunciamos, se presentó la compañía alemana de dramas y comedias musicadas que dirige Riech, ofreciendo en su primer espectáculo la comedia en cuatro actos "Sangre de cazador", que el público aplaudió.

NUEVA OBRA

La compañía del Buenos Aires, que dirige Mario tiene en estudio una comedia original del conocido periodista Sr. Julio Rodríguez, que es una sátira política de actualidad. Como ocurre con las piezas de ese género, ha de provocar interés si ha sido llevado el asunto a la escena con habilidad. El momento político de efervescencia es propicio para un éxito.

GRAND SPLENDID

Numeroso y selecto público asistió a las funciones efectuadas en la semana anterior en este cine, que es la catedral de las salas consagradas al espectáculo silencioso.

Para la semana que entra, la empresa representada por el activo administrador Sr. Carmelo E. Carbone, ha confeccionado un interesantísimo programa formado en su mayor parte por admirables películas de las más acreditadas marcas que explota la casa Max Glucksmann, siendo de descontar el éxito de las funciones.

CAPITOL

Mucho público de familias acude a este bonito salón, de antiguo y merecido prestigio. Si bien esta estación no es la más propicia para el cine, ya que la gente prefiere las fiestas al aire libre, siempre hay público para esta sala, donde el espectáculo cinematográfico es cuidado y atrayente.

GLORIA

En la semana que se va a iniciar ofrecerá este hermoso cine una cantidad considerable de bellas películas en las que actúan famosas figuras del arte cinematográfico. El público sigue atentamente el cartel de este salón, concurriendo en grueso número a sus funciones, siempre agradables. Es el Gloria uno de los cines más frecuentados.

PARC

Con abundancia de familias palermitanas se desarrolla la temporada de estío en este grandioso salón, que es sin disputa el mejor de Palermo. Los programas brindan diariamente películas que representan las últimas novedades de la industria del cine y de esta suerte se mantiene el interés del público por las funciones. Muy atractivo es el cartel de esta semana.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. Traje confeccionado en crespón de China color rosa, con anchos cuadriculados en gris. Las pinturas de los bordes, ejecutadas a mano, están circundadas de un pespunte de bordado blanco. La falda de Georgette, está enteramente plisada a máquina. — 2. Traje ejecutado en crespón-satén color negro, guarnecido con rayas bordadas con seda rosa. Los puños son de crespón Georgette de tono rosa pálido.



Estas Galletitas.

creadas por **TERRABUSI**, para deleitar los paladares infantiles y nutrir sus tiernos organismos, deben su éxito creciente no sólo al indudable prestigio de su origen, sino también a la excelencia de sus ingredientes constitutivos.

SEÑORA: sin temor alguno, invitamos a usted a brindar a sus niños con el **desayuno**, la **merienda** entre comidas, las más exquisitas.

Galletitas Manon

¡Verá usted con qué agrado las reciben, con qué gusto las saborean, con qué ansia le solicitan más!

Las Galletitas Manon se venden en todos los buenos almacenes del país, en paquetitos de 0.05 y 0.10 ctvs., y en latitas de $\frac{1}{4}$ kilo, a \$ 0.60 centavos.

Cómprelas en el de la esquina de su casa



ESTABLECIMIENTO **Terrabusi** MODELO

